

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

LA DOCTRINA DE LA IGLESIA

La doctrina de la iglesia, igual que todas las demás doctrinas de la Biblia, se manifiesta en las escrituras con la claridad y plenitud que merece.

Este estudio de la iglesia se va a dividir en dos partes:

1. *La iglesia como un cuerpo de personas apartadas del mundo;* su misión, su organización, su trabajo, sus deberes y cómo se relacionan sus miembros.

2. *Las ordenanzas de la iglesia* por las cuales los principios del evangelio se manifiestan a los miembros.

Se ha dicho que la iglesia es un organismo y también una organización. Como un organismo, la iglesia consiste en un cuerpo de creyentes con Jesucristo como la cabeza y los miembros del cuerpo funcionando según los dirija la cabeza. Al contemplar la relación entre el cerebro y el resto del cuerpo, tenemos un concepto claro de la relación entre Cristo y los miembros de su cuerpo, la iglesia. Como una organización, la iglesia es un grupo de creyentes organizados para trabajar según el bienestar de cada miembro y para prestar un servicio eficaz a los demás. Cada cual tiene su oficio para fortalecer a los miembros contra las maldades de este mundo y para unir las fuerzas en la obra de salvar a los perdidos.

Las ordenanzas fueron concebidas por la sabiduría divina e instituidas por el Señor para el bienestar espiritual de los cristianos. Alabamos al Señor por el privilegio que él nos ha dado de guardar sus ordenanzas por medio de la iglesia.

La iglesia cristiana

“Sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mateo 16.18).

La palabra *iglesia* (del griego *ekklesia*) se deriva de dos palabras griegas que juntas quieren decir “llamar fuera de”. La iglesia cristiana es un cuerpo de creyentes quienes han sido llamados fuera del mundo y están bajo el dominio y la autoridad de Jesucristo.

Conocer esto es muy importante. Dios no toma por hijo a aquél que no ha renunciado al mundo y al pecado. Además, tampoco es hijo aquél que no obedece a Jesucristo, quien es cabeza de la iglesia.

La iglesia es el cuerpo de Cristo en la tierra. Él la organizó, la comisionó y en el día de Pentecostés la vivificó capacitándola para la obra a la cual había sido llamada. Desde entonces la iglesia de Cristo, bajo la dirección del Espíritu Santo, ha estado predicando el evangelio para que todo el mundo conozca el camino de la salvación. Esta obra continuará hasta que Cristo vuelva para llevarse a los suyos.

Cómo se describe la iglesia

Hay tres términos muy simbólicos que la Biblia emplea para describir a la iglesia:

1. El cuerpo de Cristo

Cristo es la cabeza de su cuerpo, la iglesia (Colosenses 1.18), y nosotros somos los miembros de su cuerpo (Efesios 4.11–16; 1 Corintios 12). Cristo utiliza a los miembros de su cuerpo para cumplir su obra en el mundo. Los miembros del cuerpo de Cristo son sus manos y sus pies en la tierra.

2. Un templo o edificio

Para ver cómo Dios edifica su templo, lea Efesios 2.20–22. Como un templo, la iglesia es santa y hermosa, pues brilla con la santidad y la hermosura de Cristo.

3. La esposa de Cristo

Las escrituras representan a la iglesia como la esposa pura y amorosa de Cristo, la cual espera su venida. El Espíritu Santo en este tiempo está llamando a la esposa del Cordero de Dios. Mateo 25.1–11 es una descripción de la iglesia que está en espera de su Señor. Cuando todas las cosas se hayan cumplido, el Señor vendrá por su esposa. Se

efectuará una unión inseparable entre Cristo y la iglesia (como entre una esposa y su marido) “y así estaremos siempre con el Señor”. (Lea también Efesios 5.22–33; Apocalipsis 21.9.)

El orden en la iglesia

1. Dios el Autor

Es evidente que Dios es el Autor del orden en la iglesia. Él provee los ancianos de la iglesia (Efesios 4.11–16; Hechos 20.28) y dirige su administración (Mateo 18.15–18). Con frecuencia Dios se refiere a Cristo como la cabeza, la puerta y el fundamento de la iglesia. “Dios no es Dios de desorden” (1 Corintios 14.33).

2. El propósito del orden

Pablo, hablando de Cristo, dijo: “Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4.11–13). (Lea el capítulo completo.)

Notemos los cuatro propósitos del orden en la iglesia que se mencionan en este pasaje:

1. “Perfeccionar a los santos para la obra del ministerio”
2. “La edificación del cuerpo”
3. “La unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios”
4. Llegar a “la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”

Falsos conceptos de la iglesia

1. La iglesia no es un club

El compañerismo cristiano, y no la amistad social, es el objetivo de los cristianos al congregarse. La comunidad donde hay una iglesia cristiana siempre se beneficia de la misma, aunque el propósito de la iglesia no es mejorar la comunidad. La iglesia no procura la renovación social, sino la regeneración del alma; no la fama, sino la salvación.

2. La iglesia no es una organización política

La política queda fuera del campo de la iglesia. La iglesia no es colega del estado. Tampoco es maestra del estado, aunque algunos creen que debe ser, como la iglesia consentía ser en los días de Constantino. Es un reino espiritual dedicado a propósitos espirituales. Cosecha almas por medio de la oración y suplica a la gente que se ponga en contacto con Dios. El evangelio, no la urna electoral, es el arma con la cual los cristianos procuran limpiar este mundo pecaminoso.

3. La iglesia no es un movimiento de reforma

La iglesia se propone traer almas ciegas a los pies de Cristo para que él las cambie de adentro hacia fuera. Toda comunidad obtiene provecho tanto moral, intelectual y espiritual cuando tiene en ella una iglesia espiritual y bíblica.

Los requisitos del evangelio para ingresar en la iglesia

Cristo, por medio de su propia sangre, pagó por redimir para sí “una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha” (Efesios 5.27).

En la actualidad, muchos piensan que cualquier persona puede ser miembro de la iglesia de Cristo. Esto es cierto, con tal que las siguientes cosas sean evidentes en su vida:

- La fe (Hechos 8.36–37; Marcos 16.16.)
- El arrepentimiento (Hechos 2.38.)
- La conversión (Hechos 3.19.)
- La obediencia (Juan 14.15, 23.)

La administración de la iglesia

1. La iglesia es una teocracia

Es decir, Dios es el Gobernador supremo de la iglesia. Este hecho es esencial y de sumo interés al cuerpo de Cristo. La iglesia de Cristo no es una jerarquía u organización humana. A Cristo, Dios Padre “lo dio por cabeza de todas las cosas a la iglesia” (Efesios 1.22). Él es nuestra cabeza perfecta (Colosenses 1.18), y el Espíritu Santo es nuestro guía (Juan 14.26; 15.26; 16.13). Como todos los miembros del cuerpo natural están sujetos a la cabeza, así también todos los miembros del cuerpo de Cristo se sujetan a él porque Dios lo ha puesto de cabeza a la iglesia.

2. Dios gobierna a la iglesia por medio de su palabra

Cristo, nuestra cabeza, instituyó el Nuevo Testamento como nuestra norma de vida, y por ello somos gobernados. En el Nuevo Testamento encontramos mandamientos para la conducta de cada miembro de la iglesia, cómo evangelizar al mundo y cómo hacerle frente a los problemas de la vida. En cada prueba de la vida y en cualquier pregunta o dificultad que se presente debemos dirigirnos a la Biblia para saber qué dice la autoridad final en todos estos asuntos. La Biblia es nuestra norma de vida, y la iglesia tiene la responsabilidad de velar porque cada miembro la practique.

3. Dios gobierna a la iglesia por medio de hombres fieles

“[Jesús] mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo” (Efesios 4.11–12). Jesús llama a sus siervos humildes a varios oficios en la iglesia para que alimenten, guíen, protejan y disciplinen a los miembros.

La misión de la iglesia

1. Glorificar a Dios

Glorificar a Dios es la responsabilidad principal de cada cristiano. Es importante que cada cristiano recuerde la amonestación de las escrituras: “Hacedlo todo para la gloria de Dios”. Dios recibe la gloria cuando por nuestras labores y nuestro ejemplo la gente se entrega al Dios vivo.

2. Servir como la luz del mundo

Cristo dijo a sus discípulos: “Vosotros sois la luz del mundo” (Mateo 5.14). El mundo no solamente necesita el mensaje del evangelio, sino también necesita ejemplos vivos de los resultados de este evangelio en la vida actual. Los cristianos son la “Biblia” de este mundo; así que, es necesario que alumbre nuestra luz. Cristo encomienda a su iglesia a ir “y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado”. También nos amonesta, diciendo: “Predicad el evangelio a toda criatura”; “que se predique (...) el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones” y que “me seréis testigos (...) hasta lo último de la tierra”. (Lea Mateo 28.18–20; Marcos 16.15; Lucas 24.46–47; Hechos 1.8.)

3. Promover el crecimiento y la preservación espiritual de todos los santos

La iglesia cumple solamente una parte de su misión cuando lleva el evangelio al mundo. Los nuevos convertidos deben ser instruidos,

edificados en la fe y en el servicio a su Maestro. Al hombre, un ser social, le es necesario la comunión, el servicio y la disciplina cristiana para crecer espiritualmente. Después de convertirse, el alma anhela y goza de la comunión con Dios y los santos. Esta comunión es un deleite que anima al creyente, fortalece al cuerpo de Cristo y ayuda al pueblo de Dios a unir sus fuerzas para llevar el evangelio completo por todo el mundo (Hechos 2.46–47; Efesios 4.11–16).

El apoyo de la iglesia

Para que la iglesia funcione como Dios la diseñó los miembros tienen que apoyarla. Los que aceptan a Cristo como Salvador y Señor darán su apoyo al cuerpo conforme a su entendimiento y a las oportunidades que se les presenten. A continuación ofrecemos algunas maneras en que debemos apoyar a la iglesia:

1. Ser leal a Cristo y a los hermanos

“Habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios. (...) No os hagáis esclavos de los hombres” (1 Corintios 6.20; 7.23). “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos” (1 Juan 3.16). En pocas palabras, aquí vemos nuestra responsabilidad suprema para con Dios y la iglesia. Nuestras vidas deben estar constantemente en el altar. Debemos rendir de todo corazón un servicio leal, voluntario y sumiso al señorío de Cristo quien es cabeza de la iglesia. En tal caso, Dios puede utilizar todas nuestras fuerzas para la gloria de su nombre y el avance de su causa.

2. Asistir a los cultos públicos

“No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos” (Hebreos 10.25). Una de las mejores maneras de apoyar a la iglesia es asistir fielmente a los cultos públicos. Cuanto más leales seamos a Dios y a los hermanos, mucho más interés tendremos en el bienestar de cada hermano y en asistir fielmente a los cultos en la casa del Señor. Al asistir a los cultos con regularidad no sólo nos beneficiamos de los mismos, sino que también se nos da la oportunidad de animar a otros.

3. Orar

Los apóstoles oraron en aquel aposento alto en Jerusalén antes del derramamiento del Espíritu Santo en el día de Pentecostés (Hechos 1.13–2.4). Los discípulos en el hogar de María oraron por Pedro (Hechos 12.5, 12). La iglesia en Antioquía oró antes de enviar a Pablo y a Bernabé como misioneros a los gentiles (Hechos 13.1–4). Nosotros

también debemos orar por la obra que Dios está haciendo por medio de su pueblo, la iglesia de Cristo.

4. Dar

Dar no se refiere sólo a ofrendar dinero. Cuando una persona tiene el espíritu de ofrendar, toca todo el ser: el corazón, la mente, las manos, los sentimientos, la billetera... en fin, todo.

¿Cuánto apoyo espiritual y material debemos dar a la iglesia? Eso no será problema si obedecemos las instrucciones bíblicas que gobiernan los motivos y los métodos. He aquí la norma del Nuevo Testamento en cuanto a dar: “de gracia” (Mateo 10.8), “a los pobres” (Mateo 19.21), “no con tristeza” (2 Corintios 9.7), “como propuso en su corazón” (2 Corintios 9.7), alegremente (2 Corintios 9.7), “para la gloria de Dios” (1 Corintios 10.31) y “según haya prosperado” (1 Corintios 16.2). Si seguimos esta norma entonces daremos como debemos.

5. Proclamar la doctrina de Cristo

Nuestro Salvador les instruyó a sus discípulos que debían enseñar “a todas las naciones (...) que guarden todas las cosas” que él les había mandado. Dios quiere que obedezcamos a Cristo y que proclamemos a otros las enseñanzas que él nos dio. Así cooperamos con Dios al extender los límites del reino. De esta manera somos fortalecidos en la fe como iglesia.

6. Servir

El clamor por obreros se ha escuchado desde que comenzó la iglesia. El mensaje de Cristo a sus discípulos fue: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Marcos 16.15). Se necesita obreros en el hogar, en la escuela cristiana, en los negocios, en la comunidad, en los distritos rurales, en las ciudades atestadas, en nuestros propios hogares y en los países extranjeros... ¡en todas partes! Se necesita a personas que lleven el escudo de la fe, que den a conocer las buenas nuevas de la salvación, que lleven la bandera del rey Jesús, que resplandezcan “como luminarias en el mundo”. Dios, por medio de Pablo, nos dice: “Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano” (1 Corintios 15.58).

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 34

Los pastores de la iglesia

“Mirad por vosotros, y por todo el rebaño” (Hechos 20.28).

La Biblia enseña que Dios ha dado a la iglesia la responsabilidad de escoger de entre sus miembros a hermanos fieles para dirigir la obra. A esos hermanos se les da un cargo de servir en ministerios específicos; cada uno es ordenado para cierto puesto. El hermano que es ordenado recibe un ministerio que tiene que cumplir.

Los líderes de la iglesia cristiana son los siervos de la iglesia, no los señores de la misma. Es decir, no reciben su cargo para su provecho personal, sino para el provecho de la iglesia. A ellos les toca cumplir su ministerio con mansedumbre (2 Timoteo 2.24–26). Siguen el ejemplo de su Señor y Maestro, quien “no vino para ser servido, sino para servir” (Marcos 10.45). Pero al mismo tiempo, llevan la responsabilidad de dirigir en la obra de la iglesia y la autoridad para cumplir su obra.

La Biblia habla de dos aspectos de la obra de los pastores de la iglesia:

1. *Su servicio.* Se refiere a los pastores como siervos (Santiago 1.1), obreros (1 Timoteo 5.18) y colaboradores (2 Corintios 1.24). Los ministros tienen que abnegarse para servir a la iglesia.

2. *Su autoridad.* Dios les concede a los pastores la autoridad que les hace falta para cumplir su obra. Ellos tienen la responsabilidad de gobernar la iglesia (1 Timoteo 5.17). Pablo escribió a Tito, un líder en la iglesia en Creta: “Habla, y exhorta y reprende con toda autoridad” (Tito 2.15). Los que gobiernan bien ejercen su autoridad humildemente en el temor de Dios y siempre están dispuestos a recibir los consejos de sus hermanos fieles. Ellos tienen mucho cuidado de hacer uso de su autoridad sólo para promover la voluntad de Dios y no la suya propia.

El trabajo principal de los pastores

¿Para qué la iglesia ordena pastores? Para que traigan a los hombres a Cristo y cuiden de la grey. Esta obra es la continuación de la obra que Cristo empezó mientras estaba en la tierra físicamente.

1. Traer a los hombres a Cristo

Los pastores están encargados de la responsabilidad de predicar el evangelio a los incrédulos. “Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados?” (Romanos 10.13–15). Dios quiere que la iglesia envíe a hermanos fieles a la obra de predicar el evangelio a los inconversos, sea a la comunidad misma o a sitios lejanos. Aunque a algunas personas les parezca necedad la predicación de la palabra, es una de las maneras más eficaces de evangelizar. La Biblia dice que le “agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación” (1 Corintios 1.21).

2. Cuidar de la grey

La Biblia manda a los pastores: “Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella” (1 Pedro 5.2). La salud de la grey depende de la fidelidad con que sus pastores cumplen con su ministerio. Según la Biblia su ministerio incluye: presentarse como ejemplo bueno (Tito 2.7–8), predicar la palabra, redarguir, reprender, exhortar con paciencia y doctrina (2 Timoteo 4.2), corregir con mansedumbre a los que caen en lazo del diablo (2 Timoteo 2.24) y quitar a los perversos de entre la iglesia (1 Corintios 5.11–13).

Requisitos para los pastores

Dios llama, capacita, provee sostén y premia a los pastores. A la vez, él da a la iglesia la facultad de elegir, ordenar y enviar a los pastores. La Biblia declara cómo debe ser el carácter de los hombres que están capacitados para esta obra importante a fin de que la iglesia no se equivoque al elegirlos. A continuación presentamos una lista de las cualidades de un cristiano que es digno de ser pastor.

1. Lleno del Espíritu Santo (Lucas 4.1; 24.49; Hechos 1.8; 6.3)

La obra del pastor es una obra espiritual. La misma tiene que ver directamente con los espíritus de los hombres. Esta obra puede realizarse solamente por la dirección y el poder del Espíritu Santo. Si fuera posible que alguien cumpliera con todos los demás requisitos de la Biblia sin ser lleno del Espíritu Santo, quedaría totalmente incapacitado como pastor. Sólo el pastor que esté lleno del Espíritu Santo puede tener éxito en su obra.

2. Una vida irreprochable (1 Timoteo 3.2; Tito 1.5–6)

Dios requiere que sus siervos sean de carácter intachable. Para que el pastor tenga éxito en el servicio del Señor es necesario que posea un carácter irreprochable, que esté dispuesto a reconocer los errores que tenga y corregirlos. Pueda ser que otros critiquen su vida; pero él tiene que estar libre de manchas mundanas, y sin reproche.

3. Un buen testimonio (1 Timoteo 3.7)

Los incrédulos de la comunidad conocen el carácter de los hermanos. Es necesario que el pastor tenga buen testimonio entre ellos “para que no caiga en descrédito y en lazo del diablo (1 Timoteo 3.7). “De más estima es el buen nombre [testimonio] que las muchas riquezas” (Proverbios 22.1). El pastor nunca podrá ganar para Cristo a aquellos que no le tienen confianza; y la confianza nace del buen testimonio. Sin un buen testimonio de los de afuera el pastor es ineficaz en su obra y está por desanimarse.

4. Humildad (Hechos 20.19; 1 Pedro 5.5)

Todo pastor que es humilde siempre tiene éxito. Posiblemente los dos “pastores” más sobresalientes antes de la época cristiana eran Moisés y Juan el Bautista. El primero fue más manso “que todos los hombres que había sobre la tierra” (Números 12.3). El segundo vivió y se vistió con humildad durante toda su vida. Jesús dijo lo siguiente de Juan el Bautista: “Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista”. El fundamento de la verdadera grandeza es la verdadera humildad. No hay nada más repugnante en un pastor que un espíritu orgulloso, vanaglorioso, altivo y arrogante. Dios exalta a los humildes y humilla a los orgullosos.

5. Sin egoísmo (Romanos 15.1–3)

Hay una relación estrecha entre la humildad y el hecho de no ser egoísta. El orgullo y el egoísmo son gemelos que destruyen el ministerio de cualquier pastor. Pero la humildad, unida con la generosidad, trae éxito a cualquier oficio en la iglesia. ¡El pastor cristiano debe aprender de su Maestro cómo servir a otros sin egoísmo!

6. Paciente (2 Corintios 6.4; Santiago 1.4)

La Biblia dice: “Tenga la paciencia su obra completa” (Santiago 1.4). Un hombre impaciente no está capacitado para soportar las pruebas que el pastor tiene que soportar. Al pastor le hace mucha falta la paciencia. En la iglesia se presenta todo tipo de problemas. Y si el pastor se impacienta, los problemas empeoran. La paciencia y la calma ayudan mucho a resolver dificultades y problemas. “Tenga la paciencia su obra completa...” en el pastor.

7. La firmeza (1 Corintios 15.58; Efesios 4.14–16; Santiago 1.8)

La firmeza en la fe es una cualidad que se requiere en la obra del pastor. La escritura condena el doble ánimo. Tal hombre “es inconstante en todos sus caminos” (Santiago 1.8). Precisa que el pastor tenga mucho cuidado en llegar a cierta conclusión sobre algún punto, especialmente en puntos poco definidos en la Biblia. Pero cuando

encuentra la verdad bíblica, debe mantenerse firme en ella sin moverse. El pastor inestable, llevado de acá para allá, no es digno de confianza ni de dirigir los asuntos serios de la iglesia.

8. No iracundo (Tito 1.7)

La Biblia dice que el pastor no debe ser iracundo. No se gana nada con el enojo, más bien se pierde a causa de esta falta. El mal carácter repele y destruye. Un hermano que no puede controlar su enojo, seguramente no puede cuidar y enseñar a otros.

9. No soberbio (Tito 1.7)

El hermano soberbio rehúsa sujetarse a otros (1 Pedro 5.5), pues tiene mucha confianza en sus propias opiniones. Él no quiere reconocer sus errores o confesar sus ofensas (Santiago 5.16). Si tal hermano fuera pastor entonces produciría muchas discordias y divisiones en la iglesia. Al elegir a un candidato para ser pastor guárdese del hermano soberbio.

10. Sobrio (1 Timoteo 3.2, 8)

No se requiere que el pastor sea de un carácter triste, austero y demasiado serio. Pero sí debe ser sosegado, meditativo, sobrio y prudente. Cuando le toca tomar una decisión él debe considerarla razonablemente. La frivolidad, la ligereza y la falta de dominio propio son rasgos que destruyen la obra del pastor.

11. Vigilante (Hechos 20.28–31)

Los pastores son los atalayas en los muros de Sión. Es su responsabilidad velar cuidadosamente y advertir del peligro que se acerca. Ellos tienen que estar despiertos y bien alertas a las necesidades de su propia vida y de la iglesia. El pastor soñoliento, negligente e indiferente permite que el enemigo entre en el rebaño y disperse la grey. “Por tanto, velad” (Hechos 20.31).

12. Estudioso (1 Timoteo 4.13)

Pablo amonestó al joven pastor Timoteo, diciéndole: “Ocúpate en la lectura”. La Biblia debe ser la biblioteca principal del pastor, y todo lo demás que él lea debe estar de acuerdo con la misma. En esta época el mundo puede influir en nosotros sutilmente por medio de su literatura. El pastor debe aplicarse al estudio de la Biblia y de otros libros sanos.

13. Sano en la fe (Tito 2.1–2)

La sanidad de la fe de un miembro se debe comprobar antes de considerarlo como un candidato para ser pastor. Los pastores que creen en doctrinas falsas pierden su utilidad y llevan consigo a otros al

naufragio. Un carpintero no construye una casa con madera podrida. De la misma manera, la iglesia no debe poner a hombres débiles como pastores porque de ellos depende mucho la obra de la iglesia. ¿Cómo puede un pastor hablar “lo que está de acuerdo con la sana doctrina” cuando él mismo no es sano en la fe? ¿Cómo puede “convencer a los que contradicen” cuando él mismo no aprueba la sana doctrina? Es muy importante que el pastor sea sano en la fe en estos últimos tiempos en que los hombres no toleran la sana doctrina. Si queremos guardarnos de la apostasía que nos amenaza, tenemos que elegir como pastores solamente a los hermanos que sean sanos en la fe.

14. “No un neófito” (1 Timoteo 3.6)

Un hombre recién convertido a la fe no ha tenido ni el tiempo ni la oportunidad para probar si en verdad es sano en la fe. Por tanto, lo que la Biblia dice acerca de los requisitos para los pastores impediría ordenar a un recién convertido. La Biblia no prohíbe que se ordene a un hermano joven. Sin embargo, requiere que un candidato para ser pastor haya sido cristiano suficiente tiempo para probarse apto para este llamamiento sagrado. Sería mejor que la iglesia espere más en vez de ordenar apresuradamente a un hombre inteligente, pero todavía nuevo en la fe. Tales pasos apresurados muchas veces conducen al remordimiento y traen mucho daño irreparable.

15. Libre de relaciones matrimoniales que no le convienen (1 Timoteo 3.2, 11–12)

En esta época cuando muchos aceptan el divorcio y las segundas nupcias, es importante que el pastor se mantenga firme en cuanto a lo que la Biblia enseña acerca del matrimonio. Si el pastor no puede pararse delante de los hermanos como un ejemplo en estos puntos entonces su influencia para el bien de la iglesia será destruida. La esposa del pastor tiene mucho que ver con el éxito o el fracaso de la congregación. Una esposa no es “ayuda idónea para él” en la obra del pastor si es chismosa, entremetida o si no cumple fielmente su papel en el hogar. Tal esposa es un obstáculo a la obra de la iglesia.

16. Que tenga el don de enseñar (1 Timoteo 3.2; 4.11; 2 Timoteo 2.2, 24)

Solamente el conocimiento no hace al maestro. La capacidad de enseñar es un don. Es una aptitud que no se adquiere sólo por acumular mucho conocimiento. Jesucristo, la cabeza de la iglesia, “constituyó a unos (...) maestros”. El don de enseñar viene de arriba. La mayor parte de la obra del pastor se relaciona con la enseñanza. Jesús mandó que enseñáramos “todas las cosas” que él ha mandado. La Biblia requiere que el pastor sea “apto para enseñar” e idóneo “para enseñar también a otros”. La iglesia tiene la obligación de elegir a pastores que sean fieles e idóneos que tengan el don de enseñar y guiar a otros en la verdad.

17. Que sabe gobernar (1 Timoteo 3.4–5)

Puesto que los pastores tienen la responsabilidad de mantener el orden de Dios en la iglesia y también de dirigir en ella, entonces es preciso que tengan la habilidad de guiar y gobernar antes de que sean ordenados. La Biblia enseña que un obispo tiene que administrar bien su casa, y declara que “el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios?” (1 Timoteo 3.5). Cuando hay orden en el hogar indica que el padre gobierna bien y que haría lo mismo si tuviera la responsabilidad en la iglesia.

18. Separado de enredos mundanos (1 Timoteo 3.3; 2 Timoteo 2.4)

La Biblia menciona varias cosas que impiden la obra del pastor. Entre ellas está desear el poder mundano, codiciar ganancias deshonestas y estar demasiado enredado en los negocios de la vida. Sabemos que ocuparse en las cosas materiales no es malo. Pablo mismo se ganaba la vida trabajando, y él mandaba a otros a hacer lo mismo. La labor honrada, sea del cerebro o de las manos, es recomendable y saludable para el pastor. Pero él tiene que mantenerse libre de enredados mundanos en los negocios y las actividades sociales. Él tiene que estimar más la gracia de Dios que las riquezas del mundo. Además, el pastor debe desear más ganar almas que ganar dinero y la alabanza del mundo. Él espera la corona de vida que recibirá después de terminar la buena batalla. Esto significa que él no estima el honor y la aprobación del mundo. El pastor debe ser un ejemplo de cómo los cristianos se mantienen separados del mundo.

19. Consagrado a su llamamiento (1 Corintios 9.16–18; 2 Corintios 12.15)

Pablo estaba dispuesto a gastar lo suyo y hasta entregarse a sí mismo a causa del cargo que él tenía. Pablo hacía todo esto con amor y con fe aunque no hubiera recibido la aprobación de parte de aquellos a quienes él servía. Él estaba tan deseoso de cumplir su llamamiento que no dejó que el rechazo y desprecio de la gente lo desanimara. Pablo se sacrificaba mucho para que el evangelio de Cristo fuera predicado gratuitamente y para que en ninguna forma él abusara de su autoridad en el evangelio. El celo verdadero por la obra hace que el sacrificio sea un placer en vez de una carga.

20. Un ejemplo vivo (1 Timoteo 4.12; Tito 2.7–8)

Timoteo podía reprender con toda autoridad y no permitirle a nadie tener en poco su juventud, con tal que él fuera “ejemplo de los creyentes”. Tito, otro pastor joven, fue exhortado a ser “ejemplo de buenas obras” (Tito 2.7). El pastor que lleva una vida ejemplar predica un sermón eficaz sin la necesidad de muchas palabras. Un orador elocuente puede convencer a una congregación por medio de sus

palabras. Sin embargo, si su vida no corresponde con su prédica él está predicando un sermón sin sentido, y durante el resto del día él anulará lo que predicó. Como dice el refrán: “No es lo mismo predicar que dar trigo”. En fin, *el ejemplo personal del pastor* es lo más importante.

En este capítulo no se ha hecho ningún esfuerzo por aplicar estos requisitos específicamente a cierto oficio en la iglesia. Algunos de estos requisitos se aplican más a un oficio que otro. La naturaleza del oficio determina qué clase de requisitos necesita más énfasis.

¡Dependamos de la sabiduría de Dios al elegir hermanos para la obra de ser pastores!

El ministerio plural

Según el Nuevo Testamento, varias congregaciones en la iglesia primitiva tuvieron más que un pastor. La escritura que ofrecemos a continuación indica que había más que un solo obispo o un solo diácono en una iglesia: Filipenses 1.1 dice que Pablo dirigió esta carta a “todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con *los obispos y diáconos*” (Filipenses 1.1). Y Hechos 11.23 dice que Pablo y Bernabé “constituyeron *ancianos* en cada iglesia”. “[Pablo], desde Mileto a Efeso, hizo llamar a *los ancianos* de la iglesia” (Hechos 20.17). Pablo mandó a Tito a suplir la falta de pastores en Creta al establecer “*ancianos* en cada ciudad” (Tito 2.5).

El ministerio plural tiene muchas ventajas. El oficio tendría menos carga si varios lo llevan. Cuando hay más que un pastor, aun los pastores tienen un pastor que vela por sus almas. Y la contribución de varios hermanos con sus diversos talentos, perspectivas y personalidades ofrece un equilibrio al liderazgo de la congregación. Así no es tan probable que la obra de la iglesia llegue a ser el proyecto de cierto individuo.

¿Cuántos pastores debe tener una congregación? Por lo menos lo suficiente para que puedan predicar la palabra y velar bien por las almas a su cargo. Y siempre que sea posible se debe ordenar a más para que en caso de una necesidad inmediata en cuanto al crecimiento de la iglesia facilite esta obra evangelizadora.

¿Cuáles oficios deben ocupar los pastores? Primera de Timoteo 3 presenta una lista de requisitos para los *obispos* y también otra lista de requisitos para los *diáconos*. También aparece una lista de requisitos para los obispos en Tito 1. Efesios 4.11 menciona apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros.

Los *apóstoles* fueron hombres escogidos y enviados por Cristo a predicar y establecer iglesias en su nombre. Ellos habían conocido personalmente a Cristo y le habían visto después de su resurrección

(Hechos 1.20–22; 1 Corintios 15.7–9). Jesús les concedió a ellos la autoridad de establecer la doctrina de la iglesia, y así forman el fundamento de la misma (Efesios 2.20). Edificamos sobre este fundamento cuando aceptamos sus epístolas en el Nuevo Testamento como la palabra de Dios. En la actualidad no existe el oficio de apóstol en la iglesia.

Según la Biblia el oficio de más responsabilidad en la congregación es el de los obispos. La palabra *obispo* quiere decir “supervisor y superintendente”. Es muy probable que las palabras *anciano* y *presbiterio* (1 Timoteo 4.14) se refieran al oficio del obispo. La palabra *anciano* viene de la costumbre de poner como jefes de la gente a los mayores entre ellos. Tal vez en algunos casos se refiera a cualquier pastor y no tan sólo a los obispos. (Lea Hechos 20.17; Santiago 5.14; 1 Pedro 5.1.)

El oficio de diácono fue instituido en los primeros días de la iglesia cristiana. Puede ser que los siete hermanos escogidos y ordenados por los apóstoles para encargarse de las necesidades materiales de la iglesia en Jerusalén fueron diáconos (Hechos 6.1–7). La Biblia enseña claramente los requisitos para los diáconos (1 Timoteo 3.8–13) y muestra que es un oficio importante en la iglesia de Cristo.

No conocemos mucho acerca del resto de los oficios. Por ejemplo, no sabemos si se ordenaron hermanos para el oficio de evangelista o si los ancianos o los obispos que tuvieron el don de evangelizar servían en este ministerio.

El llamamiento al ministerio

¿Cómo uno llega a ser pastor? ¿Acaso se requiere un llamamiento especial, o puede cualquiera hacerse pastor, tal y como se escoge cualquier otra profesión según la preferencia o la aptitud de la persona? ¿Es esencial el llamamiento divino para ser pastor en la actualidad? Veamos de manera breve lo que enseña la Biblia:

1. El llamamiento es del Señor

Ser pastor en la iglesia de Cristo es un llamamiento. No es una mera profesión o vocación; un comercio o negocio; algo que se puede elegir o dejar cuando se quiera. Dios siempre ha sido el que llama a los encargados de su pueblo. Dios llamó a Moisés en una manera inequívoca. También a los profetas les fue dada “palabra de Dios”, y él los llamó de su trabajo ordinario al oficio sagrado de profeta. Estos hombres fueron llamados por Dios, y hablaron conforme el Espíritu Santo les dio las palabras. El primer sumo sacerdote, Aarón, fue nombrado y llamado directamente por el Señor. El Nuevo Testamento declara, en cuanto al sumo sacerdocio, que “nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón” (Hebreos

5.4). Pablo encargó a Timoteo y Tito que dirigieran la obra de llamar a los pastores (2 Timoteo 2.2; Tito 1.5).

2. La voz de la iglesia

El libro de Hechos nos informa acerca de dos ordenaciones donde hermanos de la congregación fueron elegidos y ordenados para un cargo específico (Hechos 1.15–26; 6.1–7). En las dos ordenaciones, los hermanos trajeron a los apóstoles los nombres de los que a su parecer cumplían los requisitos. Pero en Antioquía fue el Espíritu Santo quien dijo: “Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado” (Hechos 13.2). No existe contradicción entre las ocasiones cuando los miembros de la iglesia hablaron y cuando lo hizo el Espíritu Santo, porque el Espíritu Santo habla a través de una hermandad espiritual y bíblica. Si los hermanos crucifican sus propias opiniones y dependen del Espíritu Santo para discernir cuál hermano cumple los requisitos para el oficio, debemos aceptar la voz de la iglesia como la del Espíritu Santo. Cuando se solicita la voz de la congregación en una ordenación es prudente requerir que un hermano sea nombrado por dos hermanos (por lo menos) antes de considerarlo para el oficio.

A veces los hermanos unánimemente eligen a cierto hermano para que sea pastor. Cuando esto sucede demuestra que Dios está hablando, lo cual indica que estamos en una posición que Dios nos puede revelar su voluntad. Por supuesto, esto presupone que el nombrado no esté haciendo nada que Dios desaprobara, como solicitar ser pastor. Solicitar la obra del pastor es un sacrilegio.

El apóstol Pablo no entró en la obra del apostolado hasta que Ananías le impuso las manos, dándole su comisión (Hechos 9.17; 22.12–15). Es claro que Dios llama a los pastores y que siempre confirma su llamado por medio de la iglesia.

3. El uso de la suerte

El primer hermano escogido por la iglesia después que Jesús partió físicamente de la tierra fue escogido por medio de la suerte. Los hermanos habían elegido a dos y los dos cumplían los requisitos, pero sólo había necesidad de uno. ¿Cómo podían saber a cuál de ellos debían ordenar? ¿Cómo podían dejar que Dios escogiera? Ellos hicieron uso de la suerte (Hechos 1.26).

La suerte se usaba con frecuencia en el tiempo del Antiguo Testamento para determinar la voluntad de Dios. Algunos cristianos se oponen al uso de la suerte para ordenar pastores en este tiempo. Tal vez se oponen porque han visto el mal uso de este orden sagrado. No se debe emplear la suerte a la ligera ni mucho menos para evitar la responsabilidad de comprobar que los hermanos nombrados cumplen con los requisitos. La suerte se usa solamente cuando hay más que uno

nombrado y cumplen con todos los requisitos bíblicos para el oficio. Con la suerte podemos encomendar la decisión final a Dios, quien ve y conoce lo que el hombre no puede ver ni saber. Cuando Dios escoge a un hermano por medio de la suerte no quiere decir que los demás que habían sido nombrados no son calificados. Esto puede indicar que él no los ha llamado a esta obra, sino a otra.

La preparación del sermón

La Biblia dice que Dios es el que llama a los pastores. (Vea Efesios 3.7 y 1 Timoteo 1.12.) Dios prepara a los que él llama. El pastor que quiere ser útil a Dios tiene que conocer a Dios y entender su modo de obrar.

Nadie puede usar una herramienta si desconoce su uso. Nadie puede enseñar gramática sin saber de ello. Nadie puede usar la Biblia con eficacia sin conocer la Biblia. El Espíritu Santo nos ayuda a recordar los pasajes de la escritura que necesitamos y nos guía en el uso de los mismos, pero tenemos que prepararnos primero por medio de los tres ejercicios que mostramos a continuación.

1. La lectura de la palabra

Pablo dio este consejo al joven pastor Timoteo: “Ocúpate en la lectura” (1 Timoteo 4.13). Este consejo es bueno y válido para los pastores de hoy día. El pastor que quiere hacer una obra eficaz tiene que conocer la Biblia y debe leer una porción de ella cada día con solicitud y devoción. Dios le hablará por medio de su palabra y el Espíritu Santo.

2. El estudio de la palabra

La Biblia dice: “Escudriñad las Escrituras” (Juan 5.39). La Biblia es un caudal inagotable de conocimiento. Para encontrar los tesoros escondidos en sus profundidades el pastor tiene que hacer más que leerla; tiene que estudiarla. El estudio de la palabra incluye: Buscar el significado de las palabras no conocidas, hacer comparaciones entre pasajes relacionados y considerar un tema a la luz de los pasajes que lo tratan. Otra forma es buscar los pasajes que tienen que ver con un acontecimiento, problema o decisión actual. Es evidente que el pastor debe pasar mucho tiempo en el estudio de la palabra y la meditación. “Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad” (2 Timoteo 2.15).

3. La oración

La oración prepara al pastor para la obra. Por medio de la misma el pastor habla con Dios y Dios habla con él. Así el pastor se comunica directamente con Dios. Antes que Jesús tuviera su plática maravillosa del pan de vida él pasó la noche a solas con el Padre en oración (Marcos

6.46; Juan 6.22). Si a Jesús le era necesario orar, ¡cuánto más al pastor!

Predicar sin estudiar y orar es un error. El sermón que se prepara sin oración no tiene vida ni buen efecto espiritual. Es un insulto al Autor de la predicación del evangelio que un pastor suba al púlpito y diga a la congregación: “No he abierto mi Biblia por una semana, no he pensado en ningún texto, ni he procurado meditar en un tema. Pero ahora abriré mi boca y dejaré que Dios me dé palabras”. Es la responsabilidad del pastor conocer la Biblia, elegir un texto, tema o pensamiento para presentarlo a la congregación. Él debe ordenar (de memoria o por escrito) los puntos que quiere presentar y debe preparar algunas ilustraciones apropiadas por medio de la dirección del Espíritu Santo. Dios ayuda al pastor que se esfuerza por preparar el sermón. Puede ser que sea necesario usar otro texto o dejar el tema que había preparado para tener un mensaje completamente diferente del que pensaba predicar. El pastor fiel se prepara con diligencia y permite que el Espíritu Santo lo guíe tanto en la preparación como en la predicación.

La obra de los pastores

1. Predicar la palabra

El primer deber del pastor cristiano es predicar el evangelio eterno de Jesucristo a un mundo perdido y arruinado. ¿Qué quiere decir *predicar*? Significa declarar y aclarar las verdades sagradas de la palabra de Dios y mostrar como se aplican a la vida de los oyentes. Es una obra divina que se lleva a cabo bajo el control del Espíritu Santo. Dios ha elegido este medio para que su pueblo oiga su palabra y conozca su voluntad (Tito 1.3).

Juan el Bautista predicó “el bautismo de arrepentimiento” (Marcos 1.4). Jesús, al comenzar su ministerio, “comenzó (...) a predicar” (Mateo 4.17). Los doce fueron ordenados “para enviarlos a predicar” (Marcos 3.14). Los líderes de la iglesia en el tiempo de los apóstoles predicaban el evangelio (Hechos 5.42; 8.35; 17.3). “Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación” (1 Corintios 1.21).

2. Dirigir en las ceremonias de la iglesia

Dirigir en las ceremonias de la iglesia pertenece a los pastores. Algunos de estas ceremonias son: bautizar a los nuevos creyentes, partir el pan de la santa cena, ungir a los enfermos, solemnizar las bodas, dirigir en los servicios fúnebres y ordenar a los líderes. (Lea Mateo 28.19–20; Hechos 19.1–6; Tito 1.5; Santiago 5.14.)

3. Cuidar el rebaño

La obra de cuidar el rebaño descansa sobre los pastores (Hechos 20.28). Ellos se ocupan de que los miembros reciban alimento espiritual. También cuidan de los necesitados, excomulgan a los que persisten en andar desordenadamente, visitan a los enfermos y pastorean el rebaño. Los diáconos tienen una gran responsabilidad en el cuidado del rebaño especialmente cuando aparecen las necesidades materiales.

4. Gobernar

Los pastores deben trabajar unidos para mantener la iglesia en orden, gobernando “no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesto, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey” (1 Pedro 5.2–3). El hecho de que los pastores tienen la autoridad de gobernar y la responsabilidad de la superintendencia del rebaño se enseña claramente en la palabra: “Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor” (1 Timoteo 5.17). Los que gobiernan bien reconocen la obra del Espíritu Santo en los miembros y reciben sus consejos y críticas. En muchas ocasiones ellos piden que los hermanos den su parecer sobre los asuntos con que la iglesia se enfrenta.

El sostén de los pastores

Al considerar este tema nos damos cuenta de que el mundo religioso tiene dos opiniones distintas en cuanto a esto:

1. Ya que el evangelio es gratuito, sería en contra de las escrituras ofrecerle sostén económico al pastor.
2. El pastor debe recibir y vivir de un salario estipulado como en cualquier otro oficio.

La Biblia enseña una posición entre estos dos extremos. Primero vamos a considerar la forma bíblica de ofrecer sostén y luego la forma que no es bíblica.

1. El sostén bíblico

La Biblia enseña claramente que se debe proveer sostén al obrero cristiano: “El obrero es digno de su alimento” (Mateo 10.10). “El obrero es digno de su salario” (Lucas 10.7). “No pondrás bozal al buey que trilla; y: Digno es el obrero de su salario” (1 Timoteo 5.18). “Así también ordenó el Señor a los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio” (1 Corintios 9.14). Vemos que es bíblico que los que trabajan en el evangelio reciban ayuda cuando la necesitan. Existen varias formas en que debemos ayudar a los pastores:

1. *Orar.* Pablo nunca pidió un salario para poder enseñar mejor el evangelio, pero repetidas veces pidió las oraciones del pueblo de Dios (Colosenses 4.2-3; 1 Tesalonicenses 5.25; 2 Tesalonicenses 3.1). Dios, por medio de las oraciones de la iglesia, sacó a Pedro de una situación difícil (Hechos 12.5). Las oraciones de los santos ayudan a que los pastores tengan éxito en la obra (2 Corintios 1.11).

2. *Obedecer.* La Biblia amonesta a la congregación diciendo: “Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso” (Hebreos 13.17). Debemos apoyar a nuestros pastores, obedeciéndolos y sujetándonos a ellos. Esto aliviará su carga y nos será provechoso a nosotros mismos.

3. *Animar.* No lisonjee. Lisonjear no ayuda a nadie, más bien ha dañado a muchos. Pero una palabra de aliento ayuda al pastor a predicar sin temor y a gobernar según la palabra sin desanimarse.

4. *Ayudar en la obra.* Hay muchas maneras en que los miembros pueden ayudar a los pastores: Visitar a los enfermos, conversar con los negligentes e indiferentes, animar a los abatidos, instar a los incrédulos a recibir a Cristo, amonestar a los rebeldes, participar activamente en la obra de la iglesia y asistir regularmente a los cultos. No procure tomar el lugar del pastor, sino sea un ayudante fiel en la obra.

5. *Ayudar en lo material.* El pastor procura ganarse la vida al mismo tiempo que cumple los deberes de su oficio. Sus deberes requieren tiempo, dinero y energía. Además, pueda que él pase mucho tiempo fuera de su casa y de su trabajo a causa de la obra. Los miembros de la iglesia también debemos velar porque el pastor no tenga que sufrir demasiado a causa de esto. Nosotros debemos ayudarlo en su trabajo cuando esto suceda. Comparta su tiempo con él y ayúdele en el trabajo que sule para su familia. Quizá el pastor tenga alguna necesidad y usted se dé cuenta de la misma. Ayúdele compartiendo con él como usted pueda. No deje que la obra del Señor sufra porque el pastor tiene que dedicarse también al trabajo de suplir para su familia. “Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo” (Gálatas 6.2).

Sin embargo, sepa usted que ayudar al pastor con una ayuda monetaria no es pagarle por predicar el evangelio. Usted no debe pagarle a nadie por predicar el evangelio. Eso le corresponde al Señor. Él recompensará a sus siervos como él quiere. Es su deber cristiano ayudarlo para que pueda servir mejor al Señor como pastor.

2. El salario estipulado

La obra del evangelio no tiene valor monetario; no puede medirse con dinero. La Biblia condena a los hombres que sirven en el evangelio por ganancias deshonestas o para ganar dinero (1 Timoteo 3.3; Tito 1. 7, 11; 1 Pedro 5.2). A continuación notamos algunos puntos en contra del salario estipulado para el pastor.

1. *El evangelio es gratuito.* La salvación es un regalo de Dios. Jesús hizo que el evangelio fuera gratuito. Lo que somos en Cristo Jesús lo hemos recibido sin merecerlo: “De gracia recibisteis, dad de gracia” (Mateo 10.8). Si el evangelio se vendiera por dinero a muchas personas les sería imposible oírlo ya que muchos no tienen dinero. El evangelio es para todos. La única manera en que todos pueden beneficiarse del evangelio es que se ofrezca gratuitamente. Pablo dijo: “He despojado a otras iglesias, recibiendo salario para servirlos a vosotros” (2 Corintios 11.8). Pero esto no quiere decir que él recibió pago por predicar el evangelio, sino que aceptó dinero de otras congregaciones para poder servir a los propios corintios. Él aceptaba ayuda cuando pasaba por necesidades. El apóstol Pablo testificó que trabajaba con las manos no solamente para su propio sustento, sino a veces también para ayudar a sus colaboradores (Hechos 20.34–35). Es honroso, saludable y bíblico que un pastor trabaje con las manos para el sustento de sí mismo y de su familia, y para que pueda repartir a otros.

2. *El pastor es siervo del Señor.* Es de esperar que un siervo reciba un sueldo de su patrón. El pastor es siervo del Señor, capacitado por el Señor, llamado por el Señor, responsable ante el Señor y dependiente del Señor para su pago. Él tiene la obligación de obedecer a Dios antes que a los hombres. Dios le amonesta así: “Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado” (2 Timoteo 2.15). El Señor provee para que el pastor pueda ganarse la vida. Dios también encarga a los hermanos fieles que ayuden al pastor en sus necesidades. Pero Dios le da al pastor un salario de mucho más valor que el dinero. El pastor que vende su llamamiento celestial por un salario estipulado y contrata los dones y las habilidades que le dio el Señor se desvía a un camino que no es conforme a las escrituras y al final no tendrá la aprobación de Dios.

3. *El salario es un bozal.* El patrón le paga al empleado una cantidad de dinero por el trabajo que realiza. El patrón tiene el derecho legítimo de dictar el tipo de trabajo que se hace y en qué forma se hace. Muchas veces el pastor asalariado llega a ser “empleado” de sus oyentes y tiene que callarse en cuanto al pecado de los que le pagan. Si reprende esos pecados, conforme al llamamiento que tiene de Dios, pierde su empleo. Tales pastores están en una situación difícil y llegan a ser “perros mudos, [que] no pueden ladrar” (Isaías 56.10). Ellos son tentados a complacer a los hombres, porque de ellos buscan su sostén y de ellos viene su manutención. Pero es imposible servir a dos señores.

4. *Comercializa la obra del evangelio.* Si la obra del evangelio se coloca al mismo nivel de otras profesiones es natural que el aspecto comercial esté implícito. Así uno oye decir que cierto pastor de mucho talento ha sido llamado por el Señor de una posición de menos salario a otra donde le pagan más. ¿Será que el Señor lo llamó a hacer eso? ¿Haría eso Jesús? Este espíritu comercial entre los pastores asalariados echa raíces tan profundas que el pastor muchas veces demanda su salario y lo cobra por cualquier modo que la ley le permita. El espíritu del evangelio es un espíritu de sacrificio. El espíritu comercial es contrario al espíritu de sacrificio, y cuando se le permite entrar en la obra del pastor mata el verdadero propósito por el cual se predica el evangelio. Este espíritu comercial se ha hecho tan predominante que muchos hasta han formado sindicatos de predicadores que fijan salarios y hacen demandas a las congregaciones. Y si las congregaciones quieren que se les predique el evangelio tienen que aceptarlo conforme al modo del sindicato y pagar el precio fijado.

5. *Se hace una trampa enredadora.* El salario que las iglesias pagan al pastor llega a ser un lazo que atrapa a muchos jóvenes inteligentes quienes no cumplen los requisitos para este oficio sagrado. Muchos de ellos son incrédulos. No conocen la voz del Espíritu Santo. No les hacen caso a muchas de las doctrinas fundamentales de la palabra. No saben, ni quieren saber, cuál será el destino eterno de las almas de los hombres. Ellos sólo piensan en que aquí hay una profesión honrada que no requiere llevar ropa cotidiana, ensuciarse las manos, ni trabajar duro. Sólo piensan que ser pastor les ofrece la oportunidad de moverse entre la mejor clase de la sociedad, que le llamen reverendo y que el pueblo lo respete y lo honre. Les gusta la idea de dar sermones adornados con expresiones agradables al oído y oraciones elocuentes, experimentar la sensación agradable de dirigirse a un auditorio atento y ver su nombre publicado en los diarios como un orador y predicador popular. Por eso los hombres incrédulos llegan a ser pastores porque desean un buen salario y renombre personal. No tienen el deseo de ser usados por Dios para salvar a las almas perdidas para la gloria de Dios. Así se frustra el propósito primordial de ser pastor. La iglesia se vuelve un centro social, y las almas de los hombres se pierden. La razón es que los hombres fueron enredados por el salario que se les ofrece a los pastores.

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 35

La congregación

“Yo me alegré con los que me decían: A la casa de Jehová iremos”
(Salmo 122.1).

Introducción

Al decir “congregación” estamos pensando en la hermandad local. Ésta se compone de hermanos y hermanas en cualquier lugar que se hayan comprometido a adorar juntos al Señor y ayudarse mutuamente.

Cada hermandad cristiana consiste en un grupo de miembros convertidos y bautizados que se congregan regularmente para adorar a Dios. El Señor pone pastores en cada congregación para que cuiden de la grey y sean ejemplos de los santos. Cada miembro mantiene una relación íntima con Dios, evangeliza a otros, y vive en paz y armonía con sus hermanos.

Los requisitos para ser miembro

La iglesia que es verdaderamente cristiana admite como miembros sólo a las personas que se hayan arrepentido de todos sus pecados, que hayan sido bautizadas sobre la base de su fe en Cristo, que tengan un buen testimonio, que estén conforme con la fe y la práctica de la iglesia de Cristo, que vivan separadas del mundo, que estén consagradas a Dios y que se sometan completamente a la palabra de Dios.

Los deberes de los pastores hacia los demás en la iglesia

Mucho depende de los pastores para que la obra prospere. Una congregación se enferma cuando es dirigida por pastores que no son fieles. “Cuál sacerdote, así la gente” es un antiguo refrán cuya verdad aún permanece. La palabra de Dios exige muchas obligaciones sobre los siervos de la congregación.

1. Los pastores son siervos de la congregación

El pastor debe apacentar la grey de Dios y cuidar de ella. Pero no debe olvidar que él es el siervo de la gente que está cuidando. Si olvida esta verdad él llega a enredarse en lo terrenal, alaba su autoridad y posición como líder, piensa en los demás miembros de la iglesia como inferiores y se enseñorea de la heredad del Señor. Así perderá su contacto con

Dios, su influencia en la congregación y su utilidad en el reino. Jesús nos dio un ejemplo perfecto cuando anduvo aquí en la tierra: aunque era el Señor de todos, se hizo su siervo. Él dice que los gobernantes de este mundo se enseñorean de los que están a su cargo, pero que entre los cristianos no debe ser así (Mateo 20.25–28).

2. Es el deber de los pastores apacentar al rebaño

Ellos tienen que suministrar a la congregación alimento balanceado en forma de sana enseñanza bíblica. Apacentar a los corderos del rebaño y cuidar de ellos es un deber muy importante que tienen los pastores. (Lea Hechos 20.28; 1 Pedro 5.2.)

Los pastores tienen que hacer más que sólo instar a las buenas obras. Es su deber enseñar y explicar la palabra. Además, ellos deben ayudar a los miembros para que pongan en práctica la doctrina de la Biblia (2 Timoteo 2.2). Es su deber usar “bien la palabra de verdad” (2 Timoteo 2.15). Es su deber enseñar “lo que está de acuerdo con la sana doctrina” (Tito 2.1). Los pastores tienen que ocuparse continuamente en la lectura de la palabra para poder así enseñarle a la congregación la doctrina bíblica. Los pastores tienen la gran responsabilidad de mantener la congregación sana en la fe.

3. Es el deber de los pastores reprender el pecado

Tal vez sea desagradable, pero el mandamiento es: “Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino, que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, *reprende*, exhorta con toda paciencia y doctrina” (2 Timoteo 4.1–2). Esto requiere valor. Pero también requiere sabiduría, compasión y amor. Descuidar este deber de reprender el pecado trae confusión y derrota. Pero cumplirlo fielmente producirá una religión pura y una congregación libre de pecado.

4. Los pastores son responsables de corregir a los pecadores

La iglesia tiene que mantenerse en orden. Los pecadores impenitentes tienen que ser excomulgados, y los penitentes necesitan la instrucción. Es el deber del pastor encargarse de estas cosas en la manera que la Biblia les manda. El evangelio requiere que la iglesia sea gobernada bien y dice que los que gobiernan bien deben ser “tenidos por dignos de doble honor” (1 Timoteo 5.17).

5. Los pastores son los atalayas de la congregación

Es de suma importancia que los pastores velen por el rebaño y lo guarden de la mundanería y las doctrinas dañinas que abundan en el mundo. Los pastores deben estar listos para oponerse a la literatura falsa. A los predicadores errabundos que no son fieles al Señor no se les

debe permitir predicar en la congregación. Un predicador digno de su llamamiento no necesita mendigar para que le den un lugar donde servir. Tales predicadores errabundos y agentes religiosos acostumbran a distribuir literatura falsa y dañina entre los ignorantes para engañarlos, y aun pudieran engañar a los fieles. ¡Cuidese de ellos! “Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño” (Hechos 20.28). “Pero tú sé sobrio en todo” (2 Timoteo 4.5).

6. Los pastores deben visitar a los demás miembros

Los pastores deben visitar a los demás miembros de la congregación así como orar por ellos y con ellos. Además, ellos deben animarlos y ayudarlos personalmente en la obra del Señor. Esta parte de la obra del pastor es de mucha importancia. (Lea Hechos 20.31 y Romanos 1.9.)

Los deberes de la congregación hacia los pastores

El éxito de una congregación depende mucho de cómo los miembros apoyan a los pastores y cómo cumplen con sus deberes. A continuación ofrecemos algunos deberes de los miembros de la iglesia hacia los pastores:

1. Orar por ellos

Las oraciones de una congregación fiel resultan de gran ayuda para los pastores. Pablo estimó de mucho valor las oraciones de los santos (2 Corintios 1.11). Las oraciones de una congregación fiel libraron a uno de los apóstoles de la cárcel y probablemente de la muerte (Hechos 12.5). Todos los pastores verdaderos se dan cuenta del valor de las oraciones de los santos y siempre las anhelan. (Lea Efesios 6.18–19; Colosenses 4.2–3; 1 Tesalonicenses 5.25; 2 Tesalonicenses 3.1.)
Hermanos y hermanas, oren por sus pastores.

2. Rendirles obediencia voluntaria

La Biblia manda: “Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos” (Hebreos 13.17). Donde no hay respeto a la autoridad la obra no puede prosperar “porque como pecado de adivinación es la rebelión [desobediencia]” (1 Samuel 15.23). La desobediencia hace estragos dondequiera que se encuentre: en el hogar, en la nación y en la iglesia. Puesto que los pastores son los que cuidan la iglesia entonces los demás miembros deben estar dispuestos a obedecerlos. Si el pastor necesitara ser disciplinado él está bajo los mismos reglamentos que cualquier otro miembro. Puede darse el caso en que un miembro sospeche de algún pastor. En tal caso, debe exhortarlo como a un padre y nunca con una actitud rebelde. Un espíritu desobediente, obstinado y rebelde es como una tierra fértil que, tarde o temprano, producirá una cosecha de confusión y división. Tal como el hogar no puede tener éxito sin la obediencia pronta de los hijos tampoco es posible que una

congregación se mantenga firme sin que los miembros obedezcan a los pastores.

3. Tenerles respeto y estima

“Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros, y os presiden en el Señor, y os amonestan; y que los tengáis en mucha estima y amor por causa de su obra” (1 Tesalonicenses 5.12–13). Una cosa que impide mucho la obra de los pastores es la falta de respeto a su llamamiento sagrado por parte de los miembros de la congregación. Muchas veces los padres, por falta de respeto a los pastores, sin saberlo, hacen salir a sus hijos de la iglesia. Una vez que un joven débil se pone en contra de aquél a quien debe estimar (el pastor) es muy difícil volverlo a traer completamente a la fe. Una congregación nunca podrá avanzar si no se les da a los pastores el debido respeto. Cuide del buen nombre de sus pastores (Filipenses 2.29). El honor a los pastores es debido; no un honor lisonjero, sino un honor santo según enseña Cristo y su palabra. Aquel que trae deshonra sobre los pastores por la falta de respeto y estima trae deshonra sobre Cristo, la cabeza de la iglesia. “Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor” (1 Timoteo 5.17).

4. Ayudarlos en sus labores

La Biblia nos enseña que debemos llevar las cargas los unos de los otros. Todos los miembros deben ayudar a los pastores a edificar la iglesia de Cristo. Cualquier miembro puede dar sugerencias y visitar a los enfermos. Los miembros deben estar dispuestos a aceptar las responsabilidades que los pastores quieran darles. Otra cosa que ayuda a los pastores a predicar el evangelio con buen ánimo es cuando todos asisten a los cultos regularmente y prestan atención a los sermones. Si la predicación le parece aburrida a usted, ore por el pastor.

5. Ayudarlos cuando tengan necesidad personal

Hay muchas maneras en las cuales usted puede ayudar a los pastores si ellos tienen necesidades económicas o cuando no pueden hacer su trabajo por falta de tiempo. Ayúdelos para que así ellos puedan dedicarse a la obra de cuidar la iglesia.

6. Seguir su buen ejemplo

Es el deber del pastor dar un buen ejemplo al rebaño (1 Timoteo 4.12; Tito 2.7; 1 Pedro 5.3). Pero este buen ejemplo, o sea, este patrón, pierde su valor si no lo usa para sacar copias. Los hermanos deben seguir el buen ejemplo de los pastores (Filipenses 3.17; 2 Tesalonicenses 3.9). Bienaventurada la congregación cuyos pastores muestran un ejemplo bíblico en todas las cosas que hacen para que así los miembros puedan seguirlo.

7. Compartir en sus pruebas y dificultades

Los pastores que se dan cuenta que los miembros los están apoyando en todo aspecto de su vida son más fuertes para ejercer su ministerio, especialmente en tiempos cuando sus responsabilidades se hacen más difícil de cumplir. El sostén y apoyo de la congregación les capacitará para guiar la congregación a la victoria (Éxodo 17.8–16).

Las oportunidades para cada miembro

La obra de la congregación no debe descansar sólo en los hombros de los pastores. Hay muchas maneras en que los demás miembros deben ayudar en la obra de Dios. Aquí presentamos algunas:

1. La escuela dominical

Muchas congregaciones tienen una clase de escuela dominical. El maestro de la clase suele elegirse de entre los miembros no ordenados. Se necesitan obreros capacitados y fieles en la escuela dominical para el bienestar de la congregación.

2. Los jóvenes

Los jóvenes necesitan el compañerismo de los mayores. Los miembros adultos deben ver en cada joven una oportunidad de contribuir a la formación de una vida. Cuando sea conveniente, pídale a un joven acompañarle cuando salga a visitar en la comunidad o a hacer otra obra para el Señor. En algunas congregaciones se efectúan reuniones bíblicas especialmente para los jóvenes que ofrecen a los miembros mayores la oportunidad de influir en la vida de ellos.

3. Cultos especiales

Muchas congregaciones ofrecen oportunidades para llevar el evangelio a los que no pueden asistir, o al menos no asisten, a los cultos en la iglesia. Los cultos especiales ofrecen una oportunidad para ayudar en la evangelización del mundo.

4. La misión urbana

Además de otras misiones, siempre hay necesidad de obreros para que ayuden a llevar las buenas nuevas del evangelio a los perdidos en las ciudades.

5. Ayudar a los necesitados

Servimos a Cristo cuando ayudamos a los ancianos y huérfanos, los pobres y desamparados. Si nos ocupamos de traerles el mensaje de la

salvación, ánimo y sostén entonces obtendremos el galardón prometido en Mateo 25.34–40.

6. La educación cristiana

Las escuelas cristianas siempre necesitan maestros que se dediquen a la obra con esmero. Ser maestro en una escuela cristiana es una oportunidad de enseñar a los niños y jóvenes no sólo los aspectos académicos de la vida, sino también los valores espirituales.

7. Llevar el evangelio a lo último de la tierra

Todo cristiano debe predicar a diario el evangelio con su vida y sus palabras. Él debe dejar que brille su luz por dondequiera que vaya. Pidámosle a Dios que nos dé una visión de los millares de personas que se están perdiendo más allá de nuestra vecindad. Cuando recibimos la visión de ir a predicar el evangelio siempre resultará que unos irán a predicar el mismo a otra parte. Todos nosotros debemos estar dispuestos a ir si la iglesia nos llama a tal obra. “A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies” (Mateo 9.37–38).

Además de estas oportunidades especiales para el cristiano, muchas otras podrían mencionarse. Guiar el hogar cristiano y criar a los hijos para Cristo es una manera muy importante de servir a Cristo. Manejar diligentemente un negocio o ser un empleado fiel puede contribuir a la causa del Señor. Esto representa una oportunidad práctica de trabajar en la viña del Señor.

Por último, aunque no menos importante, ser un cristiano fiel y leal es un gran servicio para Cristo y los hermanos. El Señor quiere que nuestro buen ejemplo sirva como Biblia para muchos (2 Corintios 3.2–3) de manera que los convenza de la realidad y el poder del evangelio de Cristo en la vida de los hombres. Los incrédulos leen más del evangelio en los creyentes que en la Biblia. Todo creyente tiene la oportunidad de ser una “Biblia”. Aprovechela y utilicela para la gloria de Dios y así contribuirá al testimonio de su congregación.

Cosas que impiden el crecimiento de la congregación

Se ha dicho que donde Dios pone su casa de oración allí también el diablo edifica su capilla. Al procurar edificar una congregación para el Señor hay que enfrentarse a las fuerzas de Satanás y resistirlas. Notemos algunas de las cosas que impiden el crecimiento de la congregación:

1. La justicia propia

Una reprensión muy severa de Cristo a los fariseos que se creían justos fue ésta: “Vosotros mismos no entrasteis, y a los que entraban se lo impedisteis” (Lucas 11.52). Los que se creen justos hasta le impiden entrar a los que quieren edificar la obra de Dios.

2. La hipocresía

La hipocresía y la justicia propia se relacionan. Donde mora el uno el otro también está. Lea en Mateo 23 la reprensión severa que le hizo Cristo a los hipócritas. Pídale a Dios humildad y sinceridad para que él quite lo que impide el crecimiento espiritual de la hermandad.

3. La indiferencia

La indiferencia impidió la prosperidad de la congregación de Laodicea y trajo la reprensión de Jesús. Este mismo problema impide el crecimiento de muchas congregaciones hoy en día. Cualquier congregación que permita que entren la tibieza, el descuido y la indiferencia no se desarrollará ni se fortalecerá como un cuerpo activo.

4. La mundanería

“La amistad del mundo es enemistad contra Dios” (Santiago 4.4). La iglesia de Cristo no tiene nada que ver con el reino del mundo: “No son del mundo” (Juan 17.16). “No os conforméis a este siglo” (Romanos 12.2). “No améis al mundo” (1 Juan 2.15). Estos y otros textos muestran claramente que el creyente no debe ser cómplice del mundo. Cuando el mundo entra en la congregación, la piedad ya no tiene lugar. Jesús dice que una persona que no está completamente rendida a él es como una semilla que crece entre los espinos (Mateo 13.22). El mundo es lo que hace que su espiritualidad se ahogue. Lo que más impide en nuestros días el crecimiento espiritual en muchas congregaciones es la presencia de cosas mundanas de una forma u otra; ya sea en las relaciones o métodos de negocios, en la vida social, en las relaciones matrimoniales, en el atavío del cuerpo y de muchas otras maneras. La mundanería siempre destruye la espiritualidad e impide el crecimiento de la obra de Dios. Cierre usted la puerta contra este enemigo de la iglesia: la mundanería corrosiva.

Cosas que promueven el crecimiento de la congregación

1. La unidad de la fe

La Biblia enseña que cada miembro de la congregación es parte del mismo cuerpo y que son “todos miembros los unos de los otros” (Romanos 12.5). La adoración a Dios y el testimonio de fe deben ser “unánimes, a una voz” (Romanos 15.6). Un testimonio que demuestra que somos perfectos en Cristo es tener “la unidad de la fe” (Efesios 4.13).

2. El amor fraternal

“Permanezca el amor fraternal” (Hebreos 13. 1). El Señor nos amonesta de esta manera: “Amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro” (1 Pedro 1.22). El amor fraternal que se muestra en la congregación ofrece un testimonio indubitable a la comunidad (Juan 13.35). Donde hay amor fraternal, hay paz, simpatía y ayuda mutua entre los hermanos. Esto promueve el crecimiento espiritual.

3. La firmeza

La congregación en Éfeso nos sirve como un buen ejemplo de la perseverancia y la firmeza en el servicio. Esto se menciona cuatro veces en Apocalipsis 2.1–7. Su servicio no era inconstante. Ellos se dieron a la obra con gran determinación. Esto agradó a Cristo, la cabeza de la iglesia, y triunfaron sobre todos los obstáculos. Sí, la iglesia necesita personas que no se cansen nunca de hacer el bien.

4. La disciplina

Dios da a la iglesia la responsabilidad de disciplinar a los miembros que no quieren someterse a él. La persona que resiste la amonestación de los hermanos es amiga del mundo y enemiga de Dios. Eso mancha la pureza de la iglesia. Por tanto, la iglesia tiene que excomulgarlo.

“El tal sea entregado a Satanás” (1 Corintios 5.5). “Quitad, pues, a ese perverso” (1 Corintios 5.13). “Deséchalo” (Tito 3.10). El que peca cede a la tentación de Satanás. El que permanece en su pecado se entrega a Satanás. Así se condena a sí mismo. Tal persona debe ser separada de la iglesia.

¡Qué espantosa la condición de tal hombre! ¡Está separado de Cristo! Está afuera, entre los esclavos de Satanás. Ojalá que la separación entre él y la iglesia lo ayude a entender que ahora él está separado de Dios. Quizá entonces se arrepienta para que su espíritu sea salvo cuando venga Cristo.

“Señaladlo, y no os juntéis con él” (2 Tesalonicenses 3.14). La excomunión sirve de aviso al resto de los hermanos de que el excomulgado ya no es miembro de la iglesia y que ya no es partícipe con la comunidad de creyentes. Esto quiere decir que a partir de ese momento no debemos llamarlo hermano, ni saludarlo con el ósculo santo, ni participar con él en la santa cena, ni mucho menos juntarnos con él como con un amigo. Sin embargo, siempre debemos amarlo y exhortarlo a que vuelva al redil.

No debemos hablarle al errante de manera que le haga pensar que la iglesia lo ha maltratado. Tenemos que hacerle saber que lo hemos disciplinado por su propio bien. Incluso, tenemos que evitarlo para que

se avergüence de su pecado. Quizá a él le parezca que lo tratamos así para vengarnos de él. Pero sabemos que eso no es cierto. Lo hacemos para mantener la pureza de la iglesia y para que él sienta su necesidad de ponerse a cuentas con Cristo. Nuestro objetivo es que él se arrepienta para que pueda ser restaurado a la iglesia.

Esta disciplina mantiene pura la congregación a fin de que la misma esté lista cuando aparezca su novio (2 Pedro 3.14). Los pecados y la impureza en la congregación sólo traen derrota y condenación a la misma.

5. La influencia personal

La congregación consiste en un grupo de personas. Cada una influye en las demás. Todas estas influencias personales ayudan o destruyen la congregación. Por ejemplo, tenemos el caso de dos compañeros incrédulos que vivían en el pecado y se convirtieron. Después de esto ambos dieron testimonio de que eran cristianos. Un tercer compañero dudaba del poder de la salvación. Él dejó su trabajo por una semana y se dedicó a seguir a sus dos amigos sin que ellos lo supieran para ver cómo eran sus vidas. Entonces él se convenció de que ellos tenían algo de gran valor que a él todavía le faltaba. Fue así entonces como él también buscó y encontró a Cristo. ¿Cuál hubiera sido el resultado si estos dos no hubieran dejado que la luz de Cristo y del evangelio resplandeciera en sus vidas? La vida de cada cristiano siempre está bajo una constante vigilancia. El argumento más fuerte a favor o en contra del cristianismo es el mismo cristiano. ¿Cuál es tu influencia personal? (Lea 1 Pedro 2.15.)

6. La lealtad

El traidor es el hombre más despreciado en cualquier país. Aquel que no es honesto no goza de respeto o estimación entre amigos o enemigos. Asimismo, el que es leal a su patria gana y mantiene el respeto de todos. La deslealtad por parte de cualquier miembro de la iglesia, aunque sea en un asunto muy pequeño, está en contra de la solidaridad de la hermandad. La lealtad a Dios en todo lleva en sí una influencia y poder para levantar y promulgar el reino. ¡Que cada miembro sea leal a Cristo, leal a la obra de Cristo en la congregación, leal en separarse del mundo, leal en asistir a los cultos y las actividades de la congregación, leal a todo lo bueno y noble! Así crecerá la congregación.

La relación entre la congregación local y la iglesia universal

La congregación local es en sí misma una unidad que funciona como un cuerpo, pero también es parte de la iglesia universal de Cristo. La iglesia universal consta de todos los hijos de Dios en todo lugar, y forma el cuerpo de Cristo en la tierra. Cada congregación local puede

beneficiarse mucho al tener comunión con otras congregaciones locales que también forman parte de la iglesia universal y verdadera de Cristo. Según la Biblia, debe haber comunión entre tales congregaciones. Esta comunión es para su beneficio mutuo. De esa manera pueden animarse, aconsejarse, ayudarse y apoyarse los unos a los otros.

Sin embargo, cada congregación debe reconocer que no toda iglesia o congregación que dice ser parte de la iglesia universal de Cristo lo es. Puede ser que el nombre de Cristo forme parte del nombre de su iglesia, pero por su doctrina y comportamiento lo niegan. *La iglesia de los santos de Jesucristo de los últimos días* es un ejemplo claro de las iglesias a las que nos referimos anteriormente. Aunque la misma profesa fe en Jesús, esta iglesia estima más la palabra de José Smith que la de Cristo. Sus doctrinas y sus obras no son cristianas. Traen oscuridad al alma en vez de luz.

Las congregaciones verdaderamente cristianas no pueden tener ninguna comunión con tales iglesias. Al contrario, las verdaderas iglesias cristianas deben exponer sus errores y fortalecerse en contra de sus engaños. Estas iglesias falsas deben convertirse en un campo misionero para la iglesia cristiana. Resulta evidente que *La iglesia de los santos de Jesucristo de los últimos días* no es parte de la iglesia universal de Cristo; la misma es una religión falsa.

De tales religiones Jesús dijo: “Muchos falsos profetas se levantarán y engañarán a muchos” (Mateo 24.11). “Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis” (Mateo 7.15–17). Y el apóstol Juan nos advierte en cuanto a no apoyarlas en ninguna manera (2 Juan 9–11).

No obstante, existen otras iglesias que sí creen en la salvación por fe en Jesús y predicán muchas cosas que están correctas. Las personas pueden apreciar que en sus miembros se muestran los frutos de una vida espiritual. Sin embargo, estas mismas iglesias tienen unas creencias y prácticas que, según nosotros entendemos las enseñanzas del Nuevo Testamento, no parecen muy bíblicas. ¿Cómo debe relacionarse la congregación local de creyentes verdaderos con tales iglesias?

De la enseñanza que Cristo les dio a sus discípulos en cierta ocasión podemos aprender algo de cómo relacionarnos con esas iglesias. En este caso nos damos cuenta que hubo alguien que no andaba con los discípulos y los mismos le querían prohibir que usara el nombre de Jesús para echar fuera demonios. Pero cuando Cristo lo supo, les dijo: “No se lo prohibáis; porque ninguno hay que haga milagro en mi nombre, que luego puede decir mal de mí. Porque el que no es contra nosotros, por nosotros es” (Marcos 9.39–40). Al decir esto, Jesús dejó claro que no debemos oponernos a la obra de los tales. Sin embargo,

también es muy notable que él no nos manda a unirnos con ellos. Pablo enseña algo muy parecido en Filipenses 1.15–18.

Hay mucha variedad en las iglesias; desde las que son muy distintas de nuestra congregación hasta las que son muy parecidas. A veces nos cuesta discernir cómo relacionarnos con cierta iglesia. Es muy importante que cada congregación, bajo la dirección de los pastores, decida cómo relacionarse con las otras congregaciones con las cuales mantiene ciertas relaciones.

A fin de cuentas, cada congregación debe reconocer que Dios desea que la misma esté muy ocupada en la obra de Dios. Él quiere que ella haga su parte, en su comunidad, cumpliendo con el gran propósito de Dios para su iglesia universal, lo cual es evangelizar al mundo. Es necesario que cada congregación reconozca la necesidad de apoyar y dar su aporte para la honra y gloria de la Cabeza de la iglesia universal, Jesucristo.

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 36

Unas ordenanzas cristianas

“El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él” (Juan 14.21).

¿Qué es una ordenanza?

Una ordenanza es una regla o una práctica establecida por una persona con autoridad. En la iglesia decimos que las ordenanzas son aquellas ceremonias o prácticas establecidas por Dios por medio de su palabra y que fueron escritas para que sus hijos las cumplan. Cada una de estas ordenanzas tiene un significado espiritual; simboliza un aspecto de nuestra vida cristiana. Cumplir una ceremonia o mantener una práctica no tendrá ningún valor a menos que esté acompañada de la fe y una vida espiritual. De esta manera nosotros creemos que estas ordenanzas establecidas por Dios son de gran valor en la experiencia de la iglesia. Cada cristiano las querrá obedecer porque ama al Señor quien las ordenó, y porque él ha experimentado su bendición al guardar la verdad que las mismas simbolizan. Jesús dijo: “Si me amáis, guardad mis mandamientos”.

Ordenanzas bíblicas

Ya que vivimos en la época del Nuevo Testamento por eso debemos guardar todos los mandamientos y ordenanzas que aparecen en el mismo. En los capítulos siguientes centraremos nuestra atención en siete de estas ordenanzas. A continuación ofrecemos una lista de estas siete ordenanzas y sus respectivos significados y usos:

1. El bautismo con agua
 - Es la aspiración de una buena conciencia hacia Dios (1 Pedro 3.21).
 - Caracteriza el lavamiento de pecados (Hechos 2.38; 22.16).
 - Nos identifica con la muerte de Cristo (Romanos 6.3–4).
 - Simboliza el bautismo del Espíritu Santo (Mateo 3.11; Hechos 1.5; 2.14–18; 10.44–48; 11.15–16; 1 Corintios 12.13).
 - Permite la entrada a la iglesia visible (Mateo 28.19; Hechos 2.38–47).

2. La santa cena

- Nos hace recordar el cuerpo inmolado y la sangre derramada de Jesús (Lucas 22.19–20; 1 Corintios 11.23–26).
- Caracteriza la unión de los santos (1 Corintios 10.16–17).
- Anuncia la muerte y la segunda venida de Cristo (1 Corintios 11.26).

3. El lavamiento de los pies

- Nos llama a la humildad (Juan 13.14–17).
- Simboliza la igualdad fraternal y ayuda mutua (Juan 13.8, 14; Gálatas 5.13).

4. El velo de las mujeres cristianas

- Cubre la gloria del varón; promueve la modestia entre los sexos (1 Corintios 11.6–9, 15).
- Testifica acerca de la relación entre la mujer y el hombre en el Señor (1 Corintios 11.2–16).
- Es “señal de autoridad” (1 Corintios 11.10).

5. El ósculo santo

- Es un beso santo (Romanos 16.16).
- Es un beso de amor (1 Pedro 5.14).

6. La unción con aceite

- Simboliza la gracia de Dios para con los enfermos (Santiago 5.14–15).

7. El matrimonio

- Es una unión que se deshace únicamente por medio de la muerte (Mateo 19.3–6).
- Hace que la pareja se convierta en una sola carne (Génesis 2.23–24; Mateo 19.3–6).
- Es para la propagación del género humano (Génesis 1.28; Salmo 128.3).

- Promueve la pureza del género humano (1 Corintios 7.2; Hebreos 13.4).
- Caracteriza la relación entre Cristo y la iglesia (Efesios 5.22–29).

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 37

El bautismo

“Haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mateo 28.19).

El bautismo se menciona primeramente en relación con el ministerio de Juan el Bautista (Mateo 3.1–6; Lucas 3.3, 12). Sin embargo, bajo la ley de Moisés se conocieron muchos lavamientos o “bautismos” ceremoniales. En el período entre los dos testamentos los que no eran judíos que querían unirse a las sinagogas fueron bautizados para iniciarse. En realidad lo que era nuevo para los creyentes al comenzar el período del Nuevo Testamento fue el significado y el uso del bautismo, no la idea del mismo.

Diversas abluciones

A. D. Wenger dice lo siguiente del término “diversas abluciones” (lavatorios ceremoniales):

“El ‘diaphorais baptismois’ de Pablo se traduce como ‘diversas abluciones’ (Hebreos 9.10). Esto muestra que las ceremonias de purificación en la ley de Moisés eran de tantos bautismos (‘baptismoi’). Estas ceremonias se efectuaron aplicándose aceite, agua o sangre. Derramar aceite sobre los sacerdotes escogidos era un rito de consagración y santificación que se les hacía en preparación para servir al Señor en los oficios sacerdotales. ‘Y derramó del aceite de la unción sobre la cabeza de Aarón’ (Levítico 8.12). Aarón y sus hijos también fueron rociados con sangre y aceite (Éxodo 29.21). Acerca de los levitas, Dios dijo: ‘Toma a los levitas de entre los hijos de Israel, y haz expiación por ellos (...) Rocía sobre ellos el agua de la expiación (...) Después de eso vendrán los levitas a ministrar en el tabernáculo de reunión’ (Números 8.5–15). En cuanto a la lepra, Dios dijo: ‘Lo que quedare del aceite que tiene en su mano, [el sacerdote] lo pondrá sobre la cabeza del que se purifica’ (Levítico 14.18). En cuanto a la inmundicia, Dios mandó: ‘No fue rociada sobre él el agua de la purificación; es inmundo’ (Números 19.20). Había muchos otros casos de purificación por medio de derramar y rociar (diversas abluciones, o sea, bautismos) que no lavaron la superficie del cuerpo, sino que limpiaron ceremonialmente todo el ser. Moisés roció a millones de personas con sangre y agua, y quedaron ‘bautizadas’ (Hebreos 9.10, 19).”

Las palabras “bautizar” y “bautismo” son solamente transliteraciones de las palabras griegas (*“baptizo”, “baptisma”*) con las terminaciones propias para el castellano.

Tipos de bautismo

1. El bautismo con agua

El bautismo con agua es la ceremonia en la cual se aplica agua a una persona que ha creído en Cristo. Esta ceremonia es la manera en que se llega a ser parte de la hermanad local de creyentes.

2. El bautismo con el Espíritu Santo

Juan el Bautista decía: “Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero (...) él [Cristo] os bautizará en Espíritu Santo y fuego” (Mateo 3.11). Cristo se refiere a este mismo acontecimiento en Hechos 1.5. De tales escrituras entendemos que aunque el hombre bautiza con agua, Dios bautiza con el Espíritu Santo.

El bautismo con el Espíritu Santo es el bautismo que salva y el bautismo con agua corresponde con ello. “Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo” (1 Corintios 12.13).

3. El bautismo en fuego

Juan el Bautista menciona el bautismo en fuego en Mateo 3.11 y Lucas 3.16. Él lo menciona junto con el bautismo del Espíritu Santo. Puede ser que se refiera al bautismo del Espíritu Santo. Sin embargo, según el contexto (Mateo 3.10–12; Lucas 3.16–17) es más probable que se refiera al juicio con que Jesús va a bautizar al mundo en su segunda venida. El bautismo cristiano sella nuestra fe; el bautismo en fuego sella la condenación de los incrédulos.

4. El bautismo de sufrimiento y martirio

Cuando Jesús habló del “bautismo con que yo soy bautizado” parece que hablaba de su sufrimiento y muerte (Marcos 10.38–39). Él dijo que sus discípulos iban a ser bautizados con el mismo bautismo. ¿Por qué hacer referencia al sufrimiento y el martirio como a un bautismo? Porque sellan o confirman nuestra fe. Como dice 2 Timoteo 2.12: “Si sufrimos, también reinaremos con él”.

El bautismo con el Espíritu Santo

1. Es el bautismo que salva

“El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (Juan 3.5). (Lea también Ezequiel 36.25–27; Juan 6.63; Hebreos 10.22.)

2. Da entrada a los creyentes en el cuerpo de Cristo

“Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo” (1 Corintios 12.13). “Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” (Romanos 8.9).

3. Da poder para vivir en santidad y para servir

Por ejemplo, note la diferencia que había en los discípulos antes y después del Pentecostés. Hechos 1.8 se cumple tanto en la vida de los discípulos de nuestros días como en los tiempos apostólicos. El poder del Espíritu Santo limpia la vida, santifica la lengua, une a los cristianos y derrama el amor de Dios en nuestros corazones. (Lea Hechos 1.8; 2.1–47; Hebreos 9.14; Romanos 5.5.)

El propósito del bautismo con agua

1. Sella nuestra fe en Cristo

El agua no salva a nadie. El bautismo con agua tiene valor sólo cuando es “la aspiración de una buena conciencia hacia Dios” (1 Pedro 3.21). El que tiene una buena conciencia desea el bautismo para cumplir toda justicia (Mateo 3.21) porque quiere identificarse con Cristo (Romanos 6.3) y con su cuerpo, la iglesia (Hechos 2.41). Solamente la fe genuina produce tal aspiración.

El bautismo nos señala como uno ha muerto y resucitado con Cristo (Romanos 6.3–4). El mismo testifica que hemos sido revestidos de Cristo (Gálatas 3.27). El que recibe el bautismo con agua recibe el sello que dice: “Éste pertenece a Cristo”.

2. Señala al bautismo con el Espíritu Santo

Solamente los que han sido bautizados con el Espíritu Santo son dignos de recibir el bautismo con agua. El bautismo visible es una señal del bautismo que se ha realizado por dentro. Como el bautismo del Espíritu Santo da entrada al cuerpo de Cristo (1 Corintios 12.13) así el bautismo con agua es el paso de entrada en la congregación de creyentes (Hechos 2.41–47.) La enseñanza y la práctica de la iglesia en el tiempo de los apóstoles testifican de la conexión entre el bautismo con agua y el del Espíritu Santo (Hechos 1.5; 10.44–48; 11.15–16).

3. Se refiere al lavamiento de los pecados

Pedro les dijo a los pecadores que sintieron temor en el día de Pentecostés: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros (...) para perdón de los pecados” (Hechos 2.38). Esto corresponde con la instrucción de Ananías a Saulo: “Levántate y bautízate, y lava tus pecados” (Hechos 22.16). ¿Acaso entendemos por esto que el agua lava los pecados? De ninguna manera. La Biblia enseña que el bautismo no quita “las inmundicias de la carne” (1 Pedro 3.21), que “la sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1.7) y que fuimos rescatados de nuestra vana manera de vivir, no por cosas “corruptibles”, sino “con la sangre preciosa de Cristo” (1 Pedro 1.18–19). El agua del bautismo sólo representa la limpieza que efectúa la sangre de Jesús. Algunos atribuyen erróneamente esa limpieza al agua misma. En el caso del leproso (Marcos 1.40–44), a quien Cristo ya había limpiado, vemos que Cristo lo mandó a que se presentara al sacerdote y ofreciera los sacrificios *para su purificación* que según la ley debía ofrecer. El bautismo con agua, al igual que la ofrenda mencionada, representa una purificación que ya fue hecha.

4. Es un acto de obediencia

Cuando Jesús vino al Río Jordán para que Juan lo bautizara, Juan se negó diciendo: “Yo necesito ser bautizado por ti”. Pero Cristo le dijo: “Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia” (Mateo 3.13–15). Entonces Juan lo bautizó. Aquello era un acto de obediencia y no de limpieza.

Cuando el Espíritu Santo fue derramado sobre los gentiles en la casa de Cornelio, Pedro dijo: “¿Puede acaso alguno impedir el agua...?” (Hechos 10.44–48) y mandó que fueran bautizados con agua. ¿Era necesario que Cornelio fuera bautizado? Sí. Nadie puede llegar al cielo si rechaza este mandamiento de Dios.

5. Es el paso de entrada a la membresía de la congregación de creyentes

Las dos obras principales encomendadas a la iglesia en Mateo 28.19–20 son: (1) enseñar y (2) bautizar. La costumbre de todas las iglesias en el tiempo de los apóstoles era bautizar a los nuevos convertidos. Hechos 2.41 dice que “los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día a la iglesia como tres mil personas”.

Requisitos bíblicos para el bautismo

Se debe bautizar sólo al que cumple los requisitos bíblicos. Los requisitos bíblicos para bautizarse son:

1. La fe

“¿Qué impide que yo sea bautizado?” preguntó el eunuco etíope. “Si crees de todo corazón, bien puedes” respondió Felipe (Hechos 8.36–37). “¿Qué debo hacer para ser salvo?” preguntó el carcelero. “Cree en el Señor Jesucristo,” se le contestó (Hechos 16.30–31). Al manifestar tal fe, ellos fueron bautizados. Cristo dijo: “El que creyere y fuere bautizado, será salvo”. Es necesario que la persona entienda bien su necesidad de ser salva y que reciba la salvación por fe antes de recibir el bautismo.

2. El arrepentimiento

“¿Qué haremos?” preguntaron los hombres en el día de Pentecostés. “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros” respondió Pedro (Hechos 2.37–38). Pedro no dijo: “Bautícense y luego arrepíentanse”. El arrepentimiento antecede al bautismo. Juan reprendió a la “generación de víboras” que quería ser bautizada. Les dijo que debían hacer “frutos dignos de arrepentimiento” (Mateo 3.7–8). Se debe bautizar sólo a las personas arrepentidas.

3. La conversión

Varios pasajes de la Biblia indican que la conversión es un requisito que uno tiene que cumplir antes de bautizarse con agua. Pedro amonestó a los fariseos: “Así que, arrepentíos *y convertíos*, para que sean borrados vuestros pecados” (Hechos 3.19). Esto no se refiere directamente al bautismo con agua, sino aclara que la conversión viene antes de la remisión de los pecados. Saulo de Tarso fue bautizado, pero sólo después de haberse convertido (Hechos 9.1–18). Realizar un estudio de lo que sucedió en la vida de Pablo es muy provechoso al considerar la relación entre la conversión y el bautismo con agua. Antes de bautizarse uno tiene que creer y arrepentirse, es decir, convertirse. Al no ser así el bautismo con agua no se debe administrar. Para el bienestar de los interesados y también para el de la iglesia, el bautismo con agua se aplica solamente a los que muestran una conversión verdadera por medio de su manera de vivir.

¿Qué dice la Biblia sobre el bautismo de los infantes?

La Biblia guarda un silencio absoluto sobre el asunto del bautismo de los infantes. Una de las citas bíblicas que se usa a veces para apoyar el bautismo de los infantes se encuentra en Mateo 19.13–15. Pero esta escritura sólo dice que las madres trajeron a sus niños “para que pusiese las manos sobre ellos, y orase”; la misma ni siquiera se refiere a ningún bautismo. Hay algunos que nos dicen que los apóstoles bautizaron a los niños porque ellos bautizaron a familias completas como, por ejemplo, a las familias de Cornelio, Lidia y el carcelero en Filipos. Pero la Biblia no dice que en aquellas casas había niños. Al contrario, en algunos casos se indica que la familia completa fue capaz de comprender el evangelio. Cornelio era “piadoso y temeroso de Dios

con toda su casa” (Hechos 10.2); y del carcelero está escrito que se bautizó y “se regocijó con toda su casa de haber creído a Dios” (Hechos 16.34).

El bautismo es para los que tienen entendimiento para recibirlo conforme a los términos del evangelio. Los niños pequeños no tienen tal entendimiento. En cuanto a los niños inocentes, la Biblia dice que “de los tales es el reino de los cielos” (Mateo 19.14). Es sólo cuando llegan a entender su responsabilidad ante Dios por su alma que ellos son aptos para el mensaje del evangelio y pueden ser bautizados cuando hayan cumplido los requisitos bíblicos.

El modo de bautizar

La Biblia en ninguna parte especifica la forma exacta de bautizar; si se debe derramar o rociar el agua en la persona o si se debe sumergir a la persona en el agua. Esto nos ayudará a no ser demasiado dogmáticos en nuestra manera de pensar en el modo de bautizar. Cabe decir que si alguno se ha entregado a Dios, y por la gracia de Dios le está sirviendo conforme al entendimiento que tenga, Dios no le cerrará las puertas del cielo sólo porque hubo un error en la manera en que fue bautizado. Cuando alguna persona que ya fue bautizada sobre su confesión de fe quiere entrar en la iglesia es mejor averiguar si tiene una buena conciencia hacia Dios que indagar el modo en que fue bautizada. Sin embargo, no debemos descuidar lo que la Biblia enseña acerca del bautismo.

El derramamiento

1. “Derramamiento” es un sinónimo bíblico para “bautismo”

La escritura usa dos palabras, *bautizar* y *derramar*, para señalar la misma cosa. Hechos 2.17 habla de *derramar*, mientras que Mateo 3.11 y Hechos 1.5, hablando de la misma cosa que Hechos 2.17, lo llaman *bautizar*. El uso de las dos ideas se halla también en Hechos 11.15–16, mostrando que las palabras *bautizar* y *derramar* son sinónimas. La palabra “cayó” es usada aquí en vez de “derramar”, pero expresa la misma idea.

Pablo se refiere a la experiencia de los israelitas en el Mar Rojo, diciendo que “todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar” (1 Corintios 10.1–2). Parece que el salmista se refiere al cruce del Mar Rojo cuando dice: “Las nubes echaron inundaciones” (Salmo 77.17–20). Al comparar estos dos pasajes, se ve claramente que el pueblo *no* fue bautizado por inmersión cuando cruzaron el Mar Rojo. Esto destaca el hecho de que las dos ideas, *derramar* y *bautizar*, son sinónimas.

2. El derramamiento está de acuerdo con los términos usados en el Antiguo Testamento tanto como los términos usados en conexión con el bautismo del Espíritu Santo

Esto ya se ha demostrado en los párrafos que hablan acerca de “diversas abluciones” y los que hablan del bautismo con agua como símbolo del bautismo del Espíritu Santo. Si el bautismo del Espíritu Santo siempre se refiere como un derramamiento, ¿por qué no debería ser el bautismo con agua por derramamiento también?

3. La mayoría de los bautismos que se mencionan en el libro de los Hechos parecen haber sido efectuados dentro de una casa

Esto no es una prueba concluyente, pero resulta dudoso que en cada casa hubieran tenido un lugar para sumergir en el agua a los que habrían de bautizarse. El único caso después del día de Pentecostés donde está claro que se administró un bautismo *en* el agua es cuando Felipe y el eunuco “descendieron ambos al agua” (Hechos 8.38). Pero ni en este ejemplo se relata el modo que usaron para bautizar.

4. El derramamiento es más práctico que la inmersión

Los mandamientos del Señor “no son gravosos [pesados o costosos]” (1 Juan 5.3). La sencillez del derramamiento está de acuerdo con las demás ordenanzas del Señor; no requiere el precio de una pila bautismal o un viaje largo en busca de agua suficiente. El bautismo por derramamiento se puede administrar en todas partes del mundo: En el lecho de los enfermos, en las regiones heladas del norte, en el desierto o en cualquier otro lugar.

El bautismo, como todas las otras cosas mandadas por Cristo, ha sufrido muchos abusos. Algunos han tratado de usarlo para abrigar sus pecados. Otros enseñan que el bautismo es la salvación misma. Otros han hecho un ídolo del modo de bautizar y otros han abusado del mismo de otras maneras. Pero ninguno de estos abusos debe impedir el uso correcto del bautismo. El mismo fue instituido por medio de la sabiduría divina. Es necesario que aceptemos el mismo con gratitud, recordando que “el que creyere y fuere bautizado, será salvo” (Marcos 16.16).

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 38

La santa cena

“Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga” (1 Corintios 11.26).

La santa cena fue instituida por el Salvador la noche en que él fue traicionado. Después que Jesús y sus discípulos se habían sentado a la mesa, él dijo: “¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca! Porque os digo que no la comeré más, hasta que se cumpla en el reino de Dios” (Lucas 22.15–16). Fue en esta fiesta de la pascua que Jesús tomó el pan, dio gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos, recordándoles que debían comer el pan en memoria de su cuerpo quebrantado. Después de esto, él tomó la copa, la dio a sus discípulos y les dijo que debían beber de la copa en memoria de su sangre derramada. Así se instituyó una ordenanza nueva para la época del Nuevo Testamento.

Lo que significa

1. Se hace en memoria del cuerpo quebrantado y de la sangre derramada de Jesucristo

Esto se ve claramente en la primera carta de Pablo a los corintios:

Porque yo recibí del Señor lo que también os he enseñado: Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí. Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí. Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga (1 Corintios 11.23–26).

Es una cena muy sencilla; tan sencilla que hasta un niño puede comprender lo que sucede en la misma. Sin embargo, es tan profunda que los hombres más educados nunca han podido comprender todo su significado. El pan es un símbolo del cuerpo de Jesús que fue quebrantado por nosotros; la copa es un símbolo del nuevo pacto en su sangre.

2. Se refiere a la unidad de los participantes

Volvamos otra vez a los escritos de Pablo:

La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan (1 Corintios 10.16–17).

Al meditar en lo que significa la santa cena, vemos que la santa cena se debe observar como un cuerpo unido y no como personas individuales. Los participantes en la santa cena deben estar de acuerdo entre sí y ser uno en el Señor, uno en fe, uno en devoción a Cristo. Como el pan se compone de muchos granos de trigo, mezclados tan inseparablemente que es imposible saber de qué grano vino cierta parte de la harina, así el cuerpo de participantes debe ser un solo cuerpo de adoradores en el Señor. Llegamos a ser “un pan” al participar todos del mismo pan (Cristo).

3. Demanda de los participantes una vida santa, apartada del mundo

No quiero que vosotros os hagáis partícipes con los demonios. No podéis beber la copa del Señor, y la copa de los demonios; no podéis participar de la mesa del Señor, y de la mesa de los demonios (1 Corintios 10.20–21).

Este texto es muy claro sobre la importancia de limitar la santa cena a los que están unidos en Cristo y sin pecado. Debemos mantenernos separados de los demonios y de los que sirven al diablo. No puede haber compañerismo entre cristianos e incrédulos.

Hay dos amonestaciones bíblicas en cuanto a la participación de pecadores en la santa cena. La primera advierte a la iglesia de no participar en la santa cena con tales personas (1 Corintios 10.20–21). La segunda habla a los mismos pecadores: “Cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente (...) juicio come y bebe para sí” (1 Corintios 11.27–29).

Algunas teorías y prácticas falsas

1. La transubstanciación

La iglesia católica enseña que el pan y el vino literalmente se convierten en el cuerpo y la sangre del Señor cuando el sacerdote los bendice. Esta teoría se basa supuestamente en las declaraciones de Jesús en cuanto a la cena: “Esto es mi cuerpo (...) esto es mi sangre”. El error de esta teoría se aprecia en que cuando Cristo dijo estas palabras su cuerpo físico estaba a plena vista de los discípulos de modo que ellos entendieron que él hablaba de manera simbólica.

Otro caso parecido se encuentra en la interpretación de Daniel de la visión de Nabucodonosor. Daniel dijo: “Tú eres aquella cabeza de oro” (Daniel 2.38). Esto no fue de manera literal, pues el rey de carne y sangre no fue a la misma vez parte de esa estatua. Así en la santa cena el pan es el cuerpo y la copa es la sangre de Cristo en sentido figurado. Si fuera verdad la teoría de transustanciación todo participante que comiera la carne y bebiera la sangre, inclusive los pecadores e hipócritas, tendrían la vida eterna. Claro que esto contradice el evangelio. Esta teoría es una invención muy astuta que da la autoridad para salvar al que reparte el pan y da entrada al reino de Dios a los pecadores. No hay virtud alguna ni en el pan ni en la copa en sí. Pero son muy apropiados y muy importantes porque en la santa cena nos hacen memoria del cuerpo quebrantado y la sangre derramada de Cristo.

2. La consubstanciación

Como la teoría de la transustanciación, la consubstanciación asimismo afirma la presencia real del cuerpo y de la sangre del Señor, pero dice que coexisten con los elementos naturales. Según esta teoría, el pan, aunque sea realmente pan, también contiene el cuerpo físico del Señor. Y el fruto de la vid, además de ser jugo de uva, es la sangre de Cristo. Los que enseñan así creen que este cambio se efectúa sin la consagración del sacerdote.

Esta teoría está sujeta a los mismos errores que la otra. En cuanto a las cualidades físicas del pan y de la copa, son símbolos; y en cuanto a la presencia de Cristo en la santa cena, es completamente espiritual.

3. Participación abierta

Participación abierta quiere decir “permitir que participe en la santa cena cualquier persona que se sienta digna de participar”. Los que practican la santa cena abierta no quieren juzgar a los que desean participar. Creen que la santa cena abierta está de acuerdo con los principios del evangelio, el cual, dicen ellos, es evangelio de amor. Pero hay varias objeciones a esta teoría:

- Es difícil armonizar esta teoría con los pasajes bíblicos ya citados que dan énfasis al examen de uno mismo y al examen de toda la iglesia.
- La base de la santa cena no es sólo el amor entre los participantes, sino unidad en la fe y en la comunión con el Señor Jesucristo.
- La santa cena abierta menosprecia la comunión entre los que participan. Los que practican la santa cena abierta dicen que la misma destaca la comunión que uno tiene con Dios, no con los hombres. En este caso, ¿cuál sería el propósito de celebrarla en la capilla? ¿Por qué no celebrar cada cual la santa cena en su casa, consigo mismo y con el

Señor? Y si es verdad que no es necesario la comunión con los demás participantes, ¿por qué no deberíamos entonces admitir a todo criminal y hereje?

- La santa cena abierta admite a la mesa del Señor a los que no se pueden admitir como miembros de la iglesia. Hay iglesias que admiten en la santa cena a toda clase de personas con tal que profesen ser cristianos. ¿Por qué ser más estrictos con los que quieren ser miembros que con los participantes de la santa cena? Los únicos que lógicamente pueden defender la santa cena abierta son los que admiten como miembros a toda clase de gente sin importar su fe o su práctica.

- Existe un contraste extraño entre esta teoría y el principio bíblico de la unidad. ¿Por qué debiéramos tener un servicio de comunión cuando se reconoce que no tenemos unión espiritual? Dos o más personas que no están dispuestas a asociarse como miembros en la misma iglesia tampoco están en condiciones de cenar juntos en el mismo servicio. Observemos este servicio en una manera digna de su nombre: comunión (la santa cena) implica unión esencial de fe y vida.

4. Servir una cena completa

Algunos piensan que se debe comer una cena completa junto con la santa cena. Pero Pablo dijo a los corintos: “Si alguno tuviere hambre, coma en su casa” (1 Corintios 11.34). Esto aclara que los apóstoles no autorizaron una cena completa. Sólo el pan y la copa forman parte de la santa cena (1 Corintios 11.17–26, 33–34). Es el alma, no el cuerpo, la que ha de ser saciada en la participación de la copa y el pan.

La santa cena limitada

Según la Biblia, solamente los que tienen una plena unidad en Cristo deben participar juntos en la santa cena. Creemos que la iglesia tiene la responsabilidad de decidir quienes deben participar y quienes no. Esto es bíblico por las siguientes razones:

- Está conforme a los requisitos bíblicos de la unidad. Los participantes han de ser un cuerpo unido en Cristo (1 Corintios 10.15–17).

- Expresa la unión espiritual de los participantes.

- Permite que la iglesia mantenga pura la santa cena del Señor. Aun las personas que parecen estar de acuerdo con la iglesia, pero están contaminadas con pecados secretos, no deben participar (1 Corintios 11.27–29). Cada persona debe examinarse a sí mismo antes de participar en la santa cena (1 Corintios 11.28; 2 Corintios 13.5).

- Hace posible que la iglesia cumpla con el requisito bíblico: “No quiero que vosotros os hagáis partícipes con los demonios” (1 Corintios 10.20). Al limitar la santa cena a los que reconocen la autoridad de la iglesia se evita la necesidad de juzgar a miembros de otras iglesias. Los que están contaminados con el pecado deben ser excluidos de la santa cena (1 Corintios 10.18–21).
- Basa la santa cena en la unidad y en la comunión cristiana, y no en la amistad social.
- Protege a los miembros de la iglesia de la hipocresía de fingir ser uno en fe y en vida, tal como significa la santa cena, cuando no están dispuestos a tener comunión el uno con el otro en la misma iglesia.

Conclusión

La santa cena es un mandamiento, y como tal debe guardarse con temor y reverencia. Pero también es un privilegio sagrado. ¡Qué gozo más grande hay para el hijo de Dios cuando recuerda el sacrificio que el Salvador hizo por nosotros! Cuando celebramos la santa cena, anunciamos “la muerte del Señor (...) hasta que él venga” en compañerismo con los que están unidos por medio de la misma fe. Cuando extendemos la mano para coger los símbolos de su cuerpo quebrantado y su sangre derramada, nuestro corazón se conmueve al pensar en el precio de nuestra redención. Nuestra mente contempla las oportunidades que tenemos de hacer la voluntad de nuestro Maestro. Nuestro corazón se llena de gozo celestial anticipando el momento gozoso y glorioso en que Cristo venga otra vez para llevar a su pueblo.

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 39

El lavatorio de los pies

“Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieris” (Juan 13.17).

El lavatorio de los pies fue instituido por Cristo. ¿Por qué será que él nos mandó a lavarnos los pies? ¿Será porque no le gustaban los pies sucios? No. Él nos mandó a que nos laváramos los pies los unos a los otros para enseñarnos unos principios muy básicos de la vida cristiana: la humildad, la igualdad y el servicio mutuo. Y eso es lo que Dios quiere que recordemos cuando nos lavamos los pies con los hermanos.

El Nuevo Testamento se refiere dos veces al lavatorio de los pies de los santos. La primera se encuentra en Juan 13.1–17, donde Jesús mostró a sus discípulos cómo deben lavarse los pies los unos de los otros. La segunda se encuentra en 1 Timoteo 5.10, donde menciona “si ha lavado los pies de los santos” como un requisito que deben cumplir las viudas antes de ser puestas en la lista de ayuda eclesiástica. Pero estos no son los únicos lugares en la Biblia donde leemos acerca del lavatorio de los pies. Veamos algunos pasajes del Antiguo Testamento.

Lavatorios del Antiguo Testamento

Hay dos tipos de lavatorios de pies mencionados en el Antiguo Testamento: (1) el lavatorio tradicional y (2) el lavatorio ceremonial.

1. El lavatorio tradicional

Esta práctica común se menciona en Génesis 18.4; 19.2; 24.32; 43.24 y 2 Samuel 11.8. Esta costumbre fue conocida en los días de Cristo, como es evidente por su reprensión a Simón: “Entré en tu casa, y no me diste agua para mis pies” (Lucas 7.44). La costumbre en aquel tiempo era que los siervos lavaran los pies a las visitas. En nuestra cultura ya no existe esta costumbre.

2. El lavatorio ceremonial

El lavatorio ceremonial de los pies y las manos se menciona en Éxodo 30.17–21 y Éxodo 40.30–32. La primera cita tiene una lista de instrucciones específicas de Dios a Aarón y a sus hijos acerca de la ceremonia de purificación que tiene que ver con el lavatorio de las

manos y de los pies. La segunda se refiere a la observancia de este mandamiento.

Al estudiar estos dos tipos de lavatorio de los pies, vemos un contraste fundamental. El primero fue una costumbre voluntaria comenzada sin mandamiento específico o autoridad divina y se terminó al pasar la costumbre. El segundo fue instituido por autoridad divina. Al dejar de practicar esta ordenanza se impuso un castigo, aunque la misma fue descontinuada solamente con la abolición de la ley ceremonial.

Analícemos Juan 13 para ver si lo que Jesús hizo fue por costumbre o si fue algo más.

Juan 13.1–17

1. El ejemplo del Maestro (vv. 1–5)

Jesús se levantó de la cena, se quitó su manto, tomó una toalla y se la ciñó, puso agua en un lebrillo y lavó los pies de sus discípulos. En esta ocasión el maestro lavó los pies a los discípulos. Fue contrario a la costumbre.

2. La conversación con Pedro (vv. 6–11)

Cuando Jesús llegó a Pedro, éste le preguntó qué hacía pues lo que él hacía no era según la costumbre. Entonces al decirle Jesús que aquello era algo que él no comprendería al momento, Pedro replicó: “No me lavarás los pies jamás”. Cristo le dijo: “Si no te lavare, no tendrás parte conmigo”. A Jesús le preocupaba algo más que una simple limpieza de los pies. Cuando Pedro entendió que este lavatorio tenía que ver con su relación con Cristo entonces él quiso que no le lavaran sólo los pies, sino también las manos y la cabeza. Y en esta ocasión Cristo tampoco le concedió su petición; él quiso lavarle solamente los pies.

3. La explicación (vv. 12–17)

Luego de haber confrontado a Pedro, Cristo siguió lavando los pies de los discípulos. Después de esto se quitó la toalla, se puso su manto, se sentó y empezó a explicarles lo que había hecho. Los alabó por haberlo reconocido a él como Maestro y Señor; y ya que él, el Maestro y Señor, había lavado sus pies, ellos también debían lavarse los pies los unos a los otros. Él les había dado este ejemplo con ese mismo propósito. Al final, Cristo les dijo que ya que sabían estas cosas y habían visto su ejemplo entonces ellos serían bienaventurados si las hacían.

Por qué llamar a esta práctica una ordenanza

1. No fue una costumbre antigua

Si lo hubiera sido, Cristo no le habría tenido que decir a Pedro: “Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora”. Fue algo nuevo. No había tal costumbre que uno del grupo se levantara de la cena para lavar los pies de todos los demás ni mucho menos que el más grande del grupo lo hiciera.

2. No fue para el aseo

Si este lavatorio hubiera sido para el aseo personal ellos se hubieran lavado al llegar a la casa antes de sentarse a la mesa. (Aunque entendemos que este lavatorio no fue para la limpieza física, se puede hacer una aplicación maravillosa de esto como símbolo de la limpieza del pecado.)

3. Fue instituida por autoridad divina

Jesús era el Señor, y claramente lo dijo a sus discípulos al explicarles lo que él había hecho cuando les dio esta ordenanza. Él mandó a los discípulos a practicarla. Entonces podemos notar en los versículos 14 y 15 que el lavatorio de los pies de los santos es un mandamiento bíblico y que Jesús lo instituyó para que los suyos siguieran su ejemplo.

Por qué debe ser practicado por todo creyente

1. Es una ordenanza cristiana

Es por eso que la misma debe tener el mismo reconocimiento que tienen todas las ordenanzas del Nuevo Testamento.

2. Hay una bendición para el que la practica

“Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis.” Esta bendición de Dios no es para desperdiciarla ni mucho menos ignorarla.

3. Es una de “todas las cosas” incluidas en la gran comisión

Toda iglesia cristiana tiene la gran comisión como su grito de combate. Pero mientras nuestro celo misionero se mantenga fuerte no debemos olvidar que una de las cosas que Cristo les mandó a sus discípulos fue que enseñaran a todas las naciones a que se lavaran los pies los unos a los otros.

4. Representa verdades espirituales

Las cosas más importantes que representa esta ordenanza son la humildad, la igualdad y el servicio mutuo. Para el hombre es normal y lógico ser orgulloso, vanidoso y egoísta. La ordenanza del lavatorio de los pies es un mandamiento que una congregación pronto deja de cumplir cuando el orgullo reina en la misma.

Es la voluntad de Dios que el rico y el pobre, el viejo y el joven, el educado y el indocto, el débil y el fuerte, todos se consideren iguales. Todos son hermanos y hermanas en la fe, miembros de la familia feliz de Dios que tienen paz entre sí y se sirven el uno al otro por amor. No hay nada que represente mejor esa condición en cualquier iglesia que la ordenanza humilde de lavar los pies de los santos.

“Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieris” (Juan 13.17).

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 41 (42 está abajo...)

El ósculo santo

“Saludaos los unos a los otros con ósculo santo” (Romanos 16.16).

“Saludaos unos a otros con ósculo de amor” (1 Pedro 5.14).

Es un símbolo de amor

El beso se conoce en todo el mundo como muestra de amor y afecto. Pero el ósculo (beso) santo no es algo romántico ni debe ser llamativo a la carne; más bien es un símbolo de la unidad, pureza, amor y sinceridad que existen en la hermanad cristiana. Es algo que nace de un corazón lleno del amor de Dios hacia los hermanos.

Se debe guardar en santidad

Esta ordenanza no es para practicarla con todo el mundo. “Saludad a *todos los hermanos* con ósculo santo” (1 Tesalonicenses 5.26). Este beso muestra la relación sagrada que tenemos como hermanos en Cristo.

Para guardar la santidad y pureza de este mandamiento, se debe practicar los hermanos con los hermanos y las hermanas con las hermanas. Según Hipólito, un líder en la iglesia en Roma, la iglesia de aquel entonces así lo practicaba. En cuanto al ósculo santo, él mandó: “Solo los creyentes deben saludarse los unos a los otros, pero los hombres con los hombres y las mujeres con las mujeres; un hombre no debe saludar a una mujer” (*The Apostolic Tradition* 18.4, como fue citado en *The Didache*, página 24, Amish Mennonite Publications).

Es un mandamiento

La Biblia menciona este mandamiento cinco veces:

“Saludaos los unos a los otros con ósculo santo” (Romanos 16.16).

“Saludaos los unos a los otros con ósculo santo” (1 Corintios 16.20).

“Saludaos unos a otros con ósculo santo” (2 Corintios 13.12).

“Saludad a todos los hermanos con ósculo santo” (1 Tesalonicenses 5.26).

“Saludaos unos a otros con ósculo de amor” (1 Pedro 5.14).

Existen muchos que ponen excusas como: “no es saludable”; “no conviene”; “da un espectáculo”; “el otro puede ser un hipócrita”; “no está de moda”; “no es un mandamiento importante”; “el apretón de manos ha tomado el lugar del ósculo santo”. Sin embargo, teniendo en cuenta las escrituras ya mencionadas, ¿acaso uno puede justificarse usando cualquiera de estas excusas? Por supuesto que no. ¿Acaso no es cierto que cuando existe un amor ferviente y un espíritu de fraternidad desaparecen todas estas excusas? ¡Claro que sí! La iglesia bíblica requiere que “todos los hermanos” obedezcan esta ordenanza.

Es necesario practicarlo

El mandamiento “saludaos los unos a los otros con ósculo santo” no es una mera sugerencia para cualquiera que quiera practicarlo, sino una exhortación al pueblo cristiano para que lo obedezca. No puede haber “ósculo santo” ni “ósculo de amor” donde los que practican este saludo no andan en la justicia y la verdadera santidad, y donde los que se congregan no se aman “unos a otros entrañablemente, de corazón puro” (1 Pedro 1.22). Debido a que estas cosas no abundan en el corazón de tantos que profesan el nombre de Cristo entonces es lógico que desechen este mandamiento del evangelio. Al ver eso, y al estudiar esta práctica a la luz de lo que simboliza, recordamos la importancia de guardar viva esta enseñanza en nuestro corazón y en nuestra vida.

Los verdaderos cristianos se aman “unos a otros entrañablemente, de corazón puro”. Es por eso que les conviene saludarse los unos a los otros con el ósculo santo.

La unción con aceite

“¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados” (Santiago 5.14–15).

La práctica judía

Desde la antigüedad la unción con aceite fue una costumbre practicada por el pueblo de Dios.

Por ejemplo, a Rut se le mandó a que se ungiera antes de encontrarse con el que más tarde sería su marido (Rut 3.3).

Los judíos ungián el cuerpo con el propósito de refrescarse (2 Crónicas 28.15).

El salmista nos escribe: “Seré ungido con aceite fresco” (Salmo 92.10).

Una de las instrucciones de Cristo a sus discípulos fue: “Cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro” (Mateo 6.17).

Los discípulos “ungían con aceite a muchos enfermos, y los sanaban” (Marcos 6.13).

De esta manera podemos ver que la unción con aceite se practicó desde tiempos muy antiguos y para diversos propósitos.

La unción con el propósito de sanar

1. Una práctica sagrada

¿Se usa el aceite por sus cualidades de sanidad o acaso hay un significado más profundo? Si Santiago hubiera querido hablar solamente del poder sanador del aceite entonces él nos hubiera enseñado qué clase de aceite y de qué manera aplicarlo para que fuera más eficaz o nos hubiera instruido que llamemos a un médico en lugar de llamar a los ancianos de la iglesia. Además, Santiago nos dice: “La oración de fe [no el aceite] salvará al enfermo”. Esto deja muy claro el hecho de que él no se refería al poder sanador del aceite, sino más bien al gran poder sanador de Dios. Sin embargo, debido a las cualidades sanadoras del aceite nosotros podemos verlo como un símbolo de lo que Dios puede hacer por nuestro cuerpo y alma. El aceite en la unción se utiliza de forma simbólica así como se utilizan el agua en el bautismo y el pan y la copa en la santa cena del Señor.

2. El propósito de la unción

El propósito de la unción se ve claramente en Santiago 5.15: “Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará”. Esta promesa debe ser algo real en la vida del cristiano. Es por eso que nosotros debemos analizarla cuidadosamente, creerla y aceptarla.

¿Por qué, entonces, no son sanados todos los que son ungidos con aceite? Esto pudiera ser por varias razones. Tal vez no sea la voluntad de Dios que el enfermo se sane. Además, pudiera ser por causa de una falta de fe por parte del enfermo, de los ancianos o de ambos. La exhortación divina es que *el enfermo* “llame a los ancianos de la iglesia”. Cuando llegan los ancianos y hablan del asunto con el enfermo que los ha llamado es entonces que se puede determinar lo que sea apropiado hacer. Si leemos cuidadosamente Santiago 5.14–15 quedaremos impresionados con los siguientes puntos:

- A veces no es apropiado ungir con aceite. Ciertamente no es apropiado hacer esto donde no hay fe. Es indispensable que haya una fe viva por parte del enfermo y de los ancianos. Dios no contesta una oración en incredulidad. Otras veces no es la voluntad de Dios que el enfermo se sane o por lo menos que el mismo sane inmediatamente. Por eso siempre debemos orar que se haga la voluntad de Dios. Cuando uno ora acerca de la unción es necesario que ore con los ojos fijos en la promesa: “El Señor lo levantará”, ya sea ahora o más tarde, sea el cuerpo, el alma o el espíritu; será de la manera que él quiere.
- La unción no debe ser administrada con el objetivo de lavar el alma. Algunos piden la unción porque desean guardar este mandamiento antes de morir. Pero la Biblia en ninguna parte habla de tal uso de la unción. Al contrario, Santiago destaca el poder sanador de Dios en esta ordenanza. Es la sangre de Cristo la que lava el alma en preparación para la muerte y no la unción con aceite.
- La unción no es para los niños. La misma es para los que pueden llamar a los ancianos de la iglesia. La Biblia no enseña la unción con aceite para los niños de la misma manera que no enseña el bautismo para los niños.
- La unción no es para los incrédulos. Si a causa de una enfermedad un incrédulo deseara llamar a los ancianos de la iglesia entonces es necesario que lo instruyan primero para que deje sus pecados y reciba a Jesús como su Salvador. Después se le puede administrar el bautismo y la unción con aceite.
- La enfermedad no es siempre el resultado de los pecados del enfermo. La frase “si hubiere cometido pecados” nos confirma este punto. Pero en cada unción debe haber una oportunidad para que los

que están presentes puedan confesar sus faltas unos a otros antes de ungir al enfermo.

3. “Hágase tu voluntad”

Se debe tomar muy en serio la práctica de la unción. Cuando el enfermo ora según la voluntad del Señor, llama a los ancianos de la iglesia y todos oran en plena fe, “la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará”. Entonces podemos tener la completa confianza de que Dios escuchará las oraciones y glorificará su nombre de acuerdo a su voluntad. Sin embargo, no debemos olvidar que Dios no se sujeta a nuestros deseos. Quizá Dios tenga un mejor plan que el nuestro. Si él nos sana es para glorificar su nombre y si no, también lo es. Si él no desea darnos la sanidad entonces nos dará la gracia para soportar la enfermedad (2 Corintios 12.7–9). Siempre debemos orar como oró Jesús: “Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22.42). Varias personas que pidieron la unción con aceite y no fueron sanadas han testificado que aunque Dios no les sanó físicamente, sí les sanó de sus dudas y desánimos.

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 43

El matrimonio

“Pero al principio de la creación, varón y hembra los hizo Dios. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne; así que no son ya más dos, sino uno. Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre” (Marcos 10.6–9).

El matrimonio es una institución ordenada por Dios. Fue instituido y santificado en la creación, y desde aquel tiempo el pueblo de Dios ha promovido su pureza. Dios instituyó el matrimonio cuando hizo a Eva y se la trajo a Adán, el cual dijo: “Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne. (...) Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (Génesis 2.23–24).

¿Por qué fue instituido el matrimonio?

1. No es bueno que el hombre esté solo

Dios creó una “ayuda idónea” para Adán porque no era bueno que él estuviera solo (Génesis 2.18). La verdad de este planteamiento la vemos en la constitución física de cada hombre y mujer. Ellos son diferentes tanto en lo físico como también en lo emocional, y se necesitan el uno al otro para complementarse. Lo que le falta al hombre lo suple la mujer, y viceversa. Dios los creó para ocupar sus respectivos lugares. Dichoso el hombre y dichosa la mujer que reconoce esta sabia provisión del Creador, que la respeta y que obra dentro de sus límites.

2. Para propagar el género humano

Esto está expuesto en Génesis 1.28: “Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra”.

3. Para la pureza del género humano

“Honroso sea en todos el matrimonio, y el lecho sin mancha; pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios” (Hebreos 13.4). Entre el marido y su esposa que se aman el uno al otro las relaciones sexuales son puras y honrosas. Cuando los dos cumplen los deseos del otro les fortalece en contra de la fornicación (1 Corintios 7.1–5).

4. Para la crianza de los hijos

Las cualidades más fuertes del padre unidas a las cualidades más tiernas de la madre sirven para criar y disciplinar a los niños. No hay nada que pueda ocupar el lugar de un hogar cristiano para criar a los hijos “en disciplina y amonestación del Señor”.

El matrimonio es:

1. Dejar a los padres y comenzar un nuevo hogar

Génesis 2.24 lo expresa así: “Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer”. Aunque los matrimonios todavía deben reconocer sus deberes para con sus padres como hijos e hijas, ahora sus deberes son más el uno para con el otro que para con sus propios padres o cualquier otro familiar o amigo. Ellos ahora forman un nuevo hogar; el marido es la cabeza y la esposa es su ayuda idónea.

2. Llegar a ser “una sola carne” con alguien del sexo opuesto

Cuando la pareja se casa los cónyuges unen sus corazones, manos, mentes y hasta sus posesiones. Ellos llegan a ser uno en pensamiento, en afectos y en propósitos. Dios los une en una sola carne.

3. Un compromiso que dura por toda la vida

¿Cuándo empieza un matrimonio? Cuando un hombre y una mujer se comprometen formalmente esto no quiere decir que ya están casados. Esto constituye una obligación sumamente sagrada; sin embargo, no el matrimonio mismo. Muchas vidas han sido arruinadas porque no se ha respetado este principio. No es sino hasta que ellos sean pronunciados “esposo y esposa” que los dos en verdad están casados.

¿Cuándo termina un matrimonio? Dios une a la pareja casada de por vida. Dios ve a los cónyuges como un matrimonio hasta la muerte de uno de ellos (Marcos 10.9; 1 Corintios 7.39).

Leyes matrimoniales

Casi todas las naciones tienen leyes sobre el matrimonio. Los cristianos debemos someternos a tales leyes a no ser que las mismas no estén en armonía con las leyes divinas. Veamos algunas de estas leyes.

1. Prohíbe que un creyente se case con un incrédulo

Moisés (Deuteronomio 7.3), Josué (23.11–13), Esdras (10.10–12) y Nehemías (13.23–26) testifican en contra del matrimonio entre creyentes e incrédulos. Moisés apoya este planteamiento al decir: “Porque desviará a tu hijo de en pos de mí, y servirán a dioses ajenos” (Deuteronomio 7.4). Al pasar al Nuevo Testamento encontramos la misma advertencia de parte de Dios: “No os unáis en yugo desigual con

los incrédulos” (2 Corintios 6.14) y “libre es para casarse con quien quiera, con tal que sea en el Señor” (1 Corintios 7.39). La Biblia advierte a los cristianos que ellos no deben casarse con los incrédulos, porque traería resultados desastrosos en sus vidas.

“¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo?” (Amós 3.3). Cuando el esposo y la esposa tienen diferentes creencias religiosas ellos están divididos en los asuntos más importantes. Los padres tienen la obligación ante sus hijos de estar unidos en todos los asuntos morales y religiosos. Por tanto, es muy importante que los cristianos busquen su pareja entre otros cristianos.

Esto hace que surja otra pregunta: ¿Y qué hay con las personas que ya están unidas en un matrimonio en yugo desigual? Tales personas encuentran sus instrucciones en 1 Corintios 7.12–16.

¿Acaso están verdaderamente casados una mujer y un hombre si no son cristianos? Ciertamente que lo están con tal que hayan cumplido las condiciones esenciales del matrimonio. El matrimonio es honroso en todo, sea la ceremonia oficiada por un predicador o un magistrado, sean los interesados conversos o incrédulos, con tal que se casen de acuerdo con las leyes de su país y no contrario a la ley altísima de Dios.

2. La Biblia prohíbe el matrimonio con una persona divorciada mientras viva su cónyuge

Esta es una verdad que muchos ignoran voluntariamente. Dejaremos, pues, que sea la Biblia la que tenga la última palabra sobre este tema:

“Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; mas al principio no fue así. Y yo os digo que cualquiera que repudia a su mujer, salvo por causa de fornicación, y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada, adultera” (Mateo 19.8–9).

“Cualquiera que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra ella; y si la mujer repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio” (Marcos 10.11–12).

“Todo el que repudia a su mujer, y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada del marido, adultera” (Lucas 16.18).

“Porque la mujer casada está sujeta por la ley al marido mientras éste vive; pero si el marido muere, ella queda libre de la ley del marido. Así que, si en vida del marido se uniere a otro varón, será llamada adúltera; pero si su marido muere, es libre de esa ley, de tal manera que si se uniere a otro marido, no será adúltera” (Romanos 7.2–3).

“La mujer casada está ligada por la ley mientras su marido vive; pero si su marido muriere, libre es para casarse con quien quiera, con tal que sea en el Señor” (1 Corintios 7.39).

Algo que deseamos destacar en estos versículos es que nadie tiene derecho a casarse con otra persona mientras viva su cónyuge. Esto quiere decir que tampoco nadie tiene el derecho a casarse con una persona divorciada. La verdad es que cuando dos están casados ellos son “una sola carne” mientras ambos vivan y durante este tiempo ninguno puede llegar a ser “una sola carne” con otra persona. Si alguno de los dos se une a otra persona entonces será llamado adúltero.

La Biblia menciona dos casos en que puede haber una separación (Mateo 19.9; 1 Corintios 7.15). Pero en ningún caso la Biblia permite que alguno de los interesados se case con otro mientras viva su cónyuge.

Si una persona se encuentra ya casada con una persona divorciada entonces ellos están viviendo en adulterio. Tales personas deben separarse. Algunas personas que se encuentran en tales circunstancias declaran que no sería justo separarse porque cometerían un error contra sus hijos si se separaran. Pero los versículos ya citados son claros en cuanto a que ellos están viviendo en adulterio mientras continúan su lazo adúltero. Por tanto, mayor daño cometerían viviendo en adulterio. Sin embargo, una separación bajo tales circunstancias no los eximiría de su responsabilidad de cuidar y proveer sostén para los hijos que han engendrado.

3. Matrimonios plurales no son permitidos en el Nuevo Testamento

Cuando Cristo y los apóstoles enseñan sobre el matrimonio siempre lo presentan desde el punto de vista de la unión entre *un* hombre y *una* mujer. Pablo dice claramente: “Cada uno tenga su propia mujer [no ‘mujeres’], y cada una tenga su propio marido” [no ‘maridos’] (1 Corintios 7.2).

Dios sí permitió matrimonios plurales en el Antiguo Testamento, pero ahora tiene algo mejor para nosotros: “Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, *ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan*” (Hechos 17.30).

La unión matrimonial

Hay momentos y circunstancias en que es mejor que uno *no* se case, como Pablo lo explica en 1 Corintios 7.1, 8, 32–33. Pero Dios ha hecho abundantes provisiones para el matrimonio y ha dado mucha dirección para ello. De manera que vemos que Dios bendice los matrimonios que siguen los principios bíblicos.

1. El noviazgo

Para el cristiano, el propósito del noviazgo es encontrar la voluntad de Dios en cuanto al matrimonio. Para que la pareja cumpla este propósito tiene que:

- Mostrar la suficiente madurez y estabilidad espiritual antes de iniciar un noviazgo. No se debe iniciar un noviazgo esperando que el otro miembro de la pareja se reforme.
- Recibir los consejos de los padres y pastores en cuanto al noviazgo. Cada miembro de la pareja debe orar mucho, pidiendo la dirección divina y debe tener una buena relación tanto con sus padres como con los de su pareja.
- Ser puro, casto, justo, promotor y protector de la castidad de otros. Nunca se debe aprobar un noviazgo con los de una conducta dudosa así como tampoco tener citas durante las altas horas de la noche, con poca luz o tras las puertas cerradas. Tales prácticas han causado la desgracia de muchos.
- Terminar el noviazgo cuando se ve que el matrimonio no sería la voluntad de Dios. No es justo que uno continúe el noviazgo con alguien a menos que esté considerando seriamente el matrimonio.

2. El compromiso

Cuando al novio le parece que sería la voluntad de Dios casarse entonces él le hace la petición a su novia. Si ella acepta, ambos se comprometen en casamiento. A continuación ofrecemos algunas cosas que merecen ser recordadas:

- Asegúrese de que usted conoce bien a su pareja antes de hablar de matrimonio. No sea apresurado en sus propuestas.
- Si durante el noviazgo se da cuenta que al casarse usted va a quebrantar algún principio bíblico, no se case. Es mejor quedarse soltero para toda la vida que no hacer caso o violar la palabra y la sabiduría de Dios sobre este asunto tan importante.
- El noviazgo antes del compromiso no debe prolongarse. Después que usted tiene la convicción de que el matrimonio sería la voluntad de Dios entonces debe hacer su propuesta. En cambio, si no piensa que el matrimonio sería prudente usted debe terminar el noviazgo. Este es un asunto demasiado serio como para que ambas partes estén perdiendo el tiempo. Hay muchos malentendidos y pesares causados por terminar el noviazgo después que uno de los interesados ya había llegado a la conclusión de que el noviazgo terminaría en el matrimonio.

- Cuando uno desea terminar el noviazgo (antes que se realice el compromiso) se debe avisar a la otra persona de tal manera que no la humille. El amor es algo demasiado sagrado para que uno no lo tome en serio. En todo, sea cortés y juicioso.
- Recuerde que el compromiso matrimonial no es el matrimonio. “Consérvate puro.”
- Prometerle la mano y el corazón a otra persona del sexo opuesto es una promesa muy sagrada. Romper un compromiso matrimonial porque usted ha conocido a otra persona que le gusta más es evidencia de una mente variable e inconstante y demuestra que usted es indigno del matrimonio. Cumpla con su promesa. Jamás debe terminar el noviazgo después del compromiso, excepto en casos de engaño o fraude por parte del otro o cuando ambos reconocen la imprudencia del compromiso y libremente se eximen el uno al otro de la obligación.
- No tarde en casarse después del compromiso.

3. Las bodas

Finalmente llega el día en que el noviazgo culmina en el matrimonio. Pero recuerde que esto no es el fin del noviazgo, el cual debe continuar para toda la vida matrimonial. ¿Quién debe llevar a cabo la ceremonia nupcial? Algún pastor de su propia iglesia debe officiarla. El matrimonio en el Señor es una celebración tanto religiosa como social.

Las bodas deben celebrarse conforme a la sencillez y a la piedad. Las mismas no son ocasiones de fiestas mundanas que no sean convenientes para el hijo de Dios. Se debe tener en cuenta lo que dice en 1 Corintios 10.31 en el momento del casamiento. Las ceremonias matrimoniales deben ser ocasiones felices, pero la diversión y la necedad no son parte del gozo verdadero que debe caracterizar a los matrimonios de los cristianos.

Las bodas celebradas en la casa de Dios proveen una oportunidad excelente para que el pastor predique a la congregación sobre las bendiciones del noviazgo cristiano, el hogar y la vida familiar.

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

La vida cristiana

¿Qué es lo más importante en la vida? La Biblia nos dice que temer a Dios y guardar sus mandamientos “es el todo del hombre” (Eclesiastés 12.13). En esta sección abordamos cinco deberes importantes para los cristianos: (1) servir con fidelidad, (2) orar sin cesar, (3) obedecer de todo corazón, (4) negarnos a nosotros mismos y (5) adorar a Dios.

El mundo entero está bajo el maligno, mientras que el cristiano anda por otro camino. El hijo de Dios reconoce la Biblia como su norma de vida, pero los que piensan según el mundo se sienten restringidos por tal enseñanza. A ellos les parece un obstáculo cumplir con lo que dice la Biblia. El cristiano no piensa así. Más bien, él se regocija que puede servir a Dios de todo corazón y de la forma que Dios se lo ha mandado por medio de su palabra.

Capítulo 44

El servicio cristiano

“Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano” (1 Corintios 15.58).

La vida cristiana es una vida de servicio activo. Esto es contrario al deseo de la mayoría de las personas, quienes parecen preferir una vida de descanso, lujo y ociosidad. A estas personas les gusta una vida llena de muchos placeres para satisfacer los apetitos del cuerpo, mente y alma.

Pero es imposible que no seamos siervos, pues somos siervos de Dios o del diablo. En todo lo que hacemos nos conformamos a la voluntad del uno o del otro.

Tenemos varios ejemplos en la Biblia de los que sirvieron fielmente a Dios. Dios le mandó a Adán que labrara y guardara el huerto (Génesis 2.15). Cristo “anduvo haciendo bienes” (Hechos 10.38). Los apóstoles siguieron las pisadas de su Señor y Maestro hasta que murieron. La vida cristiana es una vida que abunda en buenas obras y que es consagrada al fiel servicio de Cristo.

Sin embargo, no hay virtud en sólo estar ocupado. Satanás siempre está muy ocupado. En lo que estamos ocupados y el modo en que lo hacemos son factores que determinan el valor de nuestros esfuerzos.

Los esfuerzos pueden ser constructivos o destructivos, dependiendo de lo que se hace.

El servicio no siempre incluye actividad física. El vigilante que no hace más que sentarse para mirar y avisar también presta tanto servicio a su patrón como el obrero que trabaja largas horas. La prueba verdadera del servicio es la obediencia. Pablo dice:

“¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?” (Romanos 6.16).

Los cristianos somos siervos. El tipo de servicio que hacemos lo determina aquel a quien rendimos obediencia. Cualquiera, pues, que es obediente a Jesucristo es el siervo de Cristo.

Puntos esenciales en cómo servir a Dios

La pregunta importante concerniente a nuestro servicio es: ¿Le agrada a Dios lo que estoy haciendo? El mandamiento es: “Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado” (2 Timoteo 2.15). Buscamos agradar a Dios y no al hombre, ni al mundo, ni a los sentimientos personales. A continuación presentamos algunos puntos esenciales de cómo servir a Dios:

1. El amor

Fue el amor de Dios hacia los hombres que lo impulsó a dar a su Hijo unigénito por nosotros; el amor de Cristo por nosotros fue lo que lo constriñó a dar su vida. “El amor no busca lo suyo” (1 Corintios 13.5). El amor siempre da, siempre sirve. “El amor de Cristo nos constriñe”, dijo Pablo al escribir acerca de sus esfuerzos en promover la causa de Cristo. Cuánto más grande sea nuestro amor por Dios, tanto más eficaz será nuestro servicio en su nombre. Resulta muy lógico que Cristo dijera que el amor hacia Dios es el mayor de todos los mandamientos y que el amor hacia los hombres es semejante.

2. La vida espiritual

“Nunca os conocí” será la respuesta de Cristo a aquellos que vendrán delante de él en el juicio de Dios al jactarse de sus muchos milagros. “Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” (Romanos 8.9). “Sed llenos del Espíritu” (Efesios 5.18). Se requiere una experiencia verdadera de salvación, una llenura interior del Espíritu Santo y una vida escondida con Cristo en Dios para poder servirle.

3. La obediencia

“Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios” (1 Samuel 15.22). La Biblia en todas partes nos manda a obedecer y condena la desobediencia a Dios. Aquellos que piensan que sirven a Dios y al mismo tiempo no obedecen sus mandamientos están engañados. “Sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos” (Santiago 1.22).

4. La consagración

“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional” (Romanos 12.1). Es realmente racional que nos consagremos a Cristo, porque él se dio a sí mismo por nosotros. El servicio cristiano nace de tal consagración.

5. Cuidar de los necesitados

Lea Mateo 25.31–46. La mayoría de las grandes obras son de menos importancia que cuidar a los necesitados. “A Jehová presta el que da al pobre” (Proverbios 19.17).

6. El trabajo

En la parábola de los talentos el siervo que escondió su talento (dinero) y rehusó hacer algo para su señor no sólo perdió su recompensa, sino que fue echado a las tinieblas de afuera. El diablo se pone contento cuando los que profesan el cristianismo no se esfuerzan en nada por Cristo. La Biblia dice que debemos procurar ser un “obrero que no tiene de qué avergonzarse” (2 Timoteo 2.15). El pueblo de Dios en la tierra se describe como “un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2.14). El siervo fiel está dispuesto a hacer cualquier tarea que su Señor le pida.

7. La oración y el ayuno

“¿Por qué nosotros no pudimos echarle fuera?” preguntaron los discípulos a Cristo cuando vieron que él echaba fuera demonios que ellos no pudieron expulsar. La respuesta de Cristo nunca debe olvidarse: “Este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno” (Marcos 9.29). Una oración de labios no vale nada, pero la oración sincera y ferviente de un corazón sincero recibe respuesta de Dios. El ayuno nos ayuda a orar eficazmente. El cristiano que no ora tendrá muy poco éxito en su servicio.

Campos de servicio

El servicio cristiano abarca la vida entera. El mismo incluye más que meramente cumplir algún ministerio en la iglesia. Algunas personas se ponen muy contentas cuando la gente les felicita por algún ministerio que tienen. Pero muchas veces al analizar su vida nos damos cuenta

que la misma es una persona mundana. A tales personas se les pudiera llamar “cristianos profesionales” porque ejecutan sus deberes religiosos igual que el abogado trabaja para su cliente. Pero el modelo bíblico no nos enseña de esa manera (Romanos 6.13; Lucas 18.10–14). El verdadero siervo de Dios le sirve dondequiera que vaya y mientras viva.

1. En el hogar

Aquí está la prueba de fuego del servicio cristiano. Hay hombres que oran con mucha elocuencia en público, pero los mismos casi ni oran en su propia casa. Todo padre cristiano debe orar mucho en su casa como lo hizo Cornelio (Hechos 10.2, 30). He aquí algunas cosas que los padres deben practicar en su hogar: El culto familiar diario; la plática que contribuye al bienestar espiritual del alma; un esfuerzo fiel y constante por criar a todos los hijos “en disciplina y amonestación del Señor” (Efesios 6.4); la hospitalidad cristiana que hace que el hogar sea una bendición a todos los que entran en él.

2. En el círculo social

¿Se incluye esto en las esferas del servicio cristiano? Claro que sí; aunque parece que muchos piensan que la religión no tiene nada que ver con la sociedad. Lo que aparece en 1 Corintios 10.31 se aplica en la vida social: “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios”. Alabamos al Señor cada vez que vemos a un grupo de jóvenes que estudian la Biblia en casa y que pueden hablar de las escrituras con mucha facilidad con sus amigos. ¿Quién puede decir que no podemos gozarnos cantando, orando, hablando con prudencia o debatiendo acerca de las cosas que edifican? Nuestros jóvenes pueden rendir un servicio muy eficaz al enseñarles a sus compañeros a servir en una manera pura, noble y valiosa. También debemos servir a nuestros vecinos en sus necesidades. Y al viajar en el transporte público debemos hacer lo que podamos por complacer a los demás pasajeros. Aun en esto podemos servir a Cristo. “Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos.”

3. En los negocios

¿Acaso habrá algo en la actualidad que traiga más reproche a la causa de Cristo que el engaño en los negocios por parte de los que dicen que son cristianos? Si la corrupción y el fraude promueven la maldad, ¿por qué no valernos de la honestidad en los negocios para promover el bien? Supongamos que todo el pueblo cristiano que tuviera negocios buscara primeramente el reino de Dios y su justicia, practicara la regla de oro a diario, diera “medida buena, apretada, remecida y rebosando” (Lucas 6.38), hiciera una norma invariable de “en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros” (Romanos 12.10), hiciera todo para la gloria de Dios, nunca se uniera en yugo desigual con los incrédulos y estimara como un gran privilegio estar en todo tiempo en los negocios

de nuestro Padre. ¿Cuál supone usted que sería el efecto en la vida del negociante mismo, en la vida de su familia, en la vida de sus prójimos y en la de sus socios? Los cristianos que son dueños de negocios deben darse cuenta que su negocio les aporta una gran oportunidad para servir a Dios.

4. En la obra de la iglesia

Aquí es donde los hermanos deben unir sus esfuerzos para servir al Señor. Todos somos iguales, seamos padres, hermanos, hijos, pastores, maestros, agricultores, mecánicos, comerciantes, profesionales, débiles, fuertes, ricos o pobres. Debemos unir nuestras fuerzas para ganar a los perdidos, para fortalecernos el uno al otro en la fe, para recibir el estímulo necesario y para recibir una visión espiritual. Juntos nos preparamos para hacer frente a las pruebas, tentaciones y luchas. Juntos cantamos alabanzas al Señor, de quien proceden todas las bendiciones, y unimos nuestros corazones y nuestras manos en el esfuerzo común de hacer lo que Cristo quiere que hagamos como cuerpo suyo.

Preceptos para obreros

Viendo lo que nos dice 2 Timoteo 2.15, todos debiéramos tener el deseo de rendir un servicio agradable a Dios y decir: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?” Aquí, en parte, está la respuesta de Dios:

- “Reconócelo en todos tus caminos” (Proverbios 3.6).
- “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5.16).
- “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Marcos 16.15).
- “Escudriñad las Escrituras” (Juan 5.39).
- “Aborreced lo malo, seguid lo bueno” (Romanos 12.9).
- “Constantes en la oración” (Romanos 12.12).
- “No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal” (Romanos 12.21).
- “No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros” (Romanos 13.8).
- “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Corintios 10.31).

- “No os unáis en yugo desigual con los incrédulos” (2 Corintios 6.14).
- “El que se gloria, gloriése en el Señor” (2 Corintios 10.17).
- “Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo” (Gálatas 6.2).
- “Cada uno someta a prueba su propia obra” (Gálatas 6.4).
- “Sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros” (Efesios 4.32).
- “No participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas” (Efesios 5.11).
- “Haced todo sin murmuraciones y contiendas” (Filipenses 2.14).
- “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría” (Colosenses 3.16).
- “Todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor” (Colosenses 3.23).
- “Examinadlo todo; retened lo bueno” (1 Tesalonicenses 5.21).
- “Sé ejemplo de los creyentes” (1 Timoteo 4.12).
- “Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello” (1 Timoteo 4.16).
- “Consérvate puro” (1 Timoteo 5.22).
- “Tú habla lo que está de acuerdo con la sana doctrina” (Tito 2.1).
- “Conservaos en el amor de Dios” (Judas 21).

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 45

La oración

“Orad sin cesar” (1 Tesalonicenses 5.17).

“Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda” (1 Timoteo 2.8).

La oración le es tan natural y necesaria al cristiano como la respiración. Ningún cristiano puede permanecer vivo espiritualmente por mucho tiempo sin la oración, así como un hombre no puede vivir por mucho tiempo bajo el agua. El que profesa ser cristiano y no tiene una comunión íntima con Dios por medio de la oración, es cristiano sólo de nombre.

¿Por qué orar?

1. Dios lo ordena

Tales amonestaciones como: “Orad sin cesar”; “Dad gracias en todo”; “Velad y orad” y “Orad al Padre” son muy numerosas en la Biblia. Nadie puede ser obediente a Dios sin vivir una vida llena de oración.

2. Es la puerta de entrada a muchas bendiciones

El Espíritu Santo es dado “a los que se lo pidan” al Padre (Lucas 11.13). Se le promete poder espiritual al que ora con toda sinceridad (Marcos 9.29). Y además, “la oración de fe salvará al enfermo”, porque la “oración eficaz del justo puede mucho” (Santiago 5.15–16). En vista de que Dios oye y contesta la oración de fe sabemos que todo lo que se puede incluir en la oración de fe está a la disposición de aquellos quienes de corazón buscan al Señor por medio de la oración (Mateo 21.22; Marcos 11.24; Juan 11.22).

3. Nos ayuda a crecer espiritualmente

Cualquiera que ora, habla con el Señor. Cualquiera que habla con el Señor está en su presencia; y mientras más tiempo esté con él, más será como él. “Nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Corintios 3.18). ¿Ha visto usted a alguno que pasa mucho tiempo con el Señor en oración sincera y ferviente que no crece espiritualmente? Por otro lado, ¿ha

visto usted a alguien que *no* está acostumbrado a la oración que sea espiritual? ¿Verdad que no? Pasar tiempo con Dios en la oración nos ayuda a crecer a su imagen.

4. Nos protege del poder del diablo

Imaginemos a Cristo y a los apóstoles en el Huerto de Getsemaní. Mientras están entrando al huerto algunos discípulos se quedan cerca a la orilla, tres le acompañan al interior al tiempo que él va aún más adentro y se arrodilla en oración. Volviéndose a sus discípulos, él los encuentra ya dormidos. Les pregunta: “¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora? Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil” (Mateo 26.40–41). Cristo vuelve a los discípulos un total de tres veces y cada vez los encuentra durmiendo. ¿Acaso debemos sorprendemos que en el momento de la prueba Cristo la soporta y los discípulos no?

Por ser el Mesías, Jesús sabía que necesitaba esa comunión constante con su Padre, el cual le daba fuerza en cada tentación y prueba. Al igual que Cristo, mientras más íntima sea nuestra comunión con el Padre tanto más frecuente y ferviente serán nuestras oraciones y seremos también más fuertes espiritualmente. ¡Aprendamos esa lección de él! El diablo está obrando cada día más para invadir la vida de los que creen en el Señor. Si a diario queremos vivir en victoria, oremos como nos enseñó Cristo.

5. Es indispensable para recibir poder

Cristo, al hablar acerca de echar fuera a cierto tipo de espíritu inmundo, dijo: “Este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno” (Marcos 9.29). Veamos también acerca del poder dado a los discípulos en cierta ocasión: “Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios” (Hechos 4.31). El hecho de que Dios ha prometido escuchar y contestar las oraciones de su pueblo nos asegura su poder el cual está al alcance de aquellos que mantienen un contacto vivo con él por medio de la oración.

6. Trae plenitud de gozo

¿Qué fue lo que les trajo gozo a los discípulos en la casa de María cuando Pedro fue librado de la cárcel? Ellos habían orado fervientemente y sus oraciones fueron contestadas. Nunca debemos olvidar que la oración no sólo es un deber cristiano y una protección del poder del diablo, sino también es un manantial de sumo gozo para todos los santos de Dios, un gozo que no se puede obtener de ninguna otra manera.

Las oraciones que Dios contesta

Hasta aquí hemos dado por sentado que Dios contesta nuestras oraciones y que lo hace de una manera personal. La promesa de Dios es segura: “Todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis” (Mateo 21.22). La Biblia contiene muchos ejemplos de oraciones contestadas y hoy muchos de nosotros tenemos un testimonio vivo de oraciones contestadas. La única cosa que necesitamos considerar son las condiciones para que sean contestadas las oraciones.

Podemos esperar confiadamente la respuesta a nuestras oraciones:

1. Si oramos según su voluntad

“Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye” (1 Juan 5.14). Santiago ofrece el mismo concepto, de forma negativa, cuando dice: “Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites” (Santiago 4.3). Mucho de lo que se llama oración no es nada más que una expresión de egoísmo o quizá elocuencia para ser escuchado por los hombres en vez de Dios.

2. Si oramos con fe

“Pida con fe, no dudando nada” (Santiago 1.6). “Y todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis” (Mateo 21.22). Otra vez la promesa es segura sobre la condición de que la oración sea con fe, “creyendo”. “Es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardónador de los que le buscan” (Hebreos 11.6). Muchas oraciones son en vano porque se ofrecen sin fe en el poder de Dios.

3. Si obedecemos su voluntad

Cristo oró: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mateo 26.39). Esa fue una oración de sumisión y obediencia.

En Proverbios dice: “El que aparta su oído para no oír la ley, su oración también es abominable” (28.9). Dios no oye las oraciones de los que se apartan de él en desobediencia.

Muchos preguntan: ¿Acaso Dios escucha las oraciones de los pecadores? Eso depende de qué tipo de oración sea la misma. Si es una oración de arrepentimiento, Dios por supuesto que la escucha. De otra manera, sería la oración del rebelde o del hipócrita la cual Dios no escucha.

4. Si oramos con fervor

Un grupo de niños juega en el patio. Luego uno de ellos, viendo a su madre, le dice: “Mamá, tengo hambre; deme un pedazo de pan” y sigue

jugando como si no hubiera dicho nada. También la madre se queda como si él no hubiera dicho nada. Quizá el niño ya no piense más en lo que pidió o, pensándolo, tendrá muy poca esperanza de recibir el pan. Por otro lado, si en realidad él tiene hambre y cree que su madre le dará el pan, si es que ella sabe que él realmente lo quiere o lo necesita, él puede llegar a pedirselo y ella se lo dará.

Esta es una ilustración de lo que pasa cuando oramos. El Padre celestial, como nuestros padres terrenales, está dispuesto a escuchar todas nuestras peticiones y darnos lo que él sabe que es bueno para nosotros. Si entregamos nuestra vida a Dios, juntamente con nuestras peticiones, y oramos con fe, creyendo que nuestras oraciones serán escuchadas y contestadas entonces él las contestará. Puede ser que él conteste inmediatamente, como Cristo lo hizo cuando la gente vino a él para suplicarle favores, o puede ser que se tenga que perseverar en la oración, como la viuda tuvo que perseverar en traer sus demandas ante el juez (Lucas 18.1–8). Nuestras oraciones deben ser constantes y con fe, sin importar si Dios contesta las mismas de inmediato o si tarda en contestarlas.

5. Si estamos dispuestos a poner de nuestra parte

En Santiago 2.15–18 vemos el ejemplo de alguien a quien le vienen suplicando algo. Él les contesta diciendo: “calentaos y saciaos”, y así los despide sin darles algo con lo que pudieran calentarse y saciarse. Si oramos con una actitud así no se logrará nada. Dios no sólo quiere que oremos, sino también quiere que estemos dispuestos a *hacer* lo que él manda a fin de que sean contestadas estas oraciones.

Más reflexiones sobre la oración

1. La oración debe ser sencilla y directa

La oración modelo de Jesús es el modelo perfecto de esta clase de oración (Mateo 6.9–13). Las enseñanzas de Cristo que preceden y siguen esta oración nos deberían enseñar de qué manera debemos orar. Cristo prohíbe las “vanas repeticiones”. Aun en la oración pública debemos dirigir nuestra oración a Dios y no a la gente que nos escucha. Dios no necesita la elocuencia ni las oraciones largas para convencerlo de que somos sinceros. Todas nuestras oraciones deben brotar de un corazón de fe. Debemos dirigir todas nuestras oraciones a Dios, ya sea o no para que otras personas nos escuchen.

2. Debemos orar por toda la humanidad

(Posiblemente la única excepción a esto se encuentra en 1 Juan 5.16.) Pablo aconseja que se hagan súplicas y oraciones “por todos los hombres” (1 Timoteo 2.1). La Biblia nos enseña a orar por los fieles y los pecadores, especialmente por aquellos que están en posiciones de

autoridad y responsabilidad (Efesios 6.18–19; Filipenses 1.8–9; Colosenses 4.3; 1 Tesalonicenses 5.25; 2 Tesalonicenses 1.11; 3.1; 1 Timoteo 2.1–2, 8).

3. Debemos orar con corazones llenos de amor y con un espíritu perdonador

La oración de Cristo en la cruz y la de Esteban en el tiempo de su martirio son ejemplos de cómo debemos orar por los enemigos. Cristo dijo: “Si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas” (Mateo 6.14–15). La oración aceptable no se mezcla con la malicia.

4. La oración frecuente y ferviente pertenece a la vida cristiana

¿Ha notado usted cuántas veces se encuentran en la Biblia frases como éstas: “Orad sin cesar”, “Velad y orar”, “Orad por nosotros”? La oración es el aliento del cristiano. Cuanto más profunda sea nuestra vida espiritual, tanto más respiraremos. ¿Cómo una persona que profesa tener una fe viva en Dios puede vivir sin pasarse mucho tiempo en oración y aun así afirma que se preocupa por la causa de Cristo y el bienestar del hombre? He aquí sólo unas pocas cosas de las muchas que se pueden recordar en las oraciones diarias: su propia familia, los enfermos en su comunidad, sus pastores, las pruebas y tentaciones que usted y otros enfrentan.

5. Es necesario que haya un buen orden en la oración

La quietud y la reverencia son dos factores importantes en la oración. Recordemos que al orar estamos hablando con Dios. Para evitar la confusión que hay cuando muchos oran al mismo tiempo en voz alta, las oraciones de la congregación deben ser dirigidas por una sola persona a la vez. No debemos permitir que exista ningún obstáculo entre nosotros y Dios. Las cabezas de las mujeres deben estar cubiertas (1 Corintios 11.4–6). Debemos recordar también que las manos que se elevan en oración deben ser “manos santas” (1 Timoteo 2.8).

La postura que adoptamos al orar es importante. Aunque en la Biblia aparecen algunos casos donde la gente se puso de pie para orar, en la mayoría de los casos se arrodillaban ante el Señor y a veces se postraban sobre sus rostros (Salmo 95.6; Números 16.22; 2 Crónicas 6.13). El sólo hecho de inclinar la cabeza no armoniza con la reverencia y humildad que deberían caracterizar toda oración verdadera. En las escrituras también encontramos que muchas personas se arrodillaron cuando oraron: Salomón en la dedicación del templo (1 Reyes 8.54), Daniel bajo una carga pesada (Daniel 6.10), Jesús en Getsemaní (Lucas 22.41), Esteban en el tiempo de su martirio (Hechos 7.60) y Pablo antes

de partir (Hechos 21.5). Todo cristiano humilde debe decir: “Doblo mis rodillas ante el Padre” (Efesios 3.14).

6. Cultos de oración

Resulta muy provechoso que los cristianos se reúnan para orar, pero debe ser en un espíritu de adoración. La Biblia menciona varios cultos de oración donde se manifestó el gran poder de Dios (Hechos 1.12–14; 4.23–31; 12.5, 12). Cuando los creyentes oran con sinceridad, pensando y sintiendo de la misma manera, ellos se gozan al hablar con el Señor.

7. El poder de la oración privada

La oración pública fue practicada en el tiempo de los apóstoles y la misma debería ser practicada hoy también. Pero la prueba de fuego no está en la oración pública, sino en las oraciones privadas donde solamente Dios escucha. Los hombres han orado con elocuencia en público y sin tener la más mínima fe ni reverencia. Sin embargo, el que ora en secreto sin tener ningún motivo especial, tan sólo traer sus peticiones al Señor, el mismo será escuchado en el cielo. “Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público” (Mateo 6.6).

La oración es el poder que mueve la mano que gobierna al mundo. Quienquiera que viene ante Dios orando con sinceridad, fe y perseverancia toca el brazo de Aquél a quien todas las cosas le son posibles. Hay montañas de dificultades por todas partes, mas por medio del poder de Dios son movidas por la oración de fe (Mateo 17.20–21). En las cámaras secretas del corazón, donde nadie podrá impedir que nos acerquemos a Dios en oración, hay grandes fortalezas que el diablo no podrá destruir, porque “para Dios todo es posible”.

“Dulce oración, dulce oración,
De toda influencia mundanal
Elevas tú mi corazón
Al tierno Padre celestial.
¡Oh, cuántas veces tuve en ti
Auxilio en ruda tentación,
Y cuántos bienes recibí
Mediante ti, dulce oración!

“Dulce oración, dulce oración, Que aliento y gozo al alma das,
En esta tierra de aflicción, Consuelo siempre me serás.
Hasta el momento en que veré, Las puertas de la nueva Sion,
Entonces me despediré. Feliz, de ti, dulce oración.”

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 46

La obediencia

“Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios” (1 Samuel 15.22).

“Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Juan 14.15).

Hay dos tipos de obediencia: (1) la que los hombres, los ángeles y la naturaleza deben a Dios y (2) la que los hombres deben para con los hombres. La obediencia también es voluntaria u obligatoria, completa o parcial, sin entusiasmo o de todo corazón.

A quién se debe obedecer

1. “A Dios” (Hechos 5.29)

Según el testimonio de los apóstoles, la obediencia es nuestro deber supremo. Juan enseña que es una prueba de que conocemos a Dios (1 Juan 2.3–4), y Cristo dice que sólo así podemos ser sus amigos (Juan 14.15; 15.14). Salomón resumió nuestro deber de la siguiente manera: “El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre” (Eclesiastés 12.13).

2. “Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres” (Efesios 6.1)

Este es “el primer mandamiento con promesa”. La Biblia ofrece cuatro motivos para obedecer este mandamiento: (1) “esto es justo”, (2) “para que te vaya bien”, (3) para que “seas de larga vida sobre la tierra” y (4) “porque esto agrada al Señor”. La obediencia a los padres nos prepara para ser más útiles a Dios y a nuestro prójimo.

3. “Obedeced (...) a vuestros amos terrenales” (Colosenses 3.22)

Esto lo hacemos, “no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino con corazón sincero, temiendo a Dios”.

4. “Que se sujeten a los gobernantes” (Tito 3.1)

En otras palabras: “Sométase toda persona a las autoridades superiores” (Romanos 13.1).

5. “Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos” (Hebreos 13.17)

“Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros, y os presiden en el Señor, y os amonestan; y que los tengáis en mucha estima y amor por causa de su obra” (1 Tesalonicenses 5.12–13).

La sumisión a la autoridad, ya sea la del hogar, la del gobierno o la de la iglesia, es una de las bases fundamentales de la vida cristiana. Hay gozo y poder en esta virtud cristiana de sumisión que nadie con un corazón altivo y espíritu rebelde podrá conocer.

Lo que incluye la obediencia a Dios

Los que obedecen a Dios son sumisos a:

1. La voz de Dios

“Escuchad mi voz, y seré a vosotros por Dios” (Jeremías 7.23). Es esta la voz que Noé oyó cuando edificó el arca (Génesis 6); que Abraham oyó cuando dejó su hogar y parentela y empezó a caminar hacia la tierra prometida (Génesis 12.1–5) y que Moisés oyó cuando él aceptó la tarea de librar al pueblo de la esclavitud (Éxodo 4). En nuestra época Dios no ha hablado tanto en una voz audible, sino por los medios que mostramos a continuación.

2. El Hijo de Dios

Dios nos manda diciendo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd” (Mateo 17.5). En la época actual Dios nos está hablando “por el Hijo” (Hebreos 1.2). Por eso “mirad que no desechéis al que habla” (Hebreos 12.25) cuando él dice: “Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Juan 14.15).

3. El Espíritu de Dios

Esteban les recordó a los fariseos la condenación que les sobrevendría porque resistían al Espíritu Santo tal y como sus padres habían hecho (Hechos 7.51). Es el Espíritu de Dios el que nos guiará a toda la verdad (Juan 16.13). Dios nos habla por medio de nuestros ruegos y bajo la dirección del Espíritu Santo.

4. La palabra de Dios

Dios nos dirige a la salvación y nos muestra su carácter y su voluntad por medio de su palabra. En vano pensamos que estamos bien con Dios si no obedecemos su palabra (Juan 14.15; 15.14; Santiago 1.22–25; 1 Juan 2.3–4).

5. La iglesia de Dios

La palabra de Dios es el mensaje de Dios al hombre y la iglesia de Cristo es la institución por medio de la cual se lleva este mensaje al mundo (Mateo 28.18–20). Dios quiere hablarnos por medio de su iglesia. Cristo nos muestra la autoridad que ha dado a la voz de la iglesia cuando dijo: “Si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano” (Mateo 18.17–18).

Los resultados de la obediencia

1. Recibimos las bendiciones de Dios

Dios da su Espíritu Santo “a los que le obedecen” (Hechos 5.32). La obediencia es esencial para tener una buena relación con Dios (Juan 15.14; 1 Juan 2.3–4). Fue la obediencia (de Cristo) la que hizo posible nuestra justificación (Romanos 5.19). En pocas palabras, todas las bendiciones del evangelio son para *los obedientes* y la Biblia promete sólo maldición a los desobedientes.

2. Nos dirige a una vida santa

Por medio de la obediencia a Dios viajamos en la senda de justicia; si obedecemos al mundo, viajamos en las sendas del pecado. La verdad, la justicia, la rectitud y la piedad se hallan en la senda de obediencia a Dios.

3. Heredamos la gloria venidera

Los que cumplen la voluntad de Dios tendrán bendición eterna en lugar de condenación eterna (Mateo 7.21–29; 2 Tesalonicenses 1.7–9). En cierta ocasión Jesús le dijo a un joven: “Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos” (Mateo 19.17).

Más consideraciones

1. La obediencia es una condición del corazón

“Jehová mira el corazón” (1 Samuel 16.7). Fue la obediencia de corazón (Romanos 6.17) la que les trajo a los hermanos romanos la recomendación que merecían. La obediencia que no nace del corazón no tiene mérito.

2. El corazón obediente produce obediencia visible

¿Cómo Pablo sabía que los romanos eran obedientes de corazón? Él lo vio reflejado en sus obras. La condición del corazón se manifiesta tarde o temprano. Cristo dijo que conoceremos a las personas por sus frutos (Mateo 7.16–20).

3. La desobediencia a Dios trae castigo eterno

Pablo escribe que cuando el Señor Jesucristo se manifieste en llama de fuego él va a “dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo” (2 Tesalonicenses 1.7–9).

4. El que desobedece en una sola cosa es rebelde ante los ojos de Dios

Todo el género humano cayó bajo la maldición del pecado a causa de una sola desobediencia (Génesis 3.1–6; Romanos 5.12); a Moisés le fue negada la entrada a la tierra prometida a causa de una sola desobediencia (Deuteronomio 32.50–52); Uza fue castigado con la muerte a causa de una sola desobediencia (2 Samuel 6.6–7). Santiago dice: “Cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos” (Santiago 2.10). Los criminales, como regla, no son castigados por haber cometido muchísimos crímenes, sino por haber sido declarados culpables de un solo crimen. Quienquiera que desobedece voluntariamente a Dios en una sola cosa es culpable de rebelión contra él sin importar cuántas buenas cualidades tenga. El moralista que se jacta en su benignidad será sentenciado a la eterna separación de Dios al igual que el pecador más vil, porque no obedece al evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Ni las grandes obras ni la benignidad humana tendrán valor ante Dios cuando llegue la hora de comparecer ante el tribunal de Cristo.

5. Toda la obediencia la debemos a Dios, no importa quién esté a favor o en contra

“Cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí” (Romanos 14.12). Noé y su familia hubieran sido necios si se hubieran quedado fuera del arca al ver que nadie más quiso entrar. Hubiera sido una gran tontería si Daniel y sus tres compañeros hubieran dejado sus convicciones al ver que ninguna otra persona hizo lo que ellos hicieron. Debemos hacer de buena voluntad todo lo que Dios quiere que hagamos, aunque seamos los únicos en la tierra que lo hacemos. La obediencia parcial no trae bendición. Debemos hacer todo lo que Dios nos diga (Juan 2.5).

6. La obediencia significa negarse a sí mismo

Para obedecer a Cristo tenemos que negarnos a nosotros mismos. Cristo dijo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígueme” (Lucas 9.23). Ningún hombre obedece a Cristo a menos que someta a Dios su voluntad, sus deseos y todo cuanto tenga. “Los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gálatas 5.24).

Obedecer significa someterse, o sea, sacrificar lo que nos agrada para poder agradar a Dios. Podemos obedecer sólo cuando estamos

dispuestos a sacrificar los intereses propios y cualquier deseo que se oponga a los planes y propósitos de Dios (Romanos 8.1-2).

Algunas personas están dispuestas a obedecer a Dios con tal que eso no se oponga a sus propios deseos. Otros niegan algunos deseos carnales, pero sólo para recibir gloria. Si queremos ser hijos de Dios, tendremos que negarnos a nosotros mismos... y obedecer a Dios.

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 47

La adoración

“Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos delante de Jehová nuestro Hacedor” (Salmo 95.6).

Adoramos a Dios cuando postramos ante él nuestra voluntad y todo nuestro ser con reverencia, admiración y respeto profundo. Tales cosas como la oración, la alabanza, cantar, ofrendar y testificar por Cristo pertenecen a la adoración.

La adoración puede ser verdadera o falsa, dependiendo de nuestra sinceridad o del objeto de nuestra adoración. Adorar a las criaturas que Dios creó en lugar de adorar al Creador es idolatría.

Algunos hechos fundamentales

1. Todos los hombres adoran

Pablo escribe acerca de los gentiles que no tienen la ley, pero que “hacen por naturaleza lo que es de la ley” (Romanos 2.14). Todas las personas del mundo, ya sean cristianas o paganas, adoran a algo o a alguien. Dios ha puesto algo dentro del corazón de todo hombre para que aun los que están “muertos en delitos y pecados” puedan escuchar la voz de Dios y ser resucitados espiritualmente (Juan 5.25). El deseo de adorar a algo o a alguien es universal. La mayoría de la gente tiene corrompido este deseo, pero aun así el mismo permanece en el interior de cada individuo. Hasta los hombres que consideran a la religión como “superstición” son esclavos de alguna forma de idolatría. Ellos adoran ídolos como el oro, el apetito, el placer, algún gran héroe o simplemente a sí mismos.

2. Sólo Dios merece nuestra adoración

Cristo dice: “Escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás” (Mateo 4.10).

Dios prohíbe la idolatría. Él no nos permite adorar a dioses de madera o piedra, ríos, el sol o la luna, las estrellas, ni cualquier criatura o cosa creada por la imaginación de los hombres. Si seguimos nuestros propios deseos somos idólatras (Filipenses 3.19; Colosenses 3.5). La palabra de Dios nos prohíbe adorar a los hombres (Hechos 10.25–26; 14.10–15). Ni aun a los ángeles se les debe adorar (Apocalipsis 22.8–9).

Dios es el único que es digno de nuestra adoración. Él es el único Creador del cielo y de la tierra, el único Ser Infinito y perfecto en todo. A él le pertenece toda alabanza, gloria, adoración y reverencia. Adorémoslo en espíritu y en verdad.

3. “Los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren” (Juan 4.24).

Dios desea que lo adoremos *en espíritu*. Cristo dijo lo siguiente acerca de los fariseos: “En vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres” (Mateo 15.9). El hecho mismo de que ellos prefirieron sus propias tradiciones a los mandamientos de Dios mostró que no eran sinceros en su adoración. Note las palabras: “espíritu” y “verdad”. Puede ser que estemos bien en la doctrina y seamos muy precisos en nuestras formas de adoración, pero si no adoramos también en espíritu entonces no adoramos realmente a Dios.

4. Dios no nos obliga a adorarlo ahora

Aunque Dios nos *manda* a adorarlo por medio de su palabra, él no nos *obliga* a hacerlo. El hecho de que la mayoría de las personas no lo adoran sinceramente es evidencia de la verdad de que no nos es obligatorio. Ya que Dios le ha concedido al hombre el libre albedrío, él puede hacer lo que le plazca en este asunto. Josué dijo esto en su discurso de despedida: “Si mal os parece servir a Jehová, escoged hoy a quién sirváis (...) pero yo y mi casa serviremos a Jehová” (Josué 24.15). Nosotros tenemos el mismo privilegio en la actualidad. Todos podemos adorar a Dios si elegimos hacerlo; de lo contrario, seremos idólatras como la mayoría de la gente. No obstante, recordemos que un día toda rodilla se doblará ante Jesús para la gloria de Dios Padre.

Hay otra cosa que debemos recordar: Ya que Dios nos ha dado el libre albedrío, él también nos hace responsables por lo que elijamos. O sea: si adoramos a Dios, moraremos con él en la eternidad; si adoramos a los ídolos, pasaremos la eternidad con el diablo. El cielo o el infierno será el resultado de lo que elijamos (Gálatas 6.7–8).

5. Llevamos la imagen de lo que adoramos

¿Por qué los mahometanos tienen las características de Mahoma? ¿Por qué los mormones tienen los rasgos característicos de José Smith y Brigham Young? Esto es porque los seguidores de estas religiones estiman los ideales que ellos encuentran en sus líderes. Por esto se vuelven más como ellos conforme van siguiendo sus pisadas. Cualquiera que no ama a Dios menosprecia el cristianismo verdadero porque estima los valores de su líder, el diablo, el dios de este siglo. Pero los que amamos a Dios encontramos en él nuestro ideal: perfección, justicia, santidad, pureza, esplendor y gloria celestial. Y mientras más tiempo lo adoremos más perfectamente llevamos su

imagen (Romanos 8.29; 2 Corintios 3.18; Efesios 4.11–16; Colosenses 3.10).

Lea Romanos 1.18–32. Desde el principio hasta el fin del capítulo usted puede apreciar una representación de lo que hace la idolatría. Esto trae como consecuencia que el idólatra siga un rumbo que desciende hasta las profundidades de la iniquidad y la ruina. La historia del mundo en todos los siglos manifiesta que mientras más arraigada sea la idolatría de la gente tanto más degenerada es. Todas las tendencias de las costumbres idólatras conducen al infierno abierto que será eternamente habitado por ellos y por todo humano que los sigue en su corrupción e idolatría.

Por qué adorar a Dios

1. ¡Él es digno!

El grande y poderoso Dios es digno de nuestra adoración. Al reconocer su grandeza, lo adoraremos sin reservas (1 Crónicas 29.10–13; Apocalipsis 4.8–11; 5.12–14; 7.11–12).

2. Nos guarda de toda forma de idolatría

La adoración que a Dios le agrada es la que lo adora sólo a él. Dios ha declarado: “Yo soy Dios, y no hay más” (Isaías 45.22). Cuando los israelitas adoraron al becerro de oro en el desierto Dios rechazó su idolatría inmediatamente (Éxodo 32.1–29). El que adora a Dios en espíritu y en verdad es guardado de la idolatría.

3. Promueve la comunión con Dios y con los santos

Cuando nos congregamos para adorar como las escrituras nos mandan (Hebreos 10.25) y cuando reconocemos que Cristo está en medio (Mateo 18.20) no sólo tenemos comunión unos con otros, sino juntos podemos decir: “Nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo” (1 Juan 1.3). Tal comunión es sólo un gozo anticipado de la comunión que los santos de Dios esperan en el cielo (Apocalipsis 7.9–12).

4. Es esencial para ser aceptados ante Dios

Escuchemos la advertencia de Moisés: “Mas si llegares a olvidarte de Jehová tu Dios y anduvieres en pos de dioses ajenos, y les sirvieres y a ellos te inclinares, yo lo afirmo hoy contra vosotros, que de cierto pereceréis” (Deuteronomio 8.19–20).

5. Es esencial para una vida santa y fructífera

La pureza, la justicia, la santidad y todas las virtudes nobles del corazón y del alma no pueden separarse de la adoración verdadera. El adorador verdadero muestra una actitud de reverencia hacia Dios que deja una fuerte impresión en la mente y el corazón de otros. Esta actitud de reverencia impulsa al adorador a testificar por el Maestro con valentía. La lealtad y la devoción que están en el corazón se manifiestan en oraciones fervientes, himnos inspirados y servicio fiel. De esa manera habrá un compañerismo genuino con Dios y con los demás santos. Existe, pues, una conexión íntima entre la adoración verdadera y la vida santa. Recibimos poder cuando adoramos en Espíritu y en verdad.

A Dios, el Padre celestial,

Al Hijo, nuestro Redentor;

Al eternal Consolador,

Unidos todos alabad.

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 48

La abnegación

“Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará” (Lucas 9.23–24).

Parece ser una contradicción, pero según nos dicen las escrituras para salvar la vida hay que perderla; y para perderla sólo hay que tratar de salvarla. A los que están vivos espiritualmente se dice: “Habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Colosenses 3.3). La vida eterna es sólo para aquellos que se niegan a sí mismos, crucificando al primer Adán (el hombre viejo) para que el segundo Adán (Cristo) reine en su vida (Mateo 10.39; 16.25; Marcos 8.34–38; Lucas 17.33; Juan 12.25).

¿Por qué negarse a sí mismo?

1. Es esencial para vivir en Cristo

Esta es la razón principal por la cual debemos abnegarnos. Lea Marcos 8.34–35; Lucas 9.23–24; 14.27. Para experimentar la vida del Cristo resucitado tenemos que participar en su muerte. Es decir, que para nacer de nuevo la vieja vida tiene que morir, y para andar en vida nueva hay que vivir negándose a sí mismo diariamente.

La carne y el Espíritu Santo son enemigos. No podemos vivir en los dos a la misma vez (Romanos 8.1–2; Gálatas 5.17–23; 6.7–8). Es inútil pensar que uno puede vivir una vida agradable a Dios sin tener al cuerpo bajo sujeción, o sea, crucificado.

2. Satisfacer los deseos de la carne corrompe a uno mismo y a otros

Siguiendo las concupiscencias de la carne, los hombres se han hecho borrachos, glotones, adúlteros, mentirosos, ladrones, asesinos y esclavos a toda forma de pecado. Satanás llega a los hombres y les tienta a ceder a “los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida” (1 Juan 2.16). Aunque el pecado les parece deseable, su fin es corrupción. El mismo destruye a los que lo cometen, a sus hogares y a sus comunidades. Por nuestro propio bien y por el

bien de los que están a nuestro alrededor, tenemos que negarnos a nosotros mismos a diario.

3. Sólo así podemos vivir en victoria

Los apetitos legítimos del cuerpo son de Dios, son esenciales a la vida y son puros y sanos. Pero cuando uno permite que ellos reinen en nuestras vidas entonces Satanás entra al alma por medio de ellos y logra arruinarla. Entre estos apetitos están el anhelo de comer, el deseo de descansar o permanecer en el ocio y el apetito sexual. Si estos apetitos no se controlan producen toda clase de desenfreno y pecado.

Cristo “fue tentado en todo según nuestra semejanza, *pero sin pecado*” (Hebreos 4.15). ¿Por qué? Él practicaba la abnegación; controlaba su cuerpo y nunca cedió a la tentación. Si usted da rienda suelta a los impulsos de la carne caerá en el pecado. Pero si usted por medio del poder del Espíritu Santo mantiene su cuerpo en sujeción entonces vivirá una vida victoriosa. El secreto de la vida victoriosa es mantener cada deseo corporal en el lugar que Dios le ha asignado.

4. Los que se abniegan por causa de Cristo encuentran bendiciones

Los que practican la abnegación pueden gozarse aun en medio del sufrimiento. Pablo dijo: “Las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Romanos 8.18). Por lo general, ¿quiénes gozan de la mejor salud? ¿Los que controlan sus apetitos o los que se entregan al desenfreno? ¿Quiénes son los más libres? ¿Los que dominan sus pasiones o los libertinos? ¿Quiénes son los más prósperos materialmente? ¿Los que se niegan a sí mismos o los que compran lo que les dé la gana? ¿Quiénes son los más felices? ¿Los que se niegan a los placeres pecaminosos de esta vida o los que gratifican la carne y siguen el placer y la vanidad? Satisfacerse a sí mismo gratifica por el momento, mas al fin trae la derrota y los problemas.

5. El que se niega a sí mismo para seguir a Cristo es útil para Dios

La obra de Cristo avanza porque hay hombres y mujeres que se han consagrado a Dios. Esta gente domina su cuerpo y vive una vida que “está escondida con Cristo en Dios” (Colosenses 3.3). Su corazón, sus planes, su dinero, están sobre el altar del Señor. La salvación de nuestras almas fue hecha posible por el sacrificio de Jesucristo. De la misma manera, la obra de Dios avanza y se extiende por el sacrificio de hombres y mujeres cuyas vidas están sobre el altar del Señor.

6. La abnegación rinde fruto eterna

Sin duda Esaú disfrutó su guisado (Génesis 25.34). Pero, ¿qué fue eso en comparación con la pérdida de la primogenitura? El hombre rico disfrutó sus banquetes espléndidos; pero, ¿qué clamores en el infierno! Los placeres del pecado son temporales, mientras que las bendiciones de la abnegación por causa de Cristo son eternas. No olvidemos que el desenfreno termina en el infierno, mientras que la abnegación por causa de Cristo marca el camino que termina en la gloria eterna.

Lo que se debe negar

1. A sí mismo

Jesús dijo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame” (Lucas 9.23). Los que reciben a Cristo tienen que entregarse por completo a él. “Ya no viven para sí... De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5.15, 17). Negarnos muchas cosas sin negarnos a nosotros mismos puede resultar una vida ordenada, pero no una vida nueva. Este tipo de vida no vale nada para Dios.

2. El pecado

“Hijo mío, si los pecadores te quisieren engañar, no consientas” (Proverbios 1.10). “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría; cosas por las cuales la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia” (Colosenses 3.5–6). Asegúrese de decir NO a la carne cada vez que sea tentado a cometer algún pecado, sea cosa grande o chica, cosa popular o cosa despreciada (Gálatas 5.24; 1 Pedro 2.11; 4.3–4).

3. Cosas dudosas

Muchas veces nos enfrentamos con cosas que no sabemos si son buenas o malas. Antes de participar en algo dudoso, busque la voluntad de Dios acerca del asunto. Cuando somos tentados a hacer algo sólo porque otros lo hacen, es mejor no hacerlo sin antes buscar la voluntad de Dios para saber si es bueno o malo. Luego, actúe conforme a lo que Dios le revela. “El que duda sobre lo que come, es condenado, porque no lo hace con fe; y todo lo que no proviene de fe, es pecado” (Romanos 14.23).

4. Cosas lícitas que hacen tropezar a otra persona

A Pablo no le molestaba en la conciencia comer carne porque él sabía que las normas de la ley en cuanto a comer carne fueron todas anuladas en el evangelio de Cristo. Sin embargo, Pablo estaba dispuesto a renunciar a este privilegio si era una ofensa a otros. Él dijo que

“bueno es no comer carne, ni beber vino, ni nada en que tu hermano tropiece, o se ofenda, o se debilite” (Romanos 14.21). Dijo que “si la comida le es a mi hermano ocasión de caer, no comeré carne jamás” (1 Corintios 8.13). Cualquier privilegio deja de ser privilegio cuando llega a ser tropiezo a otros (Romanos 14.15). La palabra “comida” que se menciona en este versículo se puede sustituir por cualquier privilegio que usted insiste en practicar aunque sepa que, al hacerlo, otros van a perderse.

5. Cosas que impiden nuestra más alta utilidad

Dios lo ha llamado a usted a una obra. Por eso usted debe dejar cualquier cosa en su vida que impida su más alta utilidad a Dios. ¿Por qué fue llamado Abraham de su hogar y parentela para llegar a ser un peregrino? Dios tenía un propósito: convertirlo en el padre de los fieles; convertirlo en cabeza de una gran nación; hacer que en su simiente todas las naciones de la tierra fueran benditas. ¿Por qué el misionero debe abandonar las amistades, su país de origen, y pasar su vida en tierras lejanas? Él lo hace para obedecer la gran comisión dada a la iglesia por Cristo. Pablo se quedó sin casarse no porque le fuera incorrecto “traer (...) una hermana por mujer” (1 Corintios 9.5), sino porque la obra en que se encontraba era tal que este privilegio hubiera sido un obstáculo para su utilidad a Cristo y a los hermanos. El negarse a sí mismo abarca más que sólo decir NO a las tentaciones de la carne y abstenerse de ciertos privilegios que pudieran llegar a ser tropiezo a otro. Más bien, el negarse a sí mismo incluye dejar cosas lícitas, agradables y bellas por servir a Dios.

Ejemplos notables de la abnegación

1. Cristo

Lea Filipenses 2.5–11. Cristo “no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo”. La comodidad, la popularidad, las riquezas y la gloria; él lo sacrificó todo. Su vida entera fue sacrificada para hacer la obra a la cual Dios lo había llamado. Al ver los resultados de su abnegación nos percatamos de que él no sólo libró a millones de almas de la cautividad del pecado, sino que, además “Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre” (Filipenses 2.9).

2. Abraham

Cuando Dios llamó a Abraham él dejó su hogar, su parentela y sus amigos. Pasó el resto de su vida en el extranjero, y murió sin recibir lo que le fue prometido. Abraham hasta estuvo dispuesto a sacrificar a su hijo cuando Dios se lo pidió. Por fe él se abnegó y llegó a ser “el padre de los fieles”, y en su simiente son bienaventuradas todas las naciones de la tierra (Gálatas 3.8).

3. Moisés

Moisés sacrificó una buena carrera (Hebreos 11.24–26) a fin de cumplir el propósito de Dios para su vida. Él dejó la gloria y las riquezas pasajeras de la tierra, ganando así la gloria y las riquezas eternas.

4. Los pescadores de Galilea

Lea Marcos 1.18; Lucas 5.10–11. Cuando Cristo llamó a los pescadores de Galilea ellos dejaron todo y lo siguieron. Al dejar sus redes, estos pescadores estaban dejando su medio de ganarse la vida. No conocían el futuro, pero lo dejaron todo para seguir a Jesús.

5. Saulo de Tarso

Cuando vemos la posición que Saulo había logrado en su carrera religiosa (Filipenses 3.1–10) entonces comprendemos lo que le costó a él dejar esa carrera prometedora para servir al Dios vivo. ¿Acaso esto valió la pena? ¡Claro que sí! Pablo mismo da su testimonio en 2 Timoteo 4.5–8.

De estos y otros ejemplos aprendemos que aunque negarse a sí mismo es un sacrificio es la única manera de recibir las ricas bendiciones de Dios. Y es la única manera en que podemos serle útiles a Dios en su reino.

Las recompensas

Negarse a sí mismo no termina en sufrimiento y derrota. Más bien, es la liberación del señorío de nuestro ego para vivir en Cristo y tenerle a él viviendo en nosotros. Al dejar los goces pasajeros de la vida pecaminosa recibimos el gozo del Señor y finalmente obtendremos las realidades eternas del cielo mismo (Salmo 16.11). Al renunciar a nuestra propia justicia, Dios nos justifica gratuitamente. Al negarnos las riquezas terrenales, las cambiamos por las riquezas eternas del cielo. Y así es con toda cosa que sacrificamos por Cristo: es un cambio de cosas deseadas por la carne por algo de mucho más valor. Jesús fue un ejemplo perfecto de cómo negarse a sí mismo. Él se entregó a la muerte en la cruz. Por eso “Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre” (Filipenses 2.9). No tema usted seguir sus pasos. Algún día Dios lo recompensará por abnegarse y usted verá que negarse a sí mismo es en realidad cambiar la tierra por el cielo.

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 49

La separación del mundo

“No os conforméis a este siglo” (Romanos 12.2).

La doctrina de cómo la iglesia debe separarse y no conformarse al mundo es uno de los grandes principios de la Biblia. Pero lamentablemente, debido a los deseos de la carne, muchos no aplican este principio en la vida diaria.

Una doctrina fundamental de la Biblia

Mencionaremos algunos versículos que enseñan esta doctrina:

“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Romanos 12.1–2).

“Yo les he dado tu palabra [a los discípulos]; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo” (Juan 17.14).

“Lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación” (Lucas 16.15).

“No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso” (2 Corintios 6.14–18).

“Quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2.14).

“La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo” (Santiago 1.27).

“¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios” (Santiago 4.4).

“Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2.9).

“No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1 Juan 2.15).

El porqué de esta doctrina

De estos versículos y de otros pasajes de la Biblia concluimos que:

- El pueblo de Dios y el mundo son dos tipos distintos de personas. Aunque hay personas en el mundo que no están tan profundamente sumergidas en el pecado como otras, sólo hay dos tipos de personas: las que pertenecen a Dios y las que pertenecen al diablo. El cristiano anda según el Espíritu Santo; el mundano anda según la carne. En esto consiste la línea que separa al cristiano del mundo.
- La amistad con el mundo es enemistad contra Dios. “Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (1 Juan 2.16–17). El mundo es gobernado por los deseos carnales. Cuando la gente usa cierta cosa para expresar o promulgar estos deseos, la misma es cosa *mundana*. Mientras el mundo ama tales cosas, la iglesia las aborrece porque representan los deseos que se oponen a Dios.
- Para el pueblo de Dios es pecado conformarse a las costumbres pecaminosas y carnales de este mundo. Satanás, el dios de este siglo, domina al mundo. Tan completo es su dominio que el mundo entero está bajo el maligno (1 Juan 5.19). El que se conforma a este siglo se deja dominar por el diablo y va hacia el desenfreno de pecado y las profundidades de iniquidad. Dios nos ha librado del dominio del mundo y sus modas y sería pecado volver a servir a esos dioses.
- El pueblo de Dios ha sido llamado a la santidad, justicia, pureza y fe para poder ganar al mundo para Dios. El cristiano mundano tiene muy poco que ofrecer al mundo. Una vida libre de la mundanería testimonia de un entendimiento renovado y gobernado por Dios. Tal vida brilla como

luz en medio de una generación maligna y perversa, dirigiendo así hacia Dios la mente de la gente.

· La religión pura exige que haya una separación completa del mundo. Dios no acepta como hijo suyo al que ama y toca lo inmundo. Tenemos que negarnos los deseos mundanos para recibir una herencia en el reino de los cielos.

Rasgos característicos de la vida mundana

1. La desobediencia a Dios

“Los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Romanos 8.7). El mundo fue desobediente a Dios en los días de Noé, de Abraham, de Moisés y de Cristo. Es desobediente hoy y será así mientras siga bajo el control de Satanás.

2. La malignidad

“El mundo entero está bajo el maligno” (1 Juan 5.19). Toda forma de maldad, blasfemia, homicidio, mentira, robo, exceso, profanación, orgullo, disolución, etc., en la vida de uno pone en evidencia la verdad de que está siguiendo al dios de este siglo.

3. El orgullo

“La vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo” (2 Juan 2.16). La persona mundana se viste, se peina y gasta hasta su último centavo para elevar su persona ante los ojos de sus prójimos. Tal vanagloria es orgullo y Dios la aborrece.

4. La impureza

Romanos 1.21–32 nos muestra una descripción verdadera de cómo es el hombre que rechaza a Dios y se rinde a sus deseos carnales. El mundo es dominado por los mismos deseos carnales y sus modas, sus revistas, su hablar y su comportamiento promueven la impureza en la mente, el corazón y el cuerpo.

5. La codicia

La codicia es otro nombre para la avaricia. Pablo la llama “idolatría” (Colosenses 3.5; Efesios 5.5). El mundo se afana y hasta comete crímenes para enriquecerse. El amor al dinero es la raíz de toda clase de males (1 Timoteo 6.8–10).

6. La ambición

La ambición es el deseo apasionado por obtener cosas como poder, honores, fama o riquezas. Este deseo muchas veces aumenta hasta que causa la ruina de muchos. La destrucción del joven ambicioso, Absalón, debería servir como aviso a todo joven acerca del fin de la ambición. No debemos buscar la gloria propia, sino la gloria de Dios. Nuestra misión es servir; no ser servidos. “En cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros” (Romanos 12.10).

Un deseo ardiente de ser útil no debería confundirse con la ambición. Ningún hombre jamás se desviará por causa de la ambición si siempre tiene por supremo el amor, la gloria de Dios y el bienestar de los demás (Lucas 9.23–24; Gálatas 6.14).

7. La intemperancia

“El vino es escarnecedor, la sidra alborotadora, y cualquiera que por ellos yerra no es sabio” (Proverbios 20.1). Herencias enteras se malgastan en las bebidas alcohólicas, el tabaco, las drogas y otras cosas que destruyen a la humanidad. Donde existe la falta de moderación también hay miseria, dolor y pobreza. Estas cosas indican el naufragio terrible ocasionado por el monstruo destructor que se llama la intemperancia.

8. El atavío a la moda

La ropa que viste la gente demuestra lo que hay en el corazón. El orgullo, la soberbia, la impureza y otros pecados del mundo se pueden ver por medio de la manera en que se viste la gente. (Lea Isaías 3.16–24; 1 Timoteo 2.9–10; 1 Pedro 3.3–4.)

9. Los placeres mundanos

“Alégrate, joven, en tu juventud, y tome placer tu corazón en los días de tu adolescencia; y anda en los caminos de tu corazón y en la vista de tus ojos” (Eclesiastés 11.9). Los bailes, los teatros, los cines, los circos, etc. ofrecen los placeres mundanos y cientos de miles de personas (especialmente los jóvenes) aceptan sus ofertas. Salomón dice que todo esto se puede hacer, “pero sabe, que sobre todas estas cosas te juzgará Dios” (Eclesiastés 11.9). La persona “que se entrega a los placeres, viviendo está muerta” (1 Timoteo 5.6).

10. La irreverencia

Ningún hombre puede andar en los caminos del mundo sin tener una actitud de irreverencia hacia Dios. Esta actitud produce la falta de respeto, la profanidad y otros frutos perversos.

11. El fraude

“No mintáis los unos a los otros” (Colosenses 3.9). Esto incluye la falsificación, toda forma de engaño e hipocresía, las exageraciones y toda forma de pecado basado en el doblez y la falsedad (2 Corintios 4.2). Toda forma de mentira y fraude viene del “padre de mentira” (Juan 8.44).

12. Las contiendas

Las contiendas surgen de cualquier persona incrédula porque siempre busca defenderse a sí misma. La persona que no quiere humillarse y reconocer sus faltas produce contiendas dondequiera que vaya.

Una vida sin mancha del mundo

“La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo” (Santiago 1.27).

Concluimos: (1) que Dios requiere la religión pura; (2) que la religión pura se puede mantener sólo al guardarse sin mancha del mundo, es decir, todas las manchas mundanas que hemos enumerado se tienen que abandonar por completo.

Cada rasgo mundano que acabamos de notar es reemplazado por un rasgo opuesto en la vida apartada del mundo. A continuación mencionaremos de forma breve algunos de estos rasgos:

1. La obediencia a Dios

Tal y como la desobediencia es uno de los rasgos naturales de la persona mundana, así también la obediencia caracteriza a los hijos de Dios. “Señor, ¿qué quieres que yo haga?” es el clamor continuo de la persona que busca servir a Dios.

2. La piedad

“Enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente” (Tito 2.12). Ésta es la disconformidad verdadera a este mundo malvado y profano. “Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (Hebreos 12.14).

3. La humildad

Cuando uno no tiene “más alto concepto de sí que el que debe tener” (Romanos 12.3) puede seguir el ejemplo de Cristo en la humildad.

4. La pureza

La pureza afecta los pensamientos, el modo de hablar y toda la vida de uno. Los cristianos deben ser libres de toda forma de impureza. “Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios” (Mateo 5.8).

5. El amor

Si usted compara esta virtud cristiana con el pecado de la codicia entonces verá de relieve el contraste entre el carácter del mundano y el del cristiano verdadero. Uno se afana por tener para sí, el otro por bendecir a otros; uno busca su propia gloria, el otro busca la gloria de Dios y el bien de los prójimos. “El amor (...) no busca lo suyo” (1 Corintios 13.4–5).

6. La abnegación

La abnegación es el fruto natural del amor. La ambición nos impulsa a buscar honor y promoción para nosotros mismos; la abnegación busca promover la causa de Cristo y los hermanos. Nadie puede estar verdaderamente consagrado a Dios sin negarse a sí mismo. Cuando vivimos la vida “escondida con Cristo en Dios” (Colosenses 3.3), nuestra vieja naturaleza egoísta ha pasado y el deseo humilde de ser un buen siervo de Dios y del hombre ha tomado su lugar.

7. La templanza

“Todo aquel que lucha, de todo se abstiene” (1 Corintios 9.25). La templanza significa abstenerse del todo de cualquier cosa que sea dañina y pecaminosa como la inmoralidad sexual, las borracheras y las drogas. Y en las cosas lícitas, como comer y descansar, la templanza significa controlarse.

8. La ropa decorosa

Puesto que el hijo del mundo se viste por motivos distintos a los del hijo de Dios va a haber un contraste entre su ropa y la de los cristianos.

9. El gozo del Señor

Muchísimas personas ignoran que este mundo no ofrece nada que pueda compararse con el “gozo inefable y glorioso” (1 Pedro 1.8) que sólo los hijos de Dios pueden tener. Los placeres de este mundo son pasajeros, mientras que el gozo del Señor es para esta vida y por la eternidad. “Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!” (Filipenses 4.4).

10. La reverencia

El compañerismo con Dios y con los santos engendra una reverencia para con Dios y su palabra. Mientras más entendamos acerca de Dios, tanto más impresionados quedamos con su benevolencia, grandeza, santidad, majestad y gracia. Los que andan con él le sirven con temor y reverencia.

11. La integridad

Una de las cualidades sobresalientes del hijo de Dios es que él es veraz. La honradez y la rectitud señalan su andar diario. Esta cualidad pertenece a la verdadera naturaleza cristiana.

12. La paz

“El siervo del Señor no debe ser contencioso” (2 Timoteo 2.24), porque “las armas de nuestra milicia no son carnales” (2 Corintios 10.4). “Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios” (Mateo 5.9).

Enseñanzas bíblicas sobre el vestuario

1. La Biblia enseña en contra de conformarse a las modas del mundo

A continuación ofrecemos una lista de pasajes bíblicos que tratan este tema: Juan 17.14, 16; Romanos 12.1–2; 2 Corintios 6.14–18; Santiago 1.27; 4.4; 1 Pedro 2.9; 1 Juan 2.15–17. La Biblia ofrece instrucciones específicas que dicen cómo debiéramos vestirnos (1 Timoteo 2.9–10; 1 Pedro 3.3–4). Quebrantamos todas estas instrucciones si nos conformamos a las modas del mundo. El conformarse a estas modas en vez de obedecer las instrucciones de la palabra de Dios es desobedecer a Dios. Si cambiamos nuestro vestuario para que esté a la última moda, esto muestra que amamos la alabanza de los hombres más que la alabanza de Dios.

Algunas personas dicen que no es bueno parecer “extraños” por la clase de ropa que usamos. Pero puesto que todo el mundo sigue la moda, los pocos cristianos que no lo hacen van a parecer extraños. La gente incrédula va a darse cuenta por nuestra apariencia que somos de aquellos que han salido del mundo (2 Corintios 6.17–18) y que estamos viajando en la senda de justicia y santidad. Normalmente, los que protestan contra las reglas prácticas de la iglesia sobre el vestuario quieren conformarse más a lo que manda el mundo.

2. La Biblia enseña la distinción entre los sexos en el modo de vestir

En la ley de Moisés, Dios les dio a los israelitas el mandamiento de vestirse de manera que la distinción entre los sexos no se borrara

(Deuteronomio 22.5). El Nuevo Testamento manda a las mujeres llevar un velo y manda a los hombres no llevarlo. Las personas que promueven la apariencia unisex se están rebelando contra la diferencia entre los sexos que Dios ha hecho. Hombres y mujeres cristianos desearán siempre honrar esta diferencia, aun por la manera en que se visten.

3. La Biblia enseña que la ropa sea decorosa, no deshonesta

Primera de Timoteo 2.9–10 y 1 Pedro 3.3–4 hablan de cómo debe ser la ropa de la mujer cristiana. Estos mismos principios se aplican a todo cristiano. Según 1 Timoteo 2.9–10 el cristiano debe vestirse:

(1) “**Con** pudor y modestia” lo cual es totalmente opuesto a la manera que se viste el mundo.

(2) “**No con** peinado ostentoso, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos.” El vestido deshonesto y el deseo de exhibir el cuerpo son expresiones del orgullo, la concupiscencia y el deseo de seguir la moda.

(3) “**Sino con** buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan piedad.”

La persona modesta debe desear ataviarse de “ropa decorosa.” Mientras que el mundo se viste para adornar el cuerpo, Dios quiere que su pueblo se vista para cubrir el cuerpo. Puesto que los cristianos no usan la ropa para destacarse, sino para cubrir el cuerpo en que mora un corazón humilde, les conviene vestirse de acuerdo con las normas de su iglesia. Ellos no menosprecian la idea de parecer como los demás hermanos o de no tener muchas clases de ropa con que expresarse.

4. La Biblia prohíbe las joyas y los adornos

Lea 1 Timoteo 2.9–10 y 1 Pedro 3.3–4. La mujer cristiana no se pone joyas porque llaman atención *al cuerpo*. Lo que la mujer cristiana sí debe y puede adornar es *el espíritu*.

Lo que significa la separación del mundo

1. Significa vivir apartado del mundo

Dios nos “llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2.9). Los discípulos “no son del mundo” (Juan 17.14), como tampoco Cristo es del mundo. Dios nos recibe con la condición de que salgamos de “en medio de ellos” (2 Corintios 6.17–18). Es cierto que vivimos *en* el mundo, pero no somos *del* mundo.

2. Significa guardarse de los yugos desiguales con los incrédulos

En 2 Corintios 6.14–18 hallamos las siguientes preguntas:

¿Qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia?

¿Qué comunión tiene la luz con las tinieblas?

¿Qué concordia tiene Cristo con Belial?

¿Qué parte tiene el creyente con el incrédulo?

¿Qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos?

Amós 3.3 plantea esta pregunta: “¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo?”

Las respuestas a estas preguntas demuestran que muchas personas que dicen que son cristianos están enredadas en yugos desiguales en las organizaciones sociales, en las asociaciones comerciales y en la política. El cristiano no debe ser miembro de ninguna organización que tiene propósitos que no son bíblicos o que usa métodos que no son bíblicos para lograr sus propósitos.

3. Significa testificar de Jesús

La separación del mundo no significa no ayudar al mundo. Los discípulos, aunque no eran del mundo, fueron enviados al mundo por Jesús (Juan 17.18). Como el que rescata al que se está ahogando no puede estar ahogándose el mismo, así los hijos de Dios pueden rescatar a almas del mundo sólo si están libres ellos mismos de los enredos del mundo. “Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida” (2 Timoteo 2.4). Los que en verdad están libres del pecado son los que más desean que otros tengan la misma libertad. (Lea Romanos 12.2; 1 Pedro 2.9.)

4. Significa vivir en la santidad

Es notable que muchos de los pasajes que hablan de la separación también mencionan la santidad. El requisito de Dios para recibirnos a nosotros es: “Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré” (2 Corintios 6.17). Vea también Romanos 12.2 y 1 Pedro 2.9.

5. Significa continuar en esta separación por toda la eternidad

Al haber sido llamados de las tinieblas, si continuamos andando en la luz, reinaremos con Cristo por los siglos de los siglos (Apocalipsis 22.5). El juicio final de los malvados significará sencillamente esto: Al haber escogido seguir al dios de este siglo, continuarán con él por toda la eternidad. Para los justos la sentencia será: “Sobre poco has sido fiel,

sobre mucho te pondré” (Mateo 25.21). La humanidad anda en dos caminos (Mateo 7.13–14) y en rumbos opuestos. “E irán éstos [los injustos] al castigo eterno, y los justos a la vida eterna” (Mateo 25.46).

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 50

La no resistencia

“¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” (Lucas 2.14).

La frase “no resistencia” viene de esta instrucción de Cristo: “No resistáis al que es malo” (Mateo 5.39). Cristo y los apóstoles enseñaron la doctrina de la no resistencia. Cristo es el “Príncipe de paz” (Isaías 9.6).

La base de esta doctrina

1. La profecía declaró que Jesús iba a ser el Príncipe de paz

“Un niño nos es nacido,” profetizó Isaías, “y se llamará (...) Príncipe de Paz.” Y en la noche del nacimiento de Jesús las huestes celestiales declararon: “En la tierra paz”. Jesús es el Príncipe de un reino de paz en la tierra. La gente de su reino sigue su ejemplo y en cuanto depende de ellos viven en paz con los demás.

2. Cristo enseñó la no resistencia

En el Sermón del Monte Cristo enseñó la no resistencia:

“Oísteis que fue dicho: ojo por ojo, y diente por diente. Pero yo os digo: no resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos. Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehúses. Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos” (Mateo 5.38–45).

Veamos algunos versículos más:

“Todos los que tomen espada, a espada perecerán” (Mateo 26.52).

“Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite la capa, ni aun la túnica le niegues” (Lucas 6.29).

“La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da” (Juan 14.27).

“Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían” (Juan 18.36).

El Príncipe de paz no sólo enseñó esta doctrina con palabras, sino que por medio de su ejemplo nos mostró cómo vivir en paz. Durante toda su vida, Jesús fue poderoso en su lucha contra el *pecado*, pero manso como cordero y sencillo como paloma en su trato con los *pecadores*. Cuando lo arrestaron en el Huerto de Getsemaní él tenía poder para pedir doce legiones de ángeles, pero no resistió (Mateo 26.53). Él nunca se involucró en las cosas del estado o en la política. Él es nuestro ejemplo perfecto de la no resistencia.

3. Los apóstoles enseñaron la no resistencia

Pablo nos enseña cómo responder al maltrato, diciendo:

“No paguéis a nadie mal por mal; procurad lo bueno delante de todos los hombres. Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres. No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor. Así que, si tu enemigo tuviera hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza. No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal” (Romanos 12.17–21).

Pablo tuvo que reprender fuertemente a los corintios porque llevaban sus pleitos ante los jueces (1 Corintios 6.1–8). Les preguntó: “¿Por qué no sufrís más bien el agravio? ¿Por qué no sufrís más bien el ser defraudados?” En su segunda carta a los corintios él expresó una verdad fundamental al decir: “Las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios” (2 Corintios 10.4). Pablo, mientras enseñaba contra las armas carnales, también enseñó enfáticamente contra el pecado, animando a los creyentes a pelear “la buena batalla de la fe” (1 Timoteo 6.12). Lea también Efesios 6.10–18; 1 Tesalonicenses 5.15; 2 Timoteo 4.7.

Pedro enseña que el cristiano debe ser no resistente, diciendo:

“Pues ¿qué gloria es, si pecando sois abofeteados, y lo soportáis? Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios. Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien

cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente” (1 Pedro 2.20–23).

Santiago testifica en contra del conflicto, diciendo:

“¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís” (Santiago 4.1–2).

La última frase se refiere a la raíz de las guerras y de los pleitos. Cuando tratamos de vencer el pecado con fuerzas carnales surgen contiendas, pleitos, quejas, juicios y guerras. Encontramos paz cuando recibimos de Dios sabiduría, amor, gracia y poder espiritual para vencer el pecado.

Los apóstoles, como el Príncipe de paz a quien ellos siguieron, practicaban la no resistencia tal como la enseñaban. Ellos sufrieron persecución en lugar de resistir. Sufrieron encarcelamientos y martirios en lugar de maltratar a otros.

Según los historiadores, la iglesia primitiva siguió esta senda de paz. Los mismos concuerdan en que no había soldados entre los cristianos en el primer siglo de la era cristiana. El escritor pagano, Celso, escribiendo a finales del segundo siglo, acusaba a los cristianos de rehusar llevar armas, incluso para defenderse a sí mismos. Los primeros cristianos, Tertuliano, Orígenes, Cipriano y Lactantino escribieron acerca de esto y defendieron la doctrina de la no resistencia. Durante los primeros dos siglos, casi toda la iglesia creía y enseñaba la no resistencia. Sin embargo, más tarde algunos dejaron esta doctrina. A principios del cuarto siglo Constantino hizo del “cristianismo” la religión oficial del estado romano. ¡Qué contradicción! Constantino buscó poder, por medio de la cruz de Cristo, para derramar sangre. Pero la cruz de Cristo fue donde él demostró su amor no resistente para con sus enemigos al dejar que ellos lo mataran... y los perdonó por lo que iban a hacer.

El Antiguo Testamento y la no resistencia

Notemos algunas verdades en cuanto a la época del Antiguo Testamento:

- En el principio era la voluntad de Dios que los hombres se amaran los unos a los otros y que respetaran la vida humana (Génesis 4.4–14).
- Para refrenar los deseos carnales del hombre Dios instituyó la pena de muerte (Génesis 9.6). En el Antiguo Testamento el pueblo de Dios

era una nación civil y Dios le dio la responsabilidad de castigar a los que desobedecían la ley. “Toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución” (Hebreos 2.2). A los criminales los castigó aun con la pena de muerte (Levítico 20).

- El Antiguo Testamento fue una época de justicia. Dios usó a su pueblo en el Antiguo Testamento para juzgar a otras naciones perversas. Hasta lo mandó a exterminar a otras naciones (1 Samuel 15.2–3, 18).

Hay mucha gente que trata de justificar la participación de los cristianos en la guerra con el hecho de que Moisés, Josué, David y otros hombres de Dios pelearon. Sin embargo, hay muchas diferencias entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento.

- En el Antiguo Testamento los israelitas aborrecieron a sus enemigos (Deuteronomio 23.3, 6). Pero en el Nuevo Testamento Cristo nos dirige a amar a todos. Él nos manda a amar, bendecir, hacer bien y orar (Mateo 5.43–46) por los que nos maltratan. Esto refleja la voluntad de Dios en el principio que todos los hombres se amen los unos a los otros.

- En el Antiguo Testamento los israelitas tuvieron la responsabilidad de castigar a los malos. Ellos devolvieron mal a los que les hicieron el mal. Ejercieron la venganza. Pero Cristo cambió esto con estas palabras: “No resistáis al que es malo” (Mateo 5.38–42). La venganza ya no pertenece al pueblo de Dios (Romanos 12.17–21). En lugar de llevar los malhechores al juicio, el pueblo de Dios trata de llevarlos al arrepentimiento.

- El Antiguo Testamento fue una época de justicia. El Nuevo Testamento es época de misericordia y gracia. “Nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación” (2 Corintios 5.19). Dios ahora usa a su pueblo no para juzgar a naciones perversas, sino para llevarlas el evangelio de amor y reconciliación. “La ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (Juan 1.17). “El Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas, sino para salvarlas” (Lucas 9.56).

El poder de la paz

El hombre impío confía en el poder de la guerra para resolver los conflictos. Él piensa que los que sufren el maltrato con paciencia y amor son débiles y cobardes. Pero el Príncipe de paz da a sus seguidores un poder más fuerte que el que tiene un ejército en el campo de batalla. Él les da su evangelio que tiene poder para conquistar el espíritu del hombre, convirtiéndolo por completo. La guerra puede conquistar el cuerpo, pero nada más.

Cuando Cristo envió a sus discípulos no los armó con espadas ni lanzas, sino los mandó “como a ovejas en medio de lobos” (Mateo 10.16). Así ellos se fueron, con poder obraron, y aun los demonios los obedecieron.

Después que fue establecida la iglesia, los discípulos salieron a predicar el evangelio. Ellos sufrieron gran persecución, primeramente de los judíos y después de los romanos. Muchos murieron como mártires de la fe. Sin embargo, la iglesia creció rápidamente. La espada nunca puede apagar el poder del evangelio de paz, mientras que “todos los que tomen espada, a espada perecerán” (Mateo 26.52).

Retos de los que defienden la participación en la guerra

El reto: Si la guerra es mala para el pueblo de Dios, ¿por qué David, siendo hombre conforme al corazón de Dios, fue muy valiente en la guerra?

La respuesta: Como ya se ha dicho en este capítulo, aquella época fue una época de justicia en la cual Dios juzgó a las naciones por medio de su pueblo. Hoy vivimos en la época de misericordia. Por esto, Dios ya no usa a su pueblo para juzgar o traer juicio sobre los malos. Lea el Sermón del Monte en Mateo capítulos 5 al 7. “Porque cambiado el sacerdocio, necesario es que haya también cambio de ley” (Hebreos 7.12).

El reto: ¿Qué pasaría si una nación entera fuera no resistente?

La respuesta: Los fariseos dijeron algo muy parecido para refutar las enseñanzas de Jesús: “Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos, y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación” (Juan 11.48). Ellos reconocieron que los seguidores de Jesús no defienden a su nación con armas. Pero no reconocieron que cuando hacemos lo correcto no tenemos que preocuparnos de los resultados. Dios cuida de los que le son fieles a él, aunque muchas veces no sabemos cómo.

El reto: ¿Qué haría usted si un ladrón entrara a su casa?

La respuesta: En tal caso el cristiano verdadero debe descansar en la promesa de Dios de estar con los suyos en cualquier situación. Si matamos al ladrón no sólo desobedecemos la ley divina de Dios, sino también mandamos un alma al infierno y eliminamos para siempre su oportunidad de arrepentirse. Si el ladrón lo mata a usted entonces usted puede entrar al cielo de inmediato y el ladrón tendría la oportunidad de arrepentirse y rendirse a Dios.

El reto: ¿Qué pasaría si todos practicaran la no resistencia?

La respuesta: Tendríamos un paraíso en la tierra y todo el mundo viviría en paz.

El reto: ¿No debemos someternos al gobierno?

La respuesta: Sí. Lea Romanos 13.1. Debemos someternos a toda autoridad superior, recordando que nuestra lealtad primeramente la debemos a Dios (Hechos 5.29). El espíritu sumiso pertenece al corazón no resistente. Hay leyes que no podemos obedecer porque se oponen a la ley superior, la ley de Dios. En tales casos debemos someternos hasta donde podamos sin desobedecer a Dios. Debemos ser como los apóstoles; ellos sufrieron encarcelamientos y martirio por causa de Cristo.

El reto: ¿Me culpará Dios si voy a la guerra cuando mi país me pide que vaya?

La respuesta: Si para el cristiano es malo quitarle la vida a un ser humano, ¿por qué sería correcto ayudar a otras miles de personas a quitarle la vida a muchos seres humanos? ¿Qué haría usted si su país le pidiera ayuda para matar a todos los cristianos?

Como cristianos debemos recordar que la razón por la que no peleamos es porque Dios es amor. Nosotros seguimos a Dios. Amamos a todos, aun a nuestros enemigos.

La conclusión bíblica

“No resistáis al que es malo” (Mateo 5.39).

“Cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra” (Mateo 5.39).

“Al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa” (Mateo 5.40).

“Amad a vuestros enemigos” (Mateo 5.44).

“Benedicid a los que os maldicen” (Mateo 5.44).

“Haced bien a los que os aborrecen” (Mateo 5.44).

“Todos los que tomen espada, a espada perecerán” (Mateo 26.52).

“Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres” (Romanos 12.18).

“No os venguéis vosotros mismos” (Romanos 12.19).

“No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal” (Romanos 12.21).

“Porque las armas de nuestra milicia no son carnales” (2 Corintios 10.4).

“El siervo del Señor no debe ser contencioso” (2 Timoteo 2.24).

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 51

El juramento

“No juréis en ninguna manera” (Mateo 5.34).

“Pero sobre todo, hermanos míos, no juréis” (Santiago 5.12).

La enseñanza de Cristo sobre el juramento se encuentra en el Sermón del Monte:

Además habéis oído que fue dicho a los antiguos: No perjurarás, sino cumplirás al Señor tus juramentos. Pero yo os digo: No juréis en ninguna manera; ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey. Ni por tu cabeza jurarás, porque no puedes hacer blanco o negro un solo cabello. Pero sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no; porque lo que es más de esto, de mal procede (Mateo 5.33–37).

Hallamos la misma enseñanza en la epístola de Santiago. Él dice:

Pero sobre todo, hermanos míos, no juréis, ni por el cielo, ni por la tierra, ni por ningún otro juramento; sino que vuestro sí sea sí, y vuestro no sea no, para que no caigáis en condenación (Santiago 5.12).

Al ver estos dos pasajes notamos por qué el cristiano no necesita jurar: El cristiano siempre dice la verdad. Su sí es sí; su no es no.

Aunque el juramento se usa tanto en la actualidad parece que no es muy útil, pues es como alguien comentó: “El juramento no obliga a ningún embustero o mentiroso, y un hombre honesto no lo necesita”.

Definiciones

El diccionario *Pequeño Larousse Ilustrado* dice que el juramento es una (1) “afirmación o negación de una cosa que se hace, tomando por testigo a Dios”, (2) “voto; reniego; terno”.

Hay varias clases de juramentos. Por ejemplo: el juramento judicial, que se usa en las cortes; el juramento profano o reniego, que se usa sin ninguna sinceridad. Todo esto lo prohíbe Dios en el Nuevo Testamento.

Notamos que hay una gran diferencia entre un juramento y una afirmación. Las leyes de algunos países permiten que los que no juran

por causa de su conciencia pueden afirmar en vez de jurar. Los elementos del juramento que están ausentes en la afirmación son: La declaración “Yo juro...”, la mano alzada en alto y la súplica a Dios. Es decir, que cuando uno afirma solamente promete que dirá la verdad tal como la entiende, sabiendo que al no cumplir esta promesa estará sujeto a las mismas penas que lleva el juramento.

En conclusión, nuevamente decimos: La Biblia claramente prohíbe el juramento, y el cristiano verdadero ni siquiera lo necesita, pues él siempre dice la verdad.

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 52

El amor

“Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Juan 14.15).

En este capítulo hablamos del amor de Dios para con los humanos, especialmente para con sus hijos, y de nuestro amor para con Dios y los demás. No se trata del amor romántico.

El origen del amor

El origen del amor que se ve en los hijos de Dios se explica con esta frase: “El amor es de Dios” (1 Juan 4.7). Esto lo entendemos más a fondo cuando recordamos que “Dios es amor” (1 Juan 4.16). La persona que “está escondida con Cristo en Dios” (Colosenses 3.3) está llena y rebosando del amor de Dios que ha sido derramado en su corazón por el Espíritu Santo (Romanos 5.5). Por eso podemos decir: “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1 Juan 4.19).

Manifestaciones del amor de Dios

1. Jesucristo

“Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5.8). Vea, además, Juan 3.16. La evidencia más convincente del amor es que una persona esté dispuesta a sacrificarse por el bien de otra persona. Cuando el amor de Dios nos llena entonces seremos capaces de sacrificarnos por otros, aun por nuestros enemigos.

2. Su paciencia para con nosotros

Pedro nos recuerda en 2 Pedro 3.9 que la paciencia de Dios para con nosotros lo conmueve a retrasar su venida porque él no quiere “que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento”. Dios es muy paciente con nosotros. Él muchas veces soporta nuestras flaquezas y nuestra naturaleza obstinada. Y muchas veces nos ha bendecido ricamente a pesar de que no somos dignos de la más mínima de sus bendiciones. Dios es el ejemplo perfecto de lo que Pablo quiso decir cuando dijo: “El amor es sufrido, es benigno” (1 Corintios 13.4).

3. Lo que él hace por sus enemigos

“Todos nosotros nos descarriamos como ovejas” (Isaías 53.6). Éramos *enemigos* de Dios. Sin embargo, fue cuando nosotros éramos enemigos de Dios que él nos reconcilió consigo mismo por medio de su Hijo (Romanos 5.10). La verdadera prueba del amor no es lo que uno hace por sus amigos, sino lo que hace por sus *enemigos*. (Lea Mateo 5.38–48.)

4. Sus abundantes provisiones para nuestra alegría y bienestar

Dios no se dio por satisfecho con sólo hacer posible nuestra salvación, lo cual era mucho más de lo que merecíamos, sino que él hizo mucho más. Su actitud no es: *“Ahora ya he hecho mi parte; si usted muere y va al infierno es culpa suya, no mía”*. A veces escuchamos a los hombres decir cosas así, pero a Dios nunca. Todo lo que Dios ha hecho por nosotros surgió de un corazón rebosante de amor. Él nos redimió del pecado, de la muerte y del infierno, sacrificando a su Hijo unigénito para llevar a cabo su propósito. El cielo y la tierra fueron hechos para nuestra alegría y bienestar tanto como para su gloria. Él nos dio el evangelio, lo selló con la sangre de su Hijo y nos mandó al Espíritu Santo para guiarnos a toda la verdad. Nos hizo parte de su iglesia y nos capacitó para llevar el evangelio a todas las naciones a fin de que todos puedan saber acerca de su salvación bendita. En todas partes hay evidencias del amor generoso de Dios para con sus criaturas.

Cómo se manifiesta nuestro amor para con Dios

1. Obedecer a Dios

Cristo dijo: “Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Juan 14.15). Y expresó la misma verdad de otra manera cuando dijo: “Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando” (Juan 15.14). Y otra vez: “El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama” (Juan 14.21). En Juan 14.23 él dice: “El que me ama, mi palabra guardará”. El amor y la obediencia son inseparables.

2. Amar a los hermanos

“Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano” (1 Juan 4.20–21). Con esto concuerda la enseñanza de Jesús en Mateo 22.34–40 donde él declaró que el mandamiento de amar a su prójimo es semejante al mandamiento de amar a Dios.

3. Amar a nuestros enemigos

Leemos acerca de esto en Mateo 5.38–48. Este amor es la roca sobre la cual está fundada la doctrina bíblica de la no resistencia. La prueba de

fuego de nuestro amor no es si amamos a los que nos aman, sino si amamos a los que nos ultrajan y nos persiguen. En esto hay una diferencia importante entre el santo y el pecador. Después que Cristo nos enseñó a amar a los enemigos tanto como a los amigos, dijo: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mateo 5.48).

¿Cómo es nuestro amor para con nuestros enemigos? ¿Estamos libres de malicia, envidia y de un deseo de “desquitarnos” con nuestros enemigos? ¿Acaso les devolvemos bien por mal? Ésta es la verdadera prueba de nuestro amor.

4. Servir fielmente

Los hijos que aman a sus padres rinden fiel servicio; no porque *tengan* que hacerlo, sino porque el amor los *constríne* a hacerlo. Como hijos de Dios no somos esclavos, sino libres. “El amor de Cristo nos constríne” (2 Corintios 5.14) a rendir un servicio fiel, obediente y voluntario. Dondequiera que encontramos a siervos voluntarios de Dios podemos saber que estamos viendo gente que lo ama.

El amor en acción

Primera de Corintios 13 explica lo que el amor en verdad hace. En el principio del capítulo, Pablo enseña que lo que hacemos que no es motivado por el amor de Dios no vale. Luego sigue diciendo:

El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser.

Aplique esta enseñanza a la vida diaria, a la vida hogareña, a la vida social, a los negocios... El amor de Dios es más que sólo una teoría; produce *acción* en la vida.

Las maravillas del amor de Dios

1. La maravilla de su gracia hacia nosotros

La gracia de Dios es la mayor de todas las maravillas de su amor. Juan dijo: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios” (1 Juan 3.1). David sin duda tenía sentimientos semejantes cuando exclamó: “Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria?” (Salmos 8.3–4). Nuestro Dios Todopoderoso puede crear innumerables seres celestiales para alabar su nombre; tiene su trono en los cielos mientras que la tierra es estrado de sus pies;

su grandeza y gloria infinita están más allá de la comprensión de los humanos. ¿Por qué debiera prestar la menor atención a una criatura tan débil, vil e indigna como el ser humano? Pero no sólo nos prestó atención, sino nos adoptó en su familia gloriosa, convirtiéndonos en sus hijos e hijas. Tenemos que concluir, diciendo: él nos *ama*.

2. La maravilla del poder de su amor

Los cielos y la tierra fueron hechos por Dios para el bien y la felicidad del hombre. El amor trajo a Cristo al mundo y le llevó al Calvario. El amor de Dios hace que él reciba a todo el que acude a Cristo. El amor de Dios sí es fuerte. Su poder se verá también en los millones de almas que bendecirán el nombre de Dios por los siglos de los siglos. Las huestes redimidas en la eternidad estarán allí por el maravilloso e incomparable poder del amor de Dios. En el amor hay un poder que la fuerza física nunca puede igualar. ¿Podemos comprenderlo? ¿Usamos este poder en nuestras relaciones con nuestros conciudadanos?

3. La maravilla de que su amor echa fuera el temor

Los que tienen paz con Dios pueden enfrentar las realidades del mundo venidero en plena certidumbre de esperanza y amor. Pueden enfrentar la muerte sin temor. Los que tienen puesta la mirada en las cosas de arriba viven en una comunión tan íntima con Dios que no tienen nada que temer. “En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor” (1 Juan 4.18).

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 53

La pureza

“Consérvate puro” (1 Timoteo 5.22).

“Sé ejemplo de los creyentes en (...) pureza” (1 Timoteo 4.12).

Nuestro Señor Jesucristo es nuestro ejemplo perfecto de la pureza. Fue tentado en todo como nosotros, “pero sin pecado” (Hebreos 4.15).

Nosotros no podemos alcanzar la pureza perfecta por medio de nuestro propio esfuerzo. Pablo señaló la debilidad de los esfuerzos humanos cuando dijo: “Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios” (Romanos 10.3). Cualquiera de nosotros que haya procurado alcanzar la pureza por medio de su propia fuerza debe arrepentirse y pedirle a Dios que él le purifique mediante su poder. Jesús “se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2.14). “La sangre de Jesucristo (...) nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1.7). Es posible que el más débil de nosotros ande en sendas de verdadera pureza si se rinde a Dios y deja que él haga el milagro de gracia en su corazón. Esto es la pureza según Dios.

El alcance de la pureza

1. Alcanza la mente y el carácter

Pensemos en los antiguos relojes de arena. Cuando la parte de arriba esté llena de arena, empieza a fluir hacia abajo y pronto toda la arena se encuentra en la parte de abajo. Así también sucede con la mente y el carácter. Mantenga la parte de arriba (la mente) llena de pensamientos puros, y éstos fluirán al carácter. Por otro lado, deje que su mente albergue pensamientos malos y motivos impuros, y no tardará mucho tiempo para que su lengua y su vida den a conocer la suciedad que se alberga en su mente. Recuerde también que aun el *pensamiento malo* es pecado.

2. Alcanza el hablar

“Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal” (Colosenses 4.6). “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando

con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales” (Colosenses 3.16). “Ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracias” (Efesios 5.4). Aquí hay varias cosas más que no pertenecen al vocabulario de los que quieren ser puros: palabras ociosas, vulgaridades, profanidad y chismes. Dos cosas son esenciales para que uno elimine estas cosas de su vocabulario: (1) un corazón transformado por Dios, “porque de la abundancia del corazón habla la boca” (Lucas 6.45); (2) un esfuerzo constante en oración para vencer los malos hábitos.

3. Alcanza el compañerismo

Usted mismo tiene que vivir una vida pura para que sea digno de ser compañero de la gente pura y para que usted sepa escoger compañeros puros. Guárdese de compañeros de carácter dudoso. “Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres” (1 Corintios 15.33). A usted no le conviene asociarse con gente impía (Proverbios 13.20).

4. Alcanza las relaciones sociales

La Biblia condena la impureza social. Existen cosas en las cuales algunas personas no ven nada de malo, pero son las mismas cosas que les hacen caer en pecado. Si usted quiere mantenerse puro, no tenga nada que ver con estas cosas: amistades íntimas con personas del sexo opuesto, noviazgos en horas avanzadas de la noche o en lugares solitarios, novelas románticas, conversaciones impuras y chistes vulgares, cines, teatros, circos, y otros lugares de perversión y entretenimiento mundano. Estas cosas incitan las malas pasiones y arruinan la vida de miles de personas. El joven que nunca toma el primer trago jamás llegará a ser un borracho; asimismo, la persona que no se deja atrapar por la impureza nunca será una persona depravada y pervertida.

5. Alcanza la conciencia

La conciencia es el guarda que Dios ha puesto dentro de nosotros para recordarnos lo que es el bien y el mal. Mantenga usted siempre una conciencia pura y sensible. Enséñela a escuchar la palabra de Dios y nunca desatienda sus advertencias. Si su conciencia está dirigida por Dios y obedece a Dios, usted tiene una conciencia pura. (Lea Hechos 24.16; 1 Timoteo 1.5–6; Hebreos 9.14; 1 Pedro 3.16, 21.)

6. Alcanza la religión

Santiago 1.27 define la religión pura: “La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo.” Usted nunca

debe sentirse satisfecho con nada que no sea la religión pura de Jesucristo, sin adulteración y sin las manchas del mundo.

Cómo conservarse puro

1. Arrepiéntase de cualquier impureza en su vida

Si ha caído en la impureza no debe quedar allí. Dios nos ama, y nos perdona si nos arrepentimos. Si hemos caído en la impureza, él nos puede limpiar y nos puede dar una vida nueva (1 Corintios 6.11). Sólo tenemos que acudir a Dios en fe, arrepentirnos de nuestra impureza, confesar nuestros pecados y vivir una vida nueva por medio de la gracia de Dios (1 Juan 1.9).

Tal vez usted está viviendo con algunas secuelas de la impureza de su vida pasada. Dios quiere darle paz y descanso. Es cierto que todos tenemos que cosechar lo que sembramos, pero aun en eso Dios nos ayuda. Si usted está luchando con algunas secuelas de la impureza, busque primeramente a Dios y luego a algún cristiano maduro que pueda ayudarle a encontrar plena victoria.

2. Viva en la pureza

Practique la pureza en su vida personal diaria por medio de lo que usted piensa y dice, por medio de las relaciones sociales que tiene, por medio de la vida hogareña que lleva, por medio de su religión. Usted es la “Biblia” que leen sus vecinos. (Lea Mateo 5.14–16; 1 Timoteo 4.12; 1 Pedro 2.11–12.)

3. Lea literatura sana

La literatura que usted lee debe promover la pureza, la justicia y la santidad verdadera. El mundo promueve su literatura perversa. ¡Cuánto más los cristianos debemos promover la literatura que contribuye al crecimiento del carácter cristiano! (1 Timoteo 4.13).

4. No vaya a los lugares de ociosidad

En los lugares de ociosidad en la comunidad muchos jóvenes reciben sus primeras dosis del veneno de la impureza. La costumbre casi universal de ir al pueblo o a un lugar de ociosidad de la comunidad los viernes y sábados en la noche es una fuente de vicios y toda forma de impureza. Manténgase alejado de tales lugares (Salmo 1).

5. Mantenga la mente ocupada en cosas que edifican

El diablo obtiene sus cosechas más abundantes del cerebro ocioso y pecaminoso de las personas impuras. Pero si usted siempre mantiene la mente ocupada en cosas puras no sólo tendrá un antídoto fuerte contra

la impureza, sino también promoverá la pureza en la vida de otros que le rodean. A niños y jóvenes se les debe enseñar a leer la Biblia y cualquier otra literatura sana, a trabajar y a hacer otras cosas que aporten algo útil y noble a la mente y al carácter.

“Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad” (Filipenses 4.8).

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 54

La humildad

“Riquezas, honra y vida son la remuneración de la humildad y del temor de Jehová” (Proverbios 22.4).

La humildad es una característica del alma que nos prepara para tener fe. Muchas personas alaban la virtud de la humildad y la consideran una joya hermosa; pero ellas mismas no la quieren poseer, pues ella termina con su ego y su orgullo.

El orgullo y la humildad

La Biblia muchas veces contrasta el orgullo con la humildad. Notemos algunos de sus contrastes:

- “Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes” (Santiago 4.6).
- “Porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido” (Lucas 14.11).
- “La soberbia del hombre le abate; pero al humilde de espíritu sustenta la honra” (Proverbios 29.23).
- “Mejor es humillar el espíritu con los humildes que repartir despojos con los soberbios” (Proverbios 16.19).
- “Jehová asolará la casa de los soberbios” (Proverbios 15.25). “Pero los mansos heredarán la tierra; y se recrearán con abundancia de paz” (Salmo 37.11).
- “Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu” (Proverbios 16.18). “Cualquiera que se humille (...) ése es el mayor en el reino de los cielos” (Mateo 18.4).
- “Y tú (...) que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida” (Mateo 11.23). “Humillaos delante del Señor, y él os exaltará” (Santiago 4.10).

Otro contraste entre el orgullo (considerarse uno superior a los demás) y la humildad (reconocer uno que es indigno) se presenta en Lucas 18.9–14. El fariseo que se exaltó a sí mismo no logró favor de Dios,

mientras que el publicano quien confesó ser pecador alcanzó misericordia.

Dios siempre condena el orgullo, mas siempre aprueba la humildad.

Evidencias de la humildad

1. Ser como niño

Según nos dice Mateo 18.1, los discípulos querían saber quién era el mayor en el reino de los cielos. Jesús puso a un niño en medio de ellos, diciendo: “Así que, cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos” (Mateo 18.4). Jesús es nuestro ejemplo perfecto de uno que siempre andaba con el espíritu de humildad. Filipenses 2.6–7 dice esto acerca de Jesús: “El cual (...) no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo”. Jesús no buscó la grandeza, pero después de humillarse “Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre” (Filipenses 2.9). Los que, como Cristo, manifiestan un espíritu manso, sumiso y humilde pertenecen a Dios y serán exaltados a su debido tiempo. La sencillez semejante a la de un niño, la inocencia y no guardar rencor son evidencias de la verdadera humildad.

2. La mansedumbre

Efesios 4.2 dice que “con toda humildad y mansedumbre” debemos soportarnos con paciencia los unos a los otros en amor. Los humildes nunca caen desde muy alto porque no se exaltan a sí mismos. Pero los que se exaltan a sí mismos caen y sufren. Sería bueno notar aquí que hay una diferencia entre la humildad y la humillación: la humillación, por lo general, es nada más que el orgullo herido.

Los mansos no se ofenden fácilmente. “Ciertamente la soberbia concebirá contienda” (Proverbios 13.10). Cuando se hiere el orgullo del hombre, él muy pronto lo siente y el resultado es contención. Pero con los mansos es diferente. Como su Salvador, cuando los maldicen, ellos no responden con maldición; cuando son perseguidos, lo sufren todo con mansedumbre; cuando los injurian, lo soportan todo sin responder. Los mansos oran por sus enemigos, amontonando así “ascuas de fuego” sobre sus cabezas según Romanos 12.18–20. Eso sí es humildad.

3. La modestia

La modestia se manifiesta en el semblante, en las costumbres y en el vestir de la persona humilde. Uno que tiene un corazón humilde no tiene ojos altivos y no sigue la moda. Los humildes se conocen por su manera de ser; son modestos en cuanto a su apariencia y sus costumbres. Ellos no se jactan de ser más importantes que los demás y no lucen ropa de gala. Cuando el corazón está lleno de humildad el

“gran yo” no se ve. La modestia es fruto natural de la humildad y se manifiesta en toda área de la vida de la persona humilde.

Por qué ser humilde

1. Dios así lo ordena en su palabra

Dios manda que los santos se humillen “bajo la poderosa mano de Dios” (1 Pedro 5.6), que se vistan de humildad (Colosenses 3.12), que se revistan de humildad (1 Pedro 5.5) y que anden con toda humildad (Efesios 4.1-2).

2. Dios se satisface con la humildad y la bendice

(Lea Proverbios 16.19; Mateo 5.3, 5.) Dios da gracia a los que son humildes (Santiago 4.6). Los que poseen la humildad son los mayores en el reino de Dios. “Riquezas, honra y vida son la remuneración de la humildad” (Proverbios 22.4).

3. La humildad es la precursora de la exaltación verdadera

¿Ha notado usted que la Biblia con frecuencia habla de la exaltación junto con la humildad? Sin embargo, no debemos tratar de humillarnos con la esperanza de ser exaltados. Es importante saber que la senda del orgullo siempre lleva al desastre, mientras que la senda de la humildad siempre lleva a la exaltación. Pero no debemos preocuparnos de cuándo y cómo seremos exaltados. Dios se encargará de todo eso. Lo que nos toca a nosotros es seguir en la humildad, confiar en Dios, obedecer su palabra, mantenernos al pie de la cruz y recordar que las promesas de Dios a los humildes son seguras.

4. Dios escucha las oraciones de los humildes

“No se olvidó del clamor de los afligidos” (Salmo 9.12). Los ninivitas se vistieron de cilicio y ceniza ante Dios. Ezequías se humilló ante Dios y oró que fuera librado del poder de Senaquerib. El publicano rogó a Dios por misericordia. Todos estos acudieron a Dios en humildad, y él oyó sus oraciones. A nuestro Dios Todopoderoso le place contestar las oraciones de los mansos y humildes que vienen a él con súplicas y oraciones.

La humildad fingida

Como Pablo menciona en Colosenses 2.18 hay algo que parece ser la humildad, pero en verdad no lo es. Esta es la humildad fingida y la debemos evitar. Algunos, al darse cuenta de los méritos de la humildad, la codician por su excelencia o por la exaltación que buscan. Buscar la humildad por razones egoístas trae como resultado la humildad fingida.

Los que se sienten orgullosos por su humildad algún día se darán cuenta de que era una humildad *fingida* la que tenían.

Es la voluntad de Dios que seamos exaltados. Pero su camino a la exaltación es distinto que el camino que llevan los que quieren exaltarse a sí mismos. Su rumbo es distinto; su destino también lo es. La exaltación a la que aspira el hombre siempre exalta su propia voluntad carnal, mientras que Dios desea exaltar al hombre según su imagen y propósito. Para esto, la carne tiene que estar muerta de tal manera que no responda a los deseos carnales. Algunos piensan que los dones espirituales exaltan a la persona que los posee y por eso los buscan con empeño. Pero la verdad es que el que recibe dones espirituales auténticos tiene que humillarse más, crucificar más la carne y entregarse más a Dios. Dios no da dones espirituales para promover nuestras propias metas y aspiraciones. “Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo” (1 Pedro 5.6).

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 55

La esperanza del cristiano

“Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros” (1 Pedro 1.3–4).

Para el cristiano la esperanza en las cosas de Dios abarca más que lo mejor que esta vida pueda ofrecer. La esperanza más preciosa para él está en lo que le espera en la eternidad. El siervo de Dios espera con alegría el tiempo glorioso cuando, habiéndose despojado de su cuerpo mortal, tendrá parte en el reino eterno de Cristo. Así compartirá la alegría y la gloria del cielo para siempre.

Lo que es la esperanza

- Es segura y firme (Hebreos 6.19), el “ancla del alma”.
- Es “buena” (2 Tesalonicenses 2.16).
- Es “viva” (1 Pedro 1.3). Dios nos hizo renacer “para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo”.
- Es la “plena certeza” (Hebreos 6.11) del hijo de Dios. Nos da valor para proseguir en la fe y en el amor “hasta el fin”.
- Es fuente de “alegría” (Proverbios 10.28) en el alma del justo, y es segura y firme, pero “la esperanza de los impíos perecerá”.
- Es “la esperanza bienaventurada” (Tito 2.13) que llena y alegra nuestras almas mientras esperamos confiadamente “la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo”.
- La fe en Dios nos hace creer su palabra y sus promesas, y nos hace esperar que realmente se cumplan en nosotros. (Lea Salmos 33.18; 39.7; Hechos 26.6–7; Tito 1.2; 1 Pedro 1.21.) Cuando el salmista dice: “Señor (...) mi esperanza está en ti”, él da a conocer los sentimientos y experiencias de cada hijo de Dios.
- La fe en nuestro Señor Jesucristo inspira confianza en él como Autor de la salvación, la cabeza de la iglesia, las “primicias de los que

durmieron” y, por tanto, nuestra esperanza. (Lea 1 Corintios 15.19–20; 1 Timoteo 1.1.) Nuestra esperanza en Cristo va más allá de la tumba. Por eso tenemos una esperanza muy preciosa.

· Por medio del poder del Espíritu Santo (Romanos 15.13) podemos tener la esperanza de alcanzar la justicia basada en la fe (Gálatas 5.5). La esperanza del cristiano, por tanto, abraza una fe firme en la trinidad: El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

La esperanza del incrédulo termina con esta vida; la del cristiano va más allá y abarca las cosas eternas. En realidad, este mundo no es más que un paso hacia la eternidad. “Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos, primicias de los que durmieron es hecho” (1 Corintios 15.20). Nuestras almas se conmueven con la esperanza bendita, y decimos con Pablo: “Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos” (2 Corintios 5.1).

Cómo se obtiene la esperanza

1. La gracia de Dios provee lo que esperamos

La esperanza del cristiano se basa en la gracia de Dios; nosotros no la merecemos. Pablo así lo escribe: “Y el mismo Jesucristo Señor nuestro, y Dios nuestro Padre, el cual nos amó y nos dio consolación eterna y buena esperanza por gracia” (2 Tesalonicenses 2.16). Si no fuera por la gracia de Dios sólo nos esperaría una muerte oscura y triste porque “todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3.23). Pero por medio de la gracia abundante de Dios él proveyó todo lo necesario para nuestra redención eterna. El futuro está repleto de esperanza para todos los que han aceptado las condiciones de la redención.

2. La palabra de Dios nos muestra qué debemos esperar

El salmista dice en el Salmo 119.81: “Mas espero en tu palabra”. Al estudiar la Biblia y al considerar lo que Dios ha hecho en nuestra propia vida por medio de su palabra, cobramos confianza en que las promesas de Dios en su palabra son seguras y firmes. “Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza” (Romanos 15.4).

Lo que hace la esperanza

1. Ayuda a vencer las dificultades

La esperanza es más que un mero sentimiento. La misma es una ayuda verdadera y una práctica en la vida cristiana. En Romanos 4 Pablo

relata la prueba que enfrentó Abraham en el asunto de ofrecer a su hijo Isaac. Pablo dice que Abraham “creyó en esperanza contra esperanza” (Romanos 4.18). En Hebreos 11.17–19 el escritor nos dice que Abraham tenía tal confianza en Dios que tuvo fe en el poder de Dios de levantar a Isaac de entre los muertos. Su fe y esperanza no menguaron cuando la situación parecía ser imposible.

¿Qué fue lo que animó a Pablo a seguir ante las circunstancias difíciles? La esperanza. ¿Por qué él pudo dirigirse hacia la misma muerte con confianza y gozo? Porque tenía esperanza. En medio de las pruebas él pudo decir: “Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Romanos 8.18). Cuando Pablo estuvo a punto de morir exclamó: “Por lo demás, me está guardada la corona” (2 Timoteo 4.8).

¿Qué inspira al agricultor a soportar las dificultades de la siembra? ¡La esperanza de una buena cosecha! ¿Qué impulsa al soldado de la cruz a sufrir penalidades y pelear la buena batalla de la fe? ¡La esperanza de un galardón! La esperanza nos impulsa a seguir firmes, fieles y animados a perseverar hasta el fin.

La esperanza ayuda mucho al hijo de Dios mientras se encara con las tempestades de la vida. Con razón el escritor del libro de Hebreos la llamó el “ancla del alma” (Hebreos 6.19).

2. Nos impulsa a evangelizar

“Así que, teniendo tal esperanza, usamos de mucha franqueza” (2 Corintios 3.12). “No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación” (Romanos 1.16). Una esperanza fuerte en Dios anima el corazón, libera la lengua para que hablemos con confianza las maravillas de Dios y nos ayuda a rendir fiel servicio a nuestro Padre celestial.

3. Promulga la unidad entre los fieles

El que viaja a cierto lugar disfruta el compañerismo de los demás viajeros que van con él al mismo lugar. De la misma manera, los viajeros que van a la Nueva Jerusalén disfrutan compañerismo y unidad con los demás que se dirijan al mismo lugar porque los anima una misma esperanza. “Un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación” (Efesios 4.4).

4. Trae gozo y alegría

¿Cuál fue el testimonio del apóstol Pablo? “Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Romanos 8.18). Cristo dijo a sus discípulos: “Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es

grande en los cielos” (Mateo 5.12). Sólo esta esperanza viva puede darnos el verdadero gozo y alegría. “Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!” (Filipenses 4.4).

5. Produce paciencia

“Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos” (Romanos 8.25). ¿Se ha fijado usted que cuando la gente se pone impaciente mengua la esperanza? La esperanza y la paciencia son inseparables. Mientras más esperanza tengamos, más pacientes somos.

6. Nos estimula a llevar una vida pura y noble

La esperanza del cristiano se basa en la pureza, la hermosura, la esplendidez y la gloria de la vida venidera. Por tanto, la misma nos ayuda a seguir las cosas nobles y puras: “Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Juan 3.3). Pedro, después de relatar las cosas que ciertamente acontecerán en el futuro, dice: “Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprochables, en paz” (2 Pedro 3.14).

La esperanza que tenemos nos ayuda a mantener nuestra mirada puesta en el cielo. Estamos a la expectativa de que algún día nuestra esperanza llegue a ser una gloriosa realidad.

“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1 Tesalonicenses 5.23).

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

La doctrina del futuro

Hay tres grandes divisiones del tiempo: el pasado, el presente y el futuro.

El pasado ya pasó. El presente es nuestro tiempo de oportunidad. El futuro se esconde de nuestra vista detrás de un velo, a menos que Dios considere conveniente quitarlo y darnos una visión del futuro. Estos capítulos tratan sobre algunas cosas del futuro que Dios nos ha revelado.

Al estudiar la doctrina del futuro en la Biblia, recordemos que Dios no nos reveló todas las cosas en su palabra; él nos reveló algunas cosas en parte y nos mostró otras claramente. Por tanto, obtenemos un mayor provecho de nuestro estudio cuando reconocemos que no sabemos mucho y que, como discípulos humildes y estudiantes diligentes, recibimos por fe lo que Dios quiere revelarnos. Cuanto más escudriñamos su palabra, tanto más aprendemos.

Al nosotros ver las riquezas insondables y la gloria venidera que Dios nos ha revelado debemos conmovernos a adorarlo por su grandeza y amor. Aunque nosotros somos indignos y viles, él nos preparó un futuro glorioso si le servimos de corazón.

La segunda venida de Cristo

“¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!” (Mateo 25.6).

Un día los discípulos del Señor se encontraban en el Monte de los Olivos. Jesús acababa de ascender a la gloria, y los discípulos estaban allí “con los ojos puestos en el cielo” (Hechos 1.10). Luego oyeron una voz. A su lado estaban dos hombres con vestiduras blancas, diciéndoles: “Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo” (Hechos 1.11).

Entonces ellos recordaron que Jesús les había mandado a quedarse en Jerusalén hasta que recibieran poder de lo alto. Los discípulos se dirigieron inmediatamente a la ciudad. Allí continuaron en oración y acción de gracias hasta que todos fueron llenos del Espíritu Santo. Desde aquel día todos los cristianos verdaderos han estado esperando la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo.

La promesa de su venida

1. Cristo nos ha prometido que él vendrá otra vez

“Si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo” (Juan 14.3). Él se refirió muchas veces a la realidad de su segunda venida en las instrucciones dadas a sus discípulos (Mateo 25; Lucas 19.12–27).

2. Los dos hombres con vestiduras blancas dijeron que él volvería

Lea Hechos 1.9–11. Sin duda ellos eran mensajeros celestiales que Dios envió en aquella ocasión para darles a los discípulos este mensaje tan alentador.

3. Los apóstoles anunciaron su venida

Pablo (1 Tesalonicenses 4.14–18), Pedro (2 Pedro 3), Juan (1 Juan 3.2) y también muchos otros esperaban con toda confianza la segunda venida de Cristo. Uno de los temas más sobresalientes en todas las epístolas es la segunda venida de Cristo.

Las señales antes de su venida

No sabemos cuándo vendrá nuestro Señor. Él mismo nos dice en su palabra que sólo el Padre lo sabe. Muchos hombres han fijado fechas con relación a su venida. Pero al pasar estas fechas sin que Cristo venga estos hombres han sido hallados falsos profetas. Sin embargo, la Biblia no deja de dar instrucciones con relación a las señales antes de

su venida. Nosotros notamos por medio de las señales que se ven en el mundo de hoy que la venida del Señor no tardará mucho (Mateo 24; Marcos 13; Lucas 21; 1 Timoteo 4.1-3; 2 Timoteo 3.1-5). Notemos algunas de estas señales:

1. La gente estará muy absorta en las cosas de este mundo

“Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre” (Mateo 24.37-39). La gente estará tan absorta en las cosas del mundo que no se dará cuenta ni del profeta ni de la profecía, sino que se lanzará en su carrera loca por riquezas, fama, placer y poder cuando de repente la voz de Dios se oirá y toda oportunidad de arrepentirse y reconciliarse con él se habrá terminado. “El Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis” (Mateo 24.44).

2. El evangelio será predicado en todo el mundo

“Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin” (Mateo 24.14).

3. Habrá grandes acontecimientos

Cristo habla de hambres, pestes, guerras y otras cosas más que acontecerán antes de su venida (Mateo 24). Ya estas cosas están aconteciendo en todo el mundo. ¡La venida del Señor está cerca!

4. Muchos apostatarán de la fe

“No vendrá [el Señor] sin que antes venga la apostasía” (2 Tesalonicenses 2.3). ¿Acaso hay alguien que dude que ese día haya llegado? Hoy se predica y se practica en las iglesias acerca de las mismas cosas que antes rechazaban todos los cristianos verdaderos. Muchas iglesias son llevadas por esta ola de incredulidad y el ateísmo aumenta. Sabemos que estamos acercándonos a las condiciones de las cuales nos advirtió Jesús: “Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?” (Lucas 18.8).

¿Qué diremos acerca de todas estas cosas? Vemos ya muchas de las señales de la venida del Señor, pero no sabemos el tiempo exacto de su venida. Por eso debemos estar seguros que estamos listos esperando al Señor. Debemos trabajar con diligencia para lograr que otros también estén listos para su venida. Pidámosle a Dios que nos dé sabiduría para que no caigamos en los lazos del diablo.

La manera en que vendrá

No sabemos todos los detalles sobre la segunda venida de Cristo, pero la Biblia nos dice lo suficiente de manera que podemos sacar provecho al meditar en ello.

1. “Viene con las nubes, y todo ojo le verá” (Apocalipsis 1.7)

Jesús dice que vendrá “sobre las nubes del cielo” (Mateo 24.30). Los dos hombres con vestiduras blancas (Hechos 1.9–11) dieron a entender lo mismo.

2. Vendrá acompañado de sus santos y los ángeles

Cristo mismo dice que vendrá en su gloria “y todos los santos ángeles con él” (Mateo 25.31). En cuanto a los santos, Pablo dice: “También traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero” (1 Tesalonicenses 4.14–16). La conclusión lógica es que en la segunda venida de Cristo, él traerá consigo a los espíritus de los santos que habían muerto. Cristo levantará de la tumba a sus cuerpos y por medio de su poder ellos vivirán eternamente en cuerpos espirituales (1 Corintios 15.44). Los justos que vivamos cuando él venga “seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (1 Tesalonicenses 4.17).

3. Vendrá “con poder y gran gloria” (Mateo 24.30)

En su primera venida Cristo vino como niño. Él dependió del cuidado de sus padres terrenales. Pero en su segunda venida él vendrá como Rey de reyes y Señor de señores, vestido de poder y majestad, y como Juez de todo el mundo.

El propósito de su venida

1. Vendrá para llevarse a los suyos

La noche en que Cristo fue traicionado, él consoló a sus discípulos diciéndoles: “Voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14.2–3). Pablo nos da una descripción algo detallada de qué acontecerá cuando el Señor venga (1 Tesalonicenses 4.14–17). La última frase de este pasaje, “y así estaremos siempre con el Señor”, destaca el hecho de que cuando Cristo venga será para buscar a los suyos. En ese tiempo los justos serán recompensados por su fiel servicio al maestro.

2. Vendrá para juzgar al mundo

Pablo dice que cuando Cristo se manifieste desde el cielo será “en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo” (2 Tesalonicenses 1.7–10). Las escrituras enseñan claramente que habrá un juicio. Esto se hace de una forma tan clara como mismo se enseña la certeza de la venida de Cristo (Mateo 25.31–46; Romanos 14.10; 2 Corintios 5.10).

3. Vendrá para reinar

Sabemos que Jesús tiene autoridad como rey ahora y que reina en el tiempo presente en los corazones de aquellos que se rinden a él. Cuando Pilato le preguntó a Jesús: “¿Luego, eres tú rey?” (Juan 18.37), Jesús le respondió: “Tú dices”, que quiere decir: “Sí, lo soy”. Jesús también dijo esto en cuanto al reino de Dios: “El reino de Dios está entre vosotros” (Lucas 17.21).

Pero existe otra fase del reino de Cristo que todavía está en el futuro. En las parábolas de los talentos (Mateo 25.14–30) y de las minas (Lucas 19.12–27) Cristo se representa a sí mismo como un hombre noble que viaja a un país lejano para recibir un reino. Estas mismas parábolas aclaran que el reinado literal de Cristo, en el cual él personalmente toma el mando de su pueblo, será algo que pertenece al futuro. Juan escuchó acerca de esta futura fase del reino de Cristo cuando el ángel del Señor le trajo el mensaje inspirador que el pueblo de Dios reinará “por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 22.5).

La falta de entendimiento

1. La falta de entendimiento del hombre no cambia la verdad de la Biblia

Dios no nos ha especificado todos los detalles de cómo será la venida de Cristo. Por eso existe una variedad de opinión en cuanto a los mismos. Pero la verdad de la Biblia sigue siendo la misma. La palabra de Dios es la misma, eternamente veraz, no importa cuáles sean las opiniones del hombre acerca de ella.

2. Nuestra falta de entendimiento debe impulsarnos a un estudio más constante y profundo de la palabra de Dios

Resulta que no es una desventaja, sino una ventaja, que no siempre podemos entender plenamente todo lo que está escrito en la Biblia. La palabra de Dios es tan profunda que el hombre finito puede estudiarla toda la vida y hallarla cada vez más rica y de mayor inspiración mientras más la lea. Algunos de nosotros podemos pensar que hemos profundizado bastante nuestro entendimiento de la palabra de Dios. Sin embargo, nunca llegaremos al fin pues siempre nos quedan verdades

por descubrir. Cada vez que leemos una porción de las escrituras que es difícil de comprender nosotros debemos orar con más fervor para que Dios nos dé sabiduría y también debemos animarnos para estudiar con más diligencia. La palabra de Dios nos será más clara y más dulce a medida que la estudiemos más. Debemos estudiar la Biblia entera.

3. Es más importante estar preparados para la venida de Cristo que saber todos los detalles de su venida

La instrucción principal de nuestro Salvador con relación a las señales de su venida fue: “Estad preparados” (Lucas 12.40). Una persona puede dedicarse a estudiar durante toda su vida acerca de todos los detalles de la venida de Cristo. Sin embargo, cuando al fin Cristo se aparezca en las nubes tal persona puede encontrarse como las vírgenes insensatas, sin haber sacado ningún provecho de todos sus estudios.

¡Preparémonos a tiempo! Examinémonos a la luz de la palabra de Dios a fin de que estemos preparados para este gran evento. Luego, dediquemos nuestras vidas a traer el mensaje de salvación a los que no conocen al Señor. Así ellos también estarán preparados para la venida de Cristo.

El efecto que la esperanza de su venida tiene en el creyente

1. “Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo” (1 Juan 3.3)

Para el cristiano, la esperanza de la venida de Cristo es más que un tema de la teología; es un elemento práctico en su vida. Uno que espera la venida de Cristo vive con una actitud de sobriedad. Y cuanto más tal persona espere la venida de Cristo, tanto más fuerte será su deseo de estar preparado para recibirle cuando él venga. “Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprochables, en paz” (2 Pedro 3.14).

2. “Mirad, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo” (Marcos 13.33)

“Pero sabed esto, que si supiese el padre de familia a qué hora el ladrón había de venir, velaría ciertamente, y no dejaría minar su casa” (Lucas 12.39). La esperanza nos hace velar pues nos impulsa a querer “ser hallados por él sin mancha e irreprochables, en paz” (2 Pedro 3.14). (Lea también Lucas 21.34–36; Santiago 5.8.)

3. “Me es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura” (Juan 9.4)

La razón: “La noche viene, cuando nadie puede trabajar”. Ya que estamos ahora mismo al borde de la eternidad, listos para partir en

cualquier momento, usemos bien nuestra oportunidad para servir a Dios mientras dure el día.

4. “Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras” (1 Tesalonicenses 4.18)

¿Por qué? Porque se aproxima la manifestación gloriosa de nuestro Señor Jesucristo. (Lea Hebreos 10.25; 1 Tesalonicenses 4.14–18; Tito 2.11–14; 2 Timoteo 4.6–8.) Ya que anhelamos este glorioso evento debemos seguir teniendo esperanza, gozo y fidelidad. Debemos seguir alabando y glorificando a Dios por las riquezas que nos esperan en el cielo.

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 57

La resurrección

“Vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” (Juan 5.28–29).

La doctrina declarada

La Biblia enseña claramente que después de esta época todo ser humano se levantará de los muertos (Juan 5.28–29; 11.24; 1 Corintios 15; Apocalipsis 20.13). Entonces el alma se reunirá con un cuerpo nuevo y aparecerá ante el Señor.

El Antiguo Testamento enseña la resurrección

Aunque esta doctrina se ve con más claridad en el Nuevo Testamento, vemos que el pueblo de Dios en los tiempos del Antiguo Testamento creía en la resurrección. Nombremos algunos de los profetas del Antiguo Testamento que hablaron en cuanto a la resurrección:

Job: “Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios” (Job 19.25–26).

Isaías: “Tus muertos vivirán; sus cadáveres resucitarán. ¡Despertad y cantad, moradores del polvo! porque tu rocío es cual rocío de hortalizas, y la tierra dará sus muertos” (Isaías 26.19).

Daniel: “Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua” (Daniel 12.2).

Oseas: “De la mano del Seol los redimiré, los libraré de la muerte. Oh muerte, yo seré tu muerte; y seré tu destrucción, oh Seol” (Oseas 13.14).

El lector que conoce las enseñanzas del Nuevo Testamento sobre este tema quedará impresionado al darse cuenta de la maravillosa unidad existente entre los escritores del Antiguo y el Nuevo Testamentos. La doctrina de la resurrección no se limita a las enseñanzas de una época, sino que es una de las verdades eternas reconocidas por el pueblo de Dios en todo tiempo.

Entre los judíos, los de la secta de los saduceos son los únicos de quienes se declara que no creían en la resurrección (Mateo 22.23; Marcos 12.18). Las palabras de Marta en Juan 11.24 expresan la opinión popular de los judíos cuando ella dijo que esperaba la resurrección de su hermano “en la resurrección, en el día postrero”. Cuando Pablo declaró su creencia en la resurrección de los muertos (Hechos 23.6) él ganó el apoyo de los fariseos en este punto porque declaró la doctrina judía, así como la cristiana.

El Nuevo Testamento enseña la resurrección

Cristo no sólo enseñó esta doctrina, sino que al resucitar corporalmente de la tumba él llegó a ser “primicias de los que durmieron” (1 Corintios 15.20). La resurrección fue una de las doctrinas prominentes en las enseñanzas de los apóstoles (Hechos 1.22; 2.31; 17.18; 24.15; 1 Corintios 15; Filipenses 3.10; Hebreos 11.35; 1 Pedro 1.3). Los judíos se resentieron, no porque los apóstoles enseñasen la resurrección de entre los muertos, sino por el hecho de que “anunciasen *en Jesús* la resurrección de entre los muertos” (Hechos 4.2). Pablo predicó la doctrina de la resurrección con claridad y poder ante los epicúreos y los estoicos (dos escuelas de filósofos griegos) en el Areópago en Atenas (Hechos 17.16–34). La resurrección fue siempre un tema principal de la predicación de los apóstoles.

Pruebas de la resurrección

La prueba de la resurrección más maravillosa es Jesús mismo. Él “se presentó vivo con muchas pruebas indubitables” (Hechos 1.3). Después de haber resucitado se mostró a muchos creyentes (1 Corintios 15.5–8). Y Jesús dijo: “porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Juan 14.19). Lázaro también, habiendo sido visto por muchos judíos después que se levantó de entre los muertos (Juan 12.2, 10–11), queda como una prueba indubitable del poder de Dios para resucitar a los muertos. Otra prueba de la resurrección de los santos es la aparición de muchos que salieron de sus tumbas cuando Jesús murió (Mateo 27.50–54).

La resurrección es el resultado del poder maravilloso de Dios. Puesto que Jesús ganó la victoria sobre el pecado y la muerte, será fácil para él, a su debido tiempo, levantarnos de la tumba. A él no le será más difícil llevar a cabo este milagro de lo que le fue crear al hombre en el principio. La doctrina de la resurrección no es más difícil de creer que la doctrina de la creación. Cuando brota la vida de una semilla seca es una ilustración del poder de Dios para resucitar a los muertos. Pablo usó esta ilustración en 1 Corintios 15.35–44 al hablar acerca de este tema.

El alma de todo creyente verdadero es resucitada en la vida presente. Pero no así con el cuerpo, porque eso se efectuará sólo cuando nuestro Redentor destruya por completo la muerte y liberte a los cautivos de la

tumba. La Biblia dice que “el postrer enemigo que será destruido es la muerte” (1 Corintios 15.26). Esto enseña con claridad la resurrección del género humano. Y “entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (1 Corintios 15.54–55).

Algunas opiniones erróneas

Como todas las otras grandes doctrinas bíblicas, la doctrina de la resurrección corporal ha sido escarnecida, despreciada y contradicha en muchas maneras por los incrédulos. No obstante, sobre esta doctrina descansa el credo entero del evangelio de Cristo. Al uno dejar de creer en la resurrección, deja de creer también en la verdad de todo el evangelio, en su fundamento y en todo lo que al mismo se refiera. El que enseña que no hay tal cosa como la resurrección corporal quiere decir que la Biblia es sólo un sistema piadoso de engaño. No es de sorprenderse, por tanto, que los enemigos de Cristo ataquen con mucho empeño esta doctrina. Algunos niegan la resurrección. Otros la tuercen como algo que no tiene importancia, de manera que pudiera ser rechazada totalmente. Notemos algunos de estos errores:

Opinión errónea: “No hay resurrección” (Mateo 22.23)

La Biblia dice: Esa fue la opinión de los saduceos. Pero Cristo rápido los calló (Lucas 20.27–38). Pablo también prueba que si se abandona esta doctrina entonces todas las demás doctrinas cristianas son vanas (1 Corintios 15.12–20).

Opinión errónea: “La resurrección ya se efectuó” (2 Timoteo 2.18)

La Biblia dice: Pablo declaró que esta herejía carcomía en las partes vitales de la fe en Cristo como la gangrena lo hace en las partes vitales del cuerpo humano. Constituye un argumento engañoso que tiene una apariencia de piedad decir que la resurrección no es nada más que resucitar del pecado cuando uno se convierte. Pablo denunció esta herejía. La misma se contradice con lo que aparece en Juan 5.28–29; 1 Corintios 15.51–52; 1 Tesalonicenses 4.16 y muchas escrituras más que se refieren directamente a la resurrección corporal.

Opinión errónea: El mero cuerpo de Cristo no fue resucitado

La Biblia dice: Si realmente el cuerpo de Cristo no fue resucitado, ¿por qué Pedro y Juan no hallaron su cuerpo cuando entraron en el sepulcro? (Juan 20.6–8). ¿Por qué pidió Cristo que prestaran atención especial a su cuerpo herido? (Juan 20.26–28). En la actualidad las personas que niegan la resurrección corporal de Jesús no están dudosas al estilo de Tomás, sino que resisten la verdad al estilo de los que se mencionan en Mateo 28.11–15.

Opinión errónea: No habrá resurrección corporal, sino que en su lugar se nos darán cuerpos glorificados.

La Biblia dice: Es cierto que los santos resucitados recibirán cuerpos glorificados (1 Corintios 15.42–54; 1 Juan 3.2). Sin embargo, este hecho en ninguna manera anula la verdad de que este cuerpo natural será transformado en un cuerpo glorificado. No podemos explicar cómo será todo esto porque será algo milagroso que nuestras mentes limitadas desconocen por ahora. Los que niegan la transformación de una clase de cuerpo en otra niegan por completo la resurrección corporal. Dos cosas sí serán ciertas acerca de la resurrección: (1) habrá una resurrección literal del cuerpo; (2) habrá una transformación por medio de la cual este cuerpo mortal se transformará en un cuerpo espiritual, semejante al cuerpo resucitado de Cristo (1 Corintios 15.42–47).

Resumen de la doctrina de la resurrección

1. Jesucristo resucitó corporalmente de la tumba

Este hecho fue demostrado a los discípulos “con muchas pruebas indubitables” (Hechos 1.3). Por causa de estas pruebas ellos dejaron de tener una actitud de duda e indiferencia y llegaron a creer y predicar la resurrección con sinceridad.

2. Hay una resurrección espiritual para todo creyente verdadero

Hay una resurrección a vida nueva para todos los que son “sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo” (Romanos 6.3–6; 1 Corintios 12.13; Colosenses 3.11–13). Toda alma perdida está muerta en “delitos y pecados” (Efesios 2.1). Estas almas muertas son vivificadas cuando oyen “la voz del Hijo de Dios” (Juan 5.25). Todos los que vienen a la vida nueva han “resucitado con Cristo” (Colosenses 3.1). Si no nos levantamos a la vida nueva en Cristo, cuando la trompeta de Dios suene y haya una resurrección de la tumba, nosotros iremos a la “resurrección de condenación” en lugar de ir a la “resurrección de vida” (Juan 5.29).

3. Habrá una resurrección corporal de justos e injustos

No cabe duda de que todos resucitarán (Juan 5.28–29; Apocalipsis 20.13). Toda persona resucitará y recibirá “según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (2 Corintios 5.10). Todas las personas de toda región y época resucitarán, sin importar cómo murieron o qué hicieron mientras estaban en el cuerpo. Todos resucitarán, ya sea a la “resurrección de vida” o a la “resurrección de condenación”. Todos resucitarán, ya sea que resuciten justos e injustos al mismo tiempo, como algunos creen, o que los justos resuciten primero y los injustos mil años más tarde como otros creen. La resurrección del cuerpo será un evento en la experiencia de toda

persona, excepto la gente que esté viva cuando aparezca el Señor. El apóstol Pablo dice esto en cuanto a los creyentes que vivan cuando venga el Señor: “Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (1 Tesalonicenses 4.17).

Lo que significará la resurrección

1. La resurrección de vida

Para los justos la resurrección será una resurrección de vida: “Los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida” (Juan 5.29). Todos los que escribieron sobre este tema en la Biblia enseñaron que será un evento glorioso. Pablo, al hablar de la resurrección, dice: “He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria” (1 Corintios 15.51–54). Al referirse a los creyentes que aún vivan cuando venga nuestro Señor, Pablo dice así: “Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (1 Tesalonicenses 4.16–17). Seremos glorificados junto con Cristo (Colosenses 3.4) cuando él nos levante con el poder y la gloria del Altísimo. Los santos de Dios recibiremos cuerpos incorruptibles, gloriosos, poderosos, espirituales (1 Corintios 15.42–44), y seremos “como los ángeles de Dios en el cielo” (Mateo 22.30). Ascenderemos con gran gozo para encontrarnos con el Señor y estar con él para siempre. ¡Qué glorioso! Que Dios apresure su venida, y que ni pena ni sacrificio nos haga vacilar en la obra importante de advertir a cuantas personas sea posible para que participen en ese evento maravilloso.

2. La resurrección de condenación

La idea más triste que jamás puede pasar por la mente de los hijos de Dios es la idea de que no todos tendrán parte en la resurrección de vida. Daniel nos dice que cuando los malos despierten será “para vergüenza y confusión perpetua” (Daniel 12.2). Que ningún incrédulo vuelva la espalda a esta escena horrible y que despierte antes de que sea demasiado tarde, y escuche con atención la voz celestial (Juan 5.25). Arrepiéntase y resuelva en su corazón pasar el resto de sus días

en la obra de rescatar almas perdidas de esa senda horrible que lleva a la destrucción y señalarles la luz gloriosa del evangelio de Cristo.

3. La naturaleza de la resurrección

Pablo la describe con exactitud en 1 Corintios 15.35–58 de cuyo pasaje citamos sólo algunas partes:

Pero dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué cuerpo vendrán? (...) Hay cuerpos celestiales, y cuerpos terrenales; pero una es la gloria de los celestiales, y otra la de los terrenales. (...) Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. (...) Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial.

Como cuando se siembra maíz y por el poder de Dios brota una nueva planta, así también se entierra el cuerpo muerto, que luego se vuelve polvo, y en la resurrección un nuevo cuerpo se levantará al sonido de la trompeta de Dios. No sabemos exactamente cuándo ni cómo sucederá todo esto. Pero lo que sí sabemos es que de este cuerpo de barro corruptible saldrá un cuerpo glorioso e incorruptible como el de nuestro Cristo resucitado. ¡Aleluya! Nosotros “seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Juan 3.2).

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 58

El juicio

“Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio” (Hebreos 9.27).

Una doctrina del Antiguo Testamento

David habla del tiempo cuando el Señor “viene a juzgar la tierra” (1 Crónicas 16.33) y dice que él “ha dispuesto su trono para juicio” (Salmo 9.7). También dice que él “vino a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con su verdad” (Salmo 96.13). Salomón dice: “Al justo y al impío juzgará Dios” (Eclesiastés 3.17). Y para advertir a los jóvenes de los placeres pecaminosos, él dice: “Pero sabe, que sobre todas estas cosas te juzgará Dios” (Eclesiastés 11.9). De estas citas bíblicas concluimos que los escritores del Antiguo Testamento entendieron que hay una recompensa para los justos y un castigo para los impíos. Ellos sabían también que viene el día en que “los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados” (Daniel 12.2) y en que los malos recibirán el castigo que merecen.

Una doctrina del Nuevo Testamento

Cristo dice: “De toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta *en el día del juicio*” (Mateo 12.36). Hablando del Espíritu Santo, él dice: “Convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio” (Juan 16.8). En cuanto al significado del juicio de Dios para los impíos, él dice: “E irán éstos al castigo eterno”, y añade: “y los justos a la vida eterna” (Mateo 25.46).

Pablo proclamó esta doctrina en una manera clara y precisa. Félix se espantó cuando Pablo predicó “de la justicia, del dominio propio y del juicio venidero” (Hechos 24.25). Pablo también les escribió a los romanos: “Todos compareceremos ante el tribunal de Cristo” (Romanos 14.10). (Lea también 2 Corintios 5.10.)

Hebreos 10.27 dice que a los que pecan voluntariamente les espera “una horrenda expectación de juicio”. Este juicio no es solamente un golpe en la conciencia, como algunos lo interpretan, pues él les cuenta a la misma gente que “está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio” (Hebreos 9.27).

Pedro también testifica del juicio de Dios sobre el mundo pecaminoso, diciendo: “Los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio” (2 Pedro 3.7). Judas habla del “juicio del gran día” (Judas 6). Y Juan, en su visión en la isla llamada Patmos, vio “a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras” (Apocalipsis 20.12).

Podemos resumir esta doctrina citando 2 Corintios 5.10: “Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo”.

Es justo que Dios nos juzgue

Casi todo el mundo cree en alguna forma de juicio. Aun el ateo cree que a los criminales se les debe aplicar la justicia y se regocija cuando un criminal despiadado recibe su merecido.

En esta vida no siempre se recibe el castigo o el pago según los pecados o las virtudes de uno. Muchas veces los malos tienen buena salud, riqueza, placer, honor y todo lo demás, mientras que algunos que temen a Dios están afligidos, sufren dolor y enfermedad, y mueren en pobreza y necesidad. En la historia del hombre rico y Lázaro los dos no recibieron el pago por sus hechos en esta vida, pero después sí lo recibieron.

Los azotes y las aflicciones que nosotros los creyentes padecemos en este mundo no son siempre un castigo por el pecado, sino un toque del amor de Dios por nuestro propio bien o el de otros (Hebreos 12.1–13). Por ejemplo, los sufrimientos de Job no le fueron un castigo. Hay una gran diferencia entre la disciplina y la retribución. La primera sirve para *corregir*, mientras que la segunda es para *castigar*.

El juicio futuro confirma la justicia de Dios. La palabra de Dios y la justicia misma sostienen la doctrina de la retribución y la recompensa futura.

El juez

1. “El Padre (...) todo el juicio dio al Hijo” (Juan 5.22)

Jesucristo fue “despreciado y desechado entre los hombres” (Isaías 53.3). Fue clavado en la cruz y murió en deshonra y afrenta. Mas él resucitó triunfante sobre todo adversario, ascendió con majestad a la gloria y está a la diestra del Padre como abogado e intercesor de todos

los que confían en él. Cuando se cumpla el tiempo él volverá para juzgar “a los vivos y a los muertos” (2 Timoteo 4.1).

2. Nuestro Juez es competente y digno en todo aspecto

Cristo es infinito en sabiduría, conocimiento y juicio. Él nunca cambia (Hebreos 13.8) y por eso es completamente digno de toda confianza. Él nos ha demostrado su amistad en que murió por nosotros. Por eso no tenemos que temer que él sea un Juez sin compasión. Él es perfecto en justicia, por eso de él no esperamos otra cosa que no sea pura justicia. Él es imparcial y por eso no hace acepción de personas. Este es el carácter del gran Juez delante de quien todos nosotros estaremos en pie. Si en esta vida somos prudentes y nos juzgamos a nosotros mismos de acuerdo con su palabra de verdad entonces podemos tener la seguridad de que en aquel gran día nuestro juicio será una alegría y no la sentencia de la muerte eterna por nuestros pecados (Mateo 25.34). Estamos muy agradecidos de que el asunto de decidir el destino eterno de cada humano está reservado para Aquel cuyo conocimiento es infinito y cuyo juicio es perfecto.

El juicio

1. Será según la ley y la evidencia

Cristo deja bien claro en su palabra que él no es un autócrata arbitrario que condena a quienquiera, sino que su misión en el mundo fue salvar a los hombres, no condenarlos (Juan 3.17; 12.47). Cuando él venga la segunda vez vendrá con el mismo corazón de amor porque es el mismo Amigo de la humanidad. Él juzgará según la palabra (Juan 12.48) y conforme a nuestros hechos (2 Corintios 5.10). Como un hombre en una corte justa es traído delante del tribunal para ser justificado o sentenciado según la ley y la evidencia, así también nuestra posición delante del gran Juez depende de cómo se compara nuestra vida con la palabra eterna de Dios. La ley está establecida para siempre (Salmo 119.89). El único punto que tendrá que decidirse es si somos inocentes o culpables ante la ley. Si hemos aceptado la gracia de Dios en Jesucristo, quedaremos justificados; si no hemos hecho esto, seremos condenados. Nosotros escogemos nuestro destino eterno. Por más misericordioso que sea un juez, la justicia demanda que todos los que ante él comparezcan para ser juzgados deberán ser declarados inocentes o culpables dependiendo de la ley y la evidencia.

2. Será para los ángeles caídos

“Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno los entregó (...) para ser reservados al juicio” (2 Pedro 2.4). Judas también testifica que “a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día” (Judas

6). En el fin los ángeles caídos tendrán el mismo destino que los hombres caídos. Ambos serán enviados “al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mateo 25.41).

3. Será para “todas las naciones” (Mateo 25.32)

Dios es “el Juez de todos” (Hebreos 12.23). Él no pasará por alto los pecados de ninguno ni tampoco favorecerá a ninguna nación o persona, porque “Dios no hace acepción de personas” (Hechos 10.34).

4. Será para “grandes y pequeños” (Apocalipsis 20.12)

Juan estaba en la isla llamada Patmos cuando vio una visión que le demostró claramente que el juicio será para *todos*, sean grandes o sean pequeños. En esa visión él vio que grandes y pequeños estaban de pie ante el trono de Dios. Los libros fueron abiertos y todas las personas fueron juzgadas. El conquistador, el rey, el siervo más humilde, el político, el estudiante, el analfabeto, el mendigo, el millonario, los viejos, los jóvenes... todos serán juzgados por la misma ley; todos serán juzgados con justicia. Dios juzgará el mundo sin distinción de raza, color, edad o posición social. El destino eterno de cada persona será determinado por lo que hizo con las bendiciones, los talentos y las oportunidades que Dios le dio mientras vivió en el cuerpo. “Porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá” (Lucas 12.48).

5. Será para “los vivos y (...) los muertos” (2 Timoteo 4.1)

En 1 Tesalonicenses 4.14–18 Pablo nos muestra una representación viva de cómo será para los justos que duerman y los justos que vivan cuando Cristo venga por segunda vez. Cuando él venga todos, los vivos y los muertos, serán juzgados según las obras hechas estando en el cuerpo.

6. Será para el justo y el impío (Eclesiastés 3.17)

No hay favoritismos con Dios. La diferencia entre los justos y los impíos es que el justo ha aceptado la expiación por medio de la sangre de Cristo y vive según su ley, mientras que el impío no la ha aceptado ni obedece a Cristo. Malaquías habla del “día de Jehová, grande y terrible” (Malaquías 4.5). La segunda venida de Cristo, la resurrección y el juicio venidero son cosas gloriosas para los justos, pero para los impíos estas cosas traen horror y tristeza. El futuro aterroriza a los impíos porque son culpables ante Dios. Cuando Juan estaba en la isla de Patmos oró así: “Amén; sí, ven, Señor Jesús” (Apocalipsis 22.20). Pero los impíos gimen y suspiran porque les queda “una horrenda expectación de juicio” (Hebreos 10.27). Muchos de ellos van a clamar a los montes y a las peñas: “Caed sobre nosotros” (Apocalipsis 6.16).

“Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irrepreensibles, en paz” (2 Pedro 3.14).

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 59

El infierno

“Los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda” (Apocalipsis 21.8).

La Biblia enseña que hay un lugar de castigo eterno. Ese lugar fue preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo 25.41). Sin embargo, los impíos también serán enviados a ese lugar porque escogieron seguir al diablo y a sus ángeles. Este lugar de castigo y tormento es el infierno.

Cómo es el infierno

Las siguientes frases de la palabra de Dios describen el infierno:

- “Confusión perpetua” (Daniel 12.2)
- “Fuego que nunca se apagará” (Mateo 3.12)
- “Infierno de fuego” (Mateo 5.22)
- “Horno de fuego” (Mateo 13.50)
- “Condenación del infierno” (Mateo 23.33)
- “Tinieblas de afuera” (Mateo 25.30)
- “Fuego eterno” (Mateo 25.41)
- “Castigo eterno” (Mateo 25.46)
- “Donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga” (Marcos 9.44)
- “El castigo del fuego eterno” (Judas 7)
- “El humo de su tormento sube por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 14.11)
- “Lago de fuego que arde con azufre” (Apocalipsis 19.20)

Para que entienda estas descripciones más a fondo usted debe estudiarlas en sus contextos. Temblamos al pensar en lo horrible que será el infierno y nos quedamos atónitos al saber que hay personas que pretenden creer en la Biblia, pero piensan que no exista tal lugar.

El infierno es un lugar

Una de las cosas importantes que debemos recordar es que el infierno es un *lugar* (Lucas 16.28) y no una *condición*. Algunos nos dicen que “hacemos nuestro propio infierno”, refiriéndose a las condiciones deprimentes que creamos a veces para nuestra propia desgracia. Pero la Biblia enseña que el infierno es un lugar y no una condición. Este hecho es tan claro que ningún creyente verdadero lo duda. El infierno es un *lugar* tanto como lo es este mundo en que vivimos.

Quién irá allá

1. El diablo y sus ángeles

Cristo dijo específicamente que el infierno fue “preparado para el diablo y sus ángeles” (Mateo 25.41). Los demonios saben para donde van. Cuando Cristo se encontró con algunos de ellos, éstos clamaron: “¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?” (Mateo 8.29). Aunque ellos “creen, y tiemblan” (Santiago 2.19), también conocen su propia sentencia y temen el lugar a donde serán mandados. (Lea también Judas 6; Apocalipsis 20.10.)

2. Los pecadores que rehúsan arrepentirse

Cristo prepara un lugar diferente para nosotros los humanos: el cielo. Sin embargo, si rehusamos arrepentirnos, Dios nos mandará al lugar preparado para el diablo y sus ángeles en la eternidad (Mateo 25.41). “Antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (Lucas 13.3). La entrada a los cielos es posible sólo por medio del arrepentimiento (Lucas 24.47). Cuando los pecadores mueren sin haberse arrepentido de sus pecados, la sentencia divina se aplica a ellos: “El alma que pecare, esa morirá” (Ezequiel 18.4).

3. Los que se creen buenos, pero no obedecen a Dios

No es necesario que uno sea culpable de homicidio, de robo, de fornicación o de borrachera para que sea condenado al infierno. El mero hecho de desobedecer a Dios en algo sencillo condena a la persona, así como la condena el más vil pecado.

Segunda de Tesalonicenses 1.7–9 habla de la venganza con que se castigará a los que no están en el redil de Cristo. Aquí no se dice que estas personas fueron muy viles y groseras. Sólo se dice que “no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor

Jesucristo”. A tales personas se les dice que “sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder”.

Algunos tropiezan en este punto. Ellos dicen que Dios nunca enviaría al infierno al hombre que es honrado en su negocio, que provee bien para su familia y que vive una vida más pura que mucha gente en las iglesias, pero rehúsa someterse a Dios en una cosita. Los que defienden a tal hombre están confiando más en las buenas obras que en la verdad de la palabra de Dios. Cristo dijo que en el día del juicio será más tolerable el castigo para Sodoma y Gomorra que para los religiosos que habían conocido la palabra de Dios, pero no la obedecieron (Mateo 11.20–24). No es que los de Sodoma fueron mejores que los religiosos, sino que éstos sabían más de la voluntad de Dios y aún no la obedecieron. Ante Dios resulta grave el hecho de conocer su voluntad y no obedecerla (Lucas 12.47–48). No debemos presentar excusas por el hombre “bueno” que sabe la verdad, pero la rechaza. Más bien debemos advertirle que si no se arrepiente perecerá como todos los demás pecadores (Lucas 13.2–5).

4. Los hipócritas

Cualquier persona que finge que la razón por la que no está en la iglesia es porque allí hay hipócritas es también un hipócrita porque tan pronto se le quita esta excusa pone otra para no convertirse en un cristiano. Los hipócritas, estén dentro o fuera de la iglesia, estarán todos juntos en la eternidad en el lago de fuego. Cristo habla acerca del hombre que ha sido negligente en prepararse para la venida del Señor, diciendo que Dios “pondrá su parte con los hipócritas; allí será el lloro y el crujir de dientes” (Mateo 24.51).

La violencia y la delincuencia que vemos en el mundo actual se deben a que los hombres se han hecho sordos al mensaje de Dios y han escogido el pecado y la iniquidad. El fin del pecado es la muerte; no hay otro fin que sea justo. Cuando los hombres voluntariamente rechazan a Dios, él les está dando lo que merecen al enviarles para el infierno. En muchos tribunales actuales se cometen errores judiciales en donde los culpables salen sin recibir su merecido castigo, mientras que los inocentes sufren injustamente por cosas que no hicieron. Pero en el tribunal de Cristo habrá justicia perfecta; ningún justo será echado al lago de fuego y ningún malvado evitará su merecido.

Algunas ideas erróneas

A los hombres desobedientes les es natural tratar de huir de las verdades que son desagradables. Ellos se han gastado fortunas enteras tratando de encontrar alguna sustancia capaz de prolongar la vida. Muchos han tratado de escapar de la terrible realidad del infierno utilizando la filosofía humana en lugar de aceptar la salvación que Dios

les ofrece. Queremos notar algunos errores con respecto al infierno con los cuales se engañan muchas personas:

Error: No hay infierno

Verdad: Muchos creen en esta mentira. Aun entre los que dicen que creen en la Biblia hay algunos que dicen que el infierno se refiere nada más a la sepultura. Si es así, tenemos que revisar toda la Biblia para acomodarla a este punto de vista. ¿Por qué afirma la Biblia que *los malos* serán echados al infierno si es cierto que todos los demás irán allá también? ¿Por qué dijo el rico: “estoy atormentado en esta llama”, cuando todos sabemos que un muerto no puede sufrir tormento, aunque hubiera llamas en su sepultura? ¿Por qué dice la Biblia que “el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos”? Para que alguien crea que no hay un lugar de tormento eterno para los impíos, tendría que rechazar todo el contenido de la Biblia.

Error: Los impíos tendrán una segunda oportunidad después de la muerte

Verdad: No hay nada en la Biblia que enseñe esto. Cuando el rico rogó que Lázaro fuese enviado con agua, Abraham le informó que había entre ellos una gran sima que ningún hombre podía cruzar. La muerte no pone fin a nuestra existencia, pero sí elimina nuestra oportunidad de reconciliarnos con Dios. “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio” (Hebreos 9.27).

Error: Los malos no sufrirán tormentos para siempre

Verdad: La Biblia enseña que el castigo de los malos en el infierno es eterno. Los sacerdotes católicos dicen que hay un “purgatorio” donde los sufrimientos purgan el alma hasta que pueda entrar al cielo. Este engaño ofrece una esperanza falsa a los malos y les anima a arriesgarse a seguir en su pecado. Ellos piensan que podrán purificarse en el purgatorio, y por esto no consideran bien que tienen que arrepentirse de sus pecados *ahora* mientras tengan la oportunidad.

Error: Los malos serán consumidos al ser echados en el lago de fuego

Verdad: La teoría de que los malos serán consumidos por completo y que dejarán de existir no armoniza con las frases bíblicas como “fuego que nunca se apagará” y “el gusano de ellos no muere”. La Biblia dice que los malvados “sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder” (2 Tesalonicenses 1.9), y que quedarán por la eternidad en el lago de fuego.

Lo más triste de todas estas ideas erróneas es que ofrecen una esperanza falsa a las personas que viven en pecado. Las mismas les dan a los malvados la esperanza de que habrá una manera de escapar al

castigo horrible que la Biblia enseña que les espera a menos que se arrepientan. Amados amigos cristianos, seamos diligentes en advertir a la gente acerca del infierno.

Lo que los malos experimentarán en el infierno

Si el mundo creyera lo que significará sufrir en el infierno por la eternidad, millones de personas buscarían el perdón de Dios mientras hay oportunidad. ¿Cuáles son las cosas que están por sucederles a los impíos?

1. “El gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga” (Marcos 9.44)

Así será el castigo sin fin. Mientras estamos aquí en la tierra sufrimos, mas siempre esperamos alivio. Allá el sufrimiento continuará para siempre, sin esperanza de salir. Aunque usted sufriera alguna enfermedad terrible todos los días de su vida, ¡eso no sería nada al compararse con lo que está reservado para las almas condenadas al infierno!

El fuego del infierno traerá un dolor agudo y eterno a los condenados. Nuestra alma tiene una existencia eterna y nunca puede ser aniquilada aunque sufra para siempre en el castigo del fuego eterno.

2. “Allí será el lloro y el crujir de dientes” (Mateo 13.42)

Note las palabras *lloro* y *crujir*. Los condenados al infierno llorarán y maldecirán, se lamentarán y se desesperarán... Esta terrible escena no puede describirse con palabras. Sólo aquellos condenados conocerán la profundidad de la agonía de ese sufrimiento. ¡Lástima que no lo reconocen ahora para poder arrepentirse!

3. No tendrán “reposo de día ni de noche” (Apocalipsis 14.11)

Los que aquí sufren, por lo general hallan algún alivio cuando por fin se cansan hasta dormirse. Pero no habrá tal alivio para los condenados en el infierno.

4. Estarán en “las tinieblas de afuera” (Mateo 22.13)

La luz trae felicidad al hombre. La verdad, la justicia, la santidad y un conocimiento de Dios traen luz y gozo al alma. Pero el pecador en el infierno estará sin esta luz para siempre. Estará *afuera*; sin Dios, sin la verdad, sin la santidad, sin la gloria. Estará eternamente fuera de la presencia del Señor en las tinieblas de pecado y de angustia. Allí él tendrá que pasar la eternidad sufriendo “pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder” (2 Tesalonicenses 1.9).

Se puede evitar la condenación en el infierno

1. Dios quiere que todos escapen

No es la voluntad de Dios “que ninguno perezca” (2 Pedro 3.9). “No nos ha puesto Dios para ira” (1 Tesalonicenses 5.9). Más bien, él hizo el sacrificio más grande que jamás se ha hecho (Juan 3.16–17; Romanos 5.8) para que los hombres sean salvos. A pesar del hecho de que los hombres se han rebelado contra Dios y le acusan de crueldad e injusticia, su proceder con el hombre siempre ha sido de amor, sacrificio y benevolencia.

2. Debemos proclamar que hay una salida

Gracias a Dios hay una salida, una manera de escapar el castigo eterno. Sepa todo el mundo que por medio de la gracia de Dios hay una oportunidad para “el arrepentimiento y el perdón de pecados” (Lucas 24.47). Pues “la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1.7). “Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar” (Isaías 55.7).

Cierto incrédulo, al tratar de convencer a una gran multitud de que no existe tal cosa como “la eternidad”, dijo esto: “Suponga usted que un ave viniese a la tierra al fin de cada mil años y se llevase de aquí un granito de arena. Aunque el ave se demorara millones de siglos, finalmente el mundo sería trasladado a otra parte. Pero si existiera tal cosa como ‘la eternidad’, quedaría aún una eternidad de sufrimiento y dolor para las almas condenadas en el infierno.” Un joven pensativo, al escuchar estas palabras, fue conmovido por ellas en una manera muy diferente de la que quiso el incrédulo. *Si esta es la verdad*, dijo para sí mismo, *pasaré toda mi vida avisándoles a los pecadores a huir de la ira venidera*. Y nosotros, ¿por qué no tomamos tal decisión? Digamos la verdad al mundo. El diablo ha arrullado y ha dormido al mundo tanto que los pecadores sienten una gran seguridad falsa. Esforcémonos por despertar a los millones que duermen para que reconozcan el peligro de su condición.

DOCTRINA DE LA BIBLIA

SEGUNDA EDICIÓN

Capítulo 60

El cielo

“Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos” (Mateo 5.12).

Dios nos bendice aquí en la tierra con muchos favores que en realidad no merecemos. Pero por más agradable que sea nuestra vida, siempre enfrentamos muchas frustraciones y tristezas que a veces no entendemos. No obstante, hay un lugar preparado para el cristiano donde no hay pecado ni tristeza. En aquel lugar abunda la bienaventuranza y la gloria. Ese lugar se llama el cielo.

Cómo Dios describe al cielo

1. Es un “lugar” (Juan 14.1–3)

Cristo consoló a sus discípulos al decirles: “Voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo.” De este pasaje bíblico y de otros más nosotros entendemos que el cielo no es una *condición*, sino un *lugar*. Es la morada eterna de Dios. Allí vive Dios, nuestro Salvador, y los santos junto a los ángeles estarán eternamente con él.

2. Es un lugar de “altura y (...) santidad” (Isaías 57.15)

Esto nos enseña que de todos los lugares el cielo es el más alto y el más santo. Es alto porque está encima de todo; es santo porque sólo los que son santos habitan allí. El serafín clamó: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos” (Isaías 6.3).

Si queremos entrar al cielo tenemos que hacer caso al mandamiento de Dios: “Sed santos, porque yo soy santo” (1 Pedro 1.16). Ningún pecador entrará allá porque la Biblia dice que “no entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero” (Apocalipsis 21.27). Sin la paz y la santidad “nadie verá al Señor” (Hebreos 12.14). El cielo es santo. La morada de Dios es eternamente santa.

3. Es una patria mejor (Hebreos 11.14–16)

Para mucha gente este mundo es la mejor patria. Esto lo sabemos por la importancia que ellos les dan a las cosas del mundo y el amor que le

tienen. Pero los que por fe han visto el cielo saben que el mismo es la mejor patria que hay porque:

- “Todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida”, pasará; pero las cosas del cielo durarán eternamente (1 Juan 2.15–17).
- Aquí los tesoros están expuestos al peligro de la polilla, la oxidación y los ladrones. Allá en el cielo están seguros. Los mismos durarán y serán preservados eternamente (Mateo 6.19–20).
- Aquí toda carne, como la hierba, se seca; allá viviremos para siempre (1 Pedro 1.24; 1 Corintios 15.54; Apocalipsis 21.4).
- Aquí tenemos enfermedades, tristezas, dolores, frustraciones y muerte. En el cielo no habrá enfermedad ni dolor ni muerte, y toda lágrima será enjugada eternamente (Apocalipsis 21.4).
- Aquí los pobres son oprimidos. Por todos lados hay asesinato, guerras, disolución, orgullo y corrupción; allá tales cosas no se conocen (Apocalipsis 7.16–17; 21; 22).

4. Es un lugar de “muchas moradas” (Juan 14.2)

De la manera que Dios provee para el bienestar de su pueblo aquí, así también lo hará en el mundo venidero. La pregunta no es, ¿ha preparado Dios una morada allá? La pregunta debe ser: ¿Acaso estamos nosotros preparados para vivir allá?

5. Es un “granero” (Mateo 3.12)

Dios “recogerá su trigo en el granero”. Esto quiere decir que Dios enviará a sus segadores (Mateo 13.39) a traer las gavillas. Él echará la cizaña al fuego, pero recogerá su trigo en el granero. Todas estas palabras son simbólicas, pero no son difíciles de entender.

6. Es un lugar donde hay placeres eternos

Los mundanos se entregan a la locura de los placeres. Sin embargo, los placeres mundanos sólo duran poco tiempo y terminan en miseria y desilusión. Y los que se entregan a ellos serán condenados al infierno. Mas los cristianos estarán en la presencia del Rey en la gloria y participarán de placeres eternos. “Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos” (Mateo 5.12).

7. Es un lugar de verdadera pureza y lleno de gloria

El pecado no será admitido en el cielo. La Biblia dice que “los perros estarán fuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los

idólatras, y todo aquel que ama y hace mentira” (Apocalipsis 22.15). “Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre” (Apocalipsis 21.8). ¿Quién puede comprender la profundidad de la santidad y la pureza del cielo? Allí los hijos redimidos de Dios estarán libres de la presencia de todo pecado, tentación y corrupción. La gloria que experimentaremos allá es más de lo que la lengua humana puede describir. Hace más de dos mil años apareció una multitud de las huestes celestiales proclamando la gloria de Dios, diciendo: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” (Lucas 2.14). Los santos y los ángeles de Dios todavía proclaman esta gloria. En nuestros días miramos más allá de este mundo de lágrimas, y con el ojo de la fe vemos al Rey en su trono rodeado por una multitud innumerable de santos y ángeles. Allí esperamos ver la gloria que envuelve el trono de Dios. Anhelamos contemplar la majestad, el poder, la bondad, la pureza, la sabiduría y el dominio del omnipotente Rey de reyes y Señor de señores. Uniremos nuestras voces a las de los santos de Dios y a los innumerables ángeles, adorando y glorificando el santo y altísimo nombre de Dios. Cantaremos el himno de la redención eterna. Disfrutaremos el espacio sin límite, la hermosura inexplicable, la pureza incomparable y la felicidad perfecta del cielo. Nos regocijaremos en la luz celestial que brilla más que el sol del mediodía, la luz que viene por medio del Cordero (Apocalipsis 21.23).

Cómo llegar al cielo

Sólo los que hacen lo que Dios manda pueden llegar al cielo. Los que toman su propio camino nunca llegarán allá. Entramos al reino celestial por medio de:

1. La inocencia

Jesús dijo que los niños son aptos para entrar en el reino de los cielos (Mateo 18.1–3, 10; 19.14). Los niños son inocentes. Los “niños” de Dios son también todas aquellas personas que han sido lavadas por medio de la sangre de Jesús; ellos son inocentes. Por eso pueden entrar al reino celestial.

2. El nuevo nacimiento

“El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Juan 3.3). Nadie puede entrar al cielo sin ser un hijo de Dios. Es necesario nacer de nuevo. “En Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación” (Gálatas 6.15).

3. El camino, Cristo

Cualquiera que se arrepiente de todos sus pecados y los abandona puede entrar al cielo por medio del Señor Jesucristo, quien sufrió en la cruz. Él es “la puerta” (Juan 10.7) por la cual entramos (Hechos 4.12). Cuando Tomás preguntó: “¿Cómo, pues, podemos saber el camino?” Jesús le respondió: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14.5–6). Cristo Jesús “nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención” (1 Corintios 1.30).

4. La “puerta estrecha” (Mateo 7.13–14)

Cristo nos amonesta de la siguiente manera: “Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan” (Mateo 7.13–14). Lucas 13.24 dice: “Esforzaos a entrar por la puerta angosta; porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán”. Cristo les advirtió a sus discípulos acerca de las enseñanzas de los falsos profetas. Ellos engañan a muchos de modo que viajan por el camino espacioso donde pueden llevar consigo su orgullo, lujuria, codicia, diversiones, falsedad, egoísmo y cosas semejantes. El camino angosto es demasiado angosto para admitir cualquiera de estos pecados. Sin embargo, es suficientemente ancho para todo ser humano que quiere seguir a Dios. El camino al cielo es tan ancho como la verdad; ni más ancho, ni más angosto. ¡Cuánto debemos procurar saber la verdad y obedecerla por completo!

5. La santidad

“Y habrá allí calzada y camino, y será llamado Camino de Santidad; no pasará inmundo por él” (Isaías 35.8). Si no estamos en el Camino de Santidad cuando la muerte nos alcance, en la eternidad estaremos fuera del cielo. Sólo la gente santa puede caminar en el camino santo. “Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1.7). Los que andan por este camino verán al Señor (Hebreos 12.14).

Los habitantes del cielo

1. Dios

Dios está en el cielo; él estará allí eternamente con poder y gloria (Salmo 11.4; 1 Reyes 8.27, 30; Mateo 11.25). El cielo es el trono de Dios Padre, y él llena el cielo y la tierra (Jeremías 23.24). Cristo entró en el cielo (Hechos 3.20–21) donde él es Todopoderoso (Mateo 28.18). La presencia y el poder de Dios en su totalidad es lo que hace que el cielo sea un lugar de gloria y felicidad infinita.

2. Los ángeles

Los ángeles están en el cielo (Mateo 18.10; 24.36). Cuando los santos lleguemos al cielo, allí conoceremos a aquellos que en esta vida nos fueron “espíritus ministradores” (Hebreos 1.14).

3. Los santos

Los santos también estarán allá. Esto incluye a todos los niños inocentes. También comprende a los cristianos que por la fe en nuestro Señor Jesucristo experimentaron el nuevo nacimiento y fueron hechos “herederos de la salvación” (Hebreos 1.14). Los espíritus de los santos que ya murieron en el Señor están ahora en la presencia de Dios. Cristo traerá consigo a éstos cuando venga por su esposa, la iglesia. Ellos y todos los justos que aún vivan serán vestidos con cuerpos glorificados. Juntos recibirán al Señor en el aire (1 Tesalonicenses 4.14–18) y estarán siempre con él. “Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento (...) como las estrellas a perpetua eternidad” (Daniel 12.3). Esto debe animar a todos los santos en la tierra a ganar otras almas para Dios.

Conclusión

1. Sólo tenemos un conocimiento limitado del cielo

“Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido” (1 Corintios 13.12). La Biblia describe cómo serán algunas cosas en el cielo. Pero hay muchas cosas de las que no sabemos nada, pues a Dios no le ha agradado revelárnoslas ahora. Eso no debe ser motivo de desánimo. Más bien debe animarnos a estudiar la Biblia más para conocer a fondo las cosas que Dios nos revela en ella. También debe servirnos de ánimo saber que Dios nos tiene preparado algo mucho más bello de lo que nosotros podemos comprender. Hay personas que les encanta hacer preguntas acerca de cosas que no se pueden contestar con la Biblia. Tales preguntas son de muy poca importancia. Pero sí hay algunas preguntas que son importantísimas, como por ejemplo: “Si Cristo viniera ahora, ¿estaría listo para irme con él?”

2. Anhelamos la eternidad en el cielo

Nosotros, quienes por experiencia personal sabemos lo que significa ser salvos del pecado y ser adoptados en la familia de Dios, nos conmovemos al pensar en la eternidad en el cielo. Quedamos maravillados ante la gracia de Dios que nos hace herederos de la gloria. Esperamos con anhelo pasar las edades sin fin en la presencia de Dios en comunión con los santos y los ángeles. Allí experimentaremos la plenitud de felicidad y gloria. No habrá lágrimas ni tristezas. Al meditar

sobre estas cosas oramos a Dios que nos dé oportunidad de enseñarles a muchos el camino al cielo. Anhelamos la hora en que podamos ir al cielo, pero mientras tanto queremos hacer todo lo posible para que otros lleguen allí también.

¡Eternidad, eternidad, eternidad! La hora indica que debemos prepararnos para estar en el reino bendito donde “los impíos dejan de perturbar, y allí descansan los de agotadas fuerzas” (Job 3.17).

Ya que la eternidad es tan gloriosa para los hijos de Dios podemos entender por qué los patriarcas se enfocaron en el cielo y buscaron “la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios (...) confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra” (Hebreos 11.10, 13). También entendemos por qué los apóstoles glorificaron a Dios con tanto gozo y fervor. Y, además, por qué exhortaron a otros a estar firmes y fieles en el camino de Dios. Ellos hicieron todo esto porque por fe veían las cosas maravillosas que Dios ha preparado para los que lo aman. Nosotros también esperamos la “manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tito 2.13), quien vendrá para llevarse a los suyos para estar con él eternamente.

Ya casi a punto de culminar con el último capítulo de este libro nuestra sincera oración es que la esperanza del cielo nos impulse a llevar el evangelio de la salvación eterna a todos los confines de la tierra. Entonces, teniendo el cielo como nuestra meta, cantemos todos juntos:

Leemos de un sitio en el cielo
Do el alma limpiada estará.
Nos dice el Señor en la Biblia:
¡Qué bella la gloria será!

No habrá el dolor ni tristeza,
Mas gozo perfecto habrá.
La luz del Señor siempre brilla:
¡Qué bella la gloria será!

Las aguas de vida allá fluyen,
Librando al que tomará.
Las joyas cuán resplandecientes:
¡Qué bella la gloria será!

Se oyen angélicos cantos
Al lado del mar de cristal.
Resuenan los ecos hermosos:
¡Qué bella la gloria será!

¡Qué bella la gloria será!, Hogar de los salvos allá.
Cuán dulce descanso del alma:, ¡Qué bella la gloria será!